


SIGILL : COLL : HARVARD : CANTAB : NOV : ANGL : 1650
CHRISTO ET ECCLESIAE
N: Hurd Sc
BOSTON.

RIMAS
DE DON JUAN
DE JAUREGUI

POR

DON RAMON FERNANDEZ.

TOMO VI.



MDCCLXXXVI.

EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

PROLOGO.

No están limitados los aciertos y bellezas á un solo género de estilo: esto se ve evidentemente en todas las artes. En la Poesia Lírica hay varios caminos para los ingenios: unos sobresalen en la sublime; otros solamente lucen en la dulzura, en los afectos, en la suavidad. Cada qual debe estudiar en conocer su talento poético, y reducirse á aquella especie de composiciones, para que ha nacido; contentándose con la gloria de sobresalir en una especie, sin aspirar á abrazarlas todas; cosa que ninguno ha logrado perfectamente. Es asi que por no conocerse muchos, que serian excelentes en un género de poesia Lírica, por querer exercitarse en todos, no han sobresalido en ninguno: otros no se han sabido contener en aquel, para que eran mucho mas apropósito. Herrera jamás debió hacer Anacreónti-

cas; Villegas no debia haber compuesto en otro género, que en este.

Los que aspiren á hacerse inmortales por la Lyra, tienen entre nuestros Poetas modelos de todo género que imitar. Los de mucho ingenio, y poca imaginacion imiten á los Argensolas: los de fantasia ardiente tienen un dechado en Herrera: para los de imaginacion amena, y agudo ingenio ofrecemos en Jauregui un modelo del estilo florido, muy libre de los defectos, que suelen acompañarle.

Quando á una fantasia viva, amena, y fecunda se junta un ingenio agudo, resulta el talento *amatorio*, como dice Muratori, que unido al *músico*, gusta de la armonia del verso, se detiene mucho en los números, en las descripciones particularizadas, en los quadros amenos, en las imágenes mas bellas y deleytosas. Gusta poco de representar la belleza natural desnuda de aparato; la adorna y atavia con todas las galas de la elocucion, con epitetos sonoros y expresivos, con figuras y modos de decir extraordi-

narios; con conceptos agudos y brillantes. No deleyta menos este estilo florido, ni tiene menos mérito que el maduro; pero asi como este está expuesto á caer en la sequedad, asi tambien el otro puede pecar por demasia, y dar en la hinchazon, prodigalidad y luxo, con los conceptos, ó muy refinados, ó falsos; con las traslaciones obscuras, atrevidas, y extraordinarias; con las figuras y juguetes de palabras, retruécanos, equívocos, y otros vicios muy reprensibles.

En estos defectos han incurrido algunos de nuestros poetas, por haber carecido de aquel juicio prudente, formado por la lectura de los antiguos, de aquel buen gusto, que sabe hallar el medio entre los extremos, conteniendo al ingenio y fantasia en sus justos límites. El deseo de sobresalir es natural en la mayor parte de los ingenios; pero quando esta ambicion se apodera de aquellas almas, que no están dotadas de las qualidades necesarias para distinguirse con un mérito sólido por el verdadero camino, en que otros les han precedido;

los suele conducir á mil extravios y errores. Si por desgracia están dotados de ingenio para embellecer sus vicios, y han adquirido crédito justa ó injustamente; su exemplo arrastra á los serviles imitadores, que son muy comunes en todas las edades; y asi es como el mal gusto de un hombre, suele ser el general de una Nacion. Es prerogativa de los grandes ingenios dar el tono á su siglo; el culteranismo, que aun ha llegado á nuestros dias, fue el error de un solo Góngora: la superficialidad de los eruditos de este siglo, dicen, trae su origen de un gran ingenio, pero muy superficial. Los ingenios no se pueden imitar; pero sí los vicios de los ingenios: por tanto fue facil á los imitadores de Góngora excederle en la ridiculez extraordinaria del lenguage, en las metáforas viciosas, en los conceptos falsos; pero no le pudieron igualar con mucha distancia en la belleza de las composiciones, de estilo florido sí, pero muy ageno de estos errores; las quales son muchas, y de las mas excelen-

tes en su género de nuestro Parnaso.

En las Rimas de Jauregui, que se incluyen en este tomo, estamos bien seguros, que no hallará la mas escrupulosa crítica ningun concepto falso, ni vicio alguno del culteranismo, que reprender. Algunos conceptos demasiado sutiles se hallan en el Diálogo entre la Pintura, Escultura, y Naturaleza, por los quales defectos, y por carecer de todas las bellezas propias de la poesia Lírica, estuvimos inclinados á suprimirla, como se ha executado con algunos enigmas, y dos ó tres piezas de las *Rimas sacras*, harto miserables. El tratar las cosas sagradas en estilo burlesco con equívocos y ridiculeces, es un vicio muy comun en algunos de nuestros poetas; pero muy reprensible. Los asuntos de mayor magestad, en que tiene mas lugar la sublimidad; por nuestra desgracia se tratan en el estilo mas despreciable, con juguetes de palabras, y conceptillos irrisibles, que justamente deben causar indignacion á todo el que tenga verdaderas ideas de la mages-

tad de nuestra augusta Religion, y de sus venerables misterios. ¿Quién será tan insensato, que no se indigne al ver ridiculizados los mas sagrados misterios de nuestra creencia en tanta multitud de villancicos, obillejos, romances, de que están llenos los escritos de mas de un siglo á esta parte? La magestad de nuestro lenguage poético, las mas bellas y grandes imágenes, todas las galas de la buena poesia se han de reservar para los asuntos amatorios, y otros poco menos frívolos; ¿y para celebrar los héroes de nuestra Religion, los sacrosantos misterios, las verdades mas tremendas y magníficas, se ha de emplear siempre un estilo de taberna, bufonadas insípidas, lenguage bárbaro, conceptos y equivoquillos frívolos y ridículos? Tan divinos asuntos, ó se han de reservar intactos á nuestra meditacion, ó se han de tratar con la magestad correspondiente: se han de tratar con aquella sublimidad, con que Fr. Luis de Leon celebra la Ascension del Señor; con aquella gravedad y alteza con que los Argensolas ensalzan

á San Lorenzo y á otros Santos. Lo demás es profanar con la mayor irreverencia los asuntos mas sagrados: y es menos malo perder el tiempo en vagatelas amorosas, que burlarse en materias tan respetables.

Las dos ó tres composiciones sagradas de Jauregui, que se han suprimido, no estaban tan llenas de delirios, como otras muchas de esta naturaleza de otros, que se dicen poetas; pero no se ha tenido por conveniente insertarlas, por no desacreditar con ellas á tan excelente Poeta, y no dar una autoridad tan grande á los delirantes en este género; por los quales motivos se omiten tambien los enigmas. Las demás sagradas tienen mucho mérito por sus muchas bellezas, gravedad y decoro; y pueden servir de modelo, por ser de lo mejor que en este género tenemos en nuestro Parnaso. Tambien puede serlo en los himnos que traduce, y en la paráfrasis de los Salmos; en lo qual excede sin duda aun á los mismos Argensolas.

En las Rimas profanas, siendo su es-

á ella, aunque el estilo de Jauregui es mas popular, y menos adornado. Pero la que es una sátira agudísima es la *Cancion lúgubre al Ungaro Tiburcio en la opresion de Esmirna*, como es evidente por su remate. En ella se propuso sin duda ridiculizar en general el estilo culto de Góngora, imitando graciosamente las expresiones, figuras, traslaciones, obscuridad y desarreglo de la cancion de este Autor á la entrega de Larache, que empieza:

En roscas de cristal serpiente breve.

El que coteje esta con la de Jauregui, admirará sin duda la agudeza y gracia con que la contrahace, hasta en el título; puesto que nada se dice en la cancion, que corresponda á él, asi como se verifica en la de Góngora. Es tambien una sátira muy aguda, aunque breve, la definicion del amor, en que ridiculiza graciosamente las infinitas definiciones, que hacian del amor los poetas de su tiempo, como vemos en las Comedias

principalmente. En la cancion satírica, que empieza,

Quando tus huesos miro,

hay algunas exâgeraciones y conceptos, que en otra composicion séria merecian sin duda reprension; pero en esta merecen alabanza, pues esto se hace de intento para hacer resaltar mas el ridículo.

Pero el mayor mérito de Jauregui consiste en habernos dado en su traduccion del Aminta de Torquato Tasso un modelo el mas perfecto de traducciones. Esta es una de aquellas rarísimas, que no nos hacen desear el original, por la gran maestria y destreza con que supo expresar todas las bellezas de esta excelente fábula pastoral, trasladando á nuestra lengua no solo la belleza de la sentencia, sino tambien las gracias del estilo. No se debe omitir aqui lo que dice el mismo Jauregui en su Dedicatoria al Duque de Alva.

"Escribió el Tasso su Aminta despues del »muy culto y doctísimo poema de la Je»rusalén; y asi sobre su gran hermosura

»y gracia, descubre en las ocasiones una »heroyca y profunda grandeza, siendo en »todo muy corregida y regulada con el »arte. Yo quisiera en mi translacion no »haberla tratado mal, por no ofender á »su Autor, de quien soy por extremo »aficionado; mas no sé si me lo consien»te la gran dificultad del interpretar, tra»bajo de que salen casi todos desgracia»damente: y en estos pocos versos, fue»ra de las comunes prolixidades, he te»nido otra mayor; que como es el co»loquio pastoril, consiente muchas fra»ses vulgares, y modos de decir humil»des; y estos en Italiano suelen ser tan »diferentes de los nuestros, que parece »cosa imposible trasferirlos á nuestro »idioma, ó propia locucion: tiene tam»bien el Toscano algunas partículas, que »entremete á la oracion; las quales dan »cierto ayre al decir, y en Castellano no »hay manera que les corresponda: sin »esto nuestra poesia huye de muchos »vocablos por humildes, que en la Ita»liana se usan por elegantes. Propongo »algunas dificultades, para certificar tras

»ellas á V. E. que ha sido trabajada esta »pequeña obra no con poca diligencia, »procurando ablandar sus asperezas de »manera, que no muestre la version ha»ber sacado de sus quicios el lenguage »castellano: y aunque muchas veces se »declaren los conceptos por diferentes »palabras y modo; que no por eso pier»dan de su gracia ó gravedad, ni del »verdadero sentido. Bien creo, que al»gunos se agradarán poco de los versos »libres y desiguales, que tanto usan los »Italianos: y sé que hay orejas, que si »no sienten á ciertas distancias el por»razo del consonante, pierden la pacien»cia, y queda el lector con desabrido »paladar, como si en aquello consistie»se toda la sustancia de la poesia: mas »á estos gustos satisfará algo el Coro de »Pastores, que habla en versos ligados; »y de los libres es menester saber, que »no van tan acaso como parece; por»que al usarlos largos ó cortos, se guar»da tambien su cierta disposicion y de»coro.«

Los justos elogios, que siempre se

han dado á esta bellísima traduccion por todos los hombres de gusto, son inumerables: solamente referiremos aqui el juicio que de ella hace D. Pedro Nápoli Signorelli en su historia de los *Theatros*. Hablando de las dos Fábulas Pastorales del Tasso, y del Guarini, dice asi: »Estas dos Pastorales fueron traducidas en »Francés cinco ó seis veces infelizmen»te, sea por la debilidad de los traduc»tores, *ó porque la prosa Francesa es »incapaz de expresar competentemente »la Poesia Italiana.* La traduccion del »*Aminta* en excelentes versos castellanos »por *Jauregui*, y la del *Pastor Fido* »por *Figueroa*, merecen todo el aprecio »de los inteligentes. Es verdad, que la »lengua castellana es riquísima, y tiene »mucha semejanza con la Italiana en el »giro y expresion, y no carece de len»guage poético.« La razon que Signorelli alega de la belleza, abundancia, giro, y expresion de nuestra lengua, es muy cierta; pero esto no basta para la bondad y perfeccion de las traducciones, si no la manejan Poetas como Jauregui,

y Figueroa. Esto se ve manifiestamente en las traducciones modernas; pues en la misma lengua en que se traduxeron el *Aminta*, *el Pastor Fido*, y otras excelentes poesias de todas lenguas en aquellos felices tiempos, estamos viendo en nuestros dias salir traducciones infinitas muy miserables de las Operas del Metastasio, de Tragedias Francesas, &c; en todas las quales (á excepcion de dos, ó tres) se advierte el mal gusto, y poca habilidad de nuestros modernos traductores.

Los Franceses, por mas que se esfuercen, no pueden expresar en sus traducciones las bellezas y galas de otras lenguas, que tengan dialecto poético; y los nuestros se han reducido á la misma necesidad y miseria, por no querer estudiar el nuestro, que es muy capaz de expresar quánto hay de bueno y bello en todas lenguas, y en todo género de poesia. Tenemos un lenguage propio para la Lírica sublime, como vemos en los Argensolas, en Herrera, en Jauregui: para el género Anacreóntico tenemos en

Villegas, y en nuestros Romanceros un tesoro inagotable de bellezas: para el Bucólico, Garcilaso, Figueroa, Francisco de la Torre, y otros muchos nos ofrecen infinitas galas tan bellas, como sencillas: para la Epica, la Araucana de Erzilla, la Eneida por Velasco, la Jerusalen de Lope, el Bernardo de Valbuena, la Farsalia de Jauregui, y otros muchos, son excelentes modelos, que debemos imitar, ya que no en el plan y economia, pero sí en la magestad, abundancia, y magnificencia del lenguage poético. Ni faltan en nuestros dias algunos excelentes imitadores de nuestros antiguos: el canto sobre *las Naves de Cortés destruidas*, obra póstuma de Don Nicolas Fernandez Moratin, y las poesias Líricas y Bucólicas del Señor Melendez, son admirables exemplos de esta imitacion, dignos ellos de ser imitados. Y he citado á estos dos únicamente, omitiendo hacer mencion de otros, que cultivan dignamente la poesia; porque habiendo muerto el uno de ellos, y no conociendo al otro, sino por sus dulcísimas com-

posiciones; este justo elogio debe parecer muy ageno de toda especie de adulacion.

Por último se advierte, que en la edicion del Aminta se ha seguido la última de Jauregui, en que corrigió mucho la primera. Seria suponer, que el mismo Jauregui no supo lo que corrigió, el seguir la primera: pero al mismo tiempo (como advierte con razon el Colector del Parnaso) un Traductor no es responsable de los defectos del original, si los hay; y solamente se exîge de él la fidelidad y belleza en el traducir. Por tanto hemos tenido por conveniente insertar aqui un pedazo muy considerable, que omitió en su segunda edicion, quizá por parecerle importuno; omitiendo otras variaciones no tan considerables, que se pueden ver en el Parnaso Español. Este es la relacion, que hace Tirsi á Aminta al fin del acto segundo, que dice asi:

Sobre la vida de Jauregui no hemos podido aumentar nada á las cortas noticias, que nos da el Colector del Parnaso Español. Estas se reducen á que nació en Sevilla por los años de 1570: que pasó á Roma, sin que se sepa el motivo, donde publicó la primera vez su traduccion del Aminta el año de 1607; la que despues reimprimió corregida, como aqui se pone, con todas sus Rimas en Sevilla el año de 1618. Fue Caballero del Hábito de Calatrava, y Caballerizo de la Reyna Doña Isabel de Borbon, primera muger de Felipe IV; y con este motivo residió en Madrid hasta el fin de sus dias, que debió de ser pasados los años de 1640; pues sabemos, que este año tenia ya concluido su poema la *Farsalia*, que se imprimió en 1684 con el Orfeo, muy depravados, llenos de errores y vicios abominables, que á la sazon dominaban; en cuya correccion por un manuscrito, é impresion trabajamos actualmente. Otras varias obritas compuso, que refiere el Colector del Parnaso, las quales no hemos visto.

Hacen, que se trasoiga y se trasvea:
Lo que parece de diamante y oro,
Es vidrio y cobre: aquellas ricas arcas,
Que juzgarás muy llenas de tesoro,
Espuertas son de viles trastos llenas.
Aqui están las paredes con gran arte,
Que hablan, y responden al que habla;
Y no responden la palabra escasa,
Qual eco suele por las selvas nuestras;
Mas la replican toda entera, entera,
Y aun aumentada de lo que otro dice.
Hasta las sillas, mesas, y las bancas,
Los escaños, las camas, las cortinas,
Y el mas adorno de la casa, todos
Tienen su lengua y voz, y siempre gritan.
Las charlas en figura de rapazas
Andan triscando: que si entrase un mudo,
Un mudo á su despecho charlaria.
Mas este es, hijo, el mas ligero daño,
Que te avendrá; tú puedes trasformado
Quedar en sauce, en fiera, en agua, ó fuego,
Agua de llanto, ó fuego de suspiros.
Asi me dixo; y yo me fuí con este
Pronóstico infeliz á mi Ferrera.
Y como quiso Dios benigno, acaso
Un dia pasé por el feliz alvergue,

De donde dulces y canoras voces
Salian de Cisnes, Ninfas, y Sirenas,
De Sirenas celestes, y salia
Un blando y claro son con tal dulzura,
Que atónito, gozando y admirando,
Embebecido me paré un gran rato.
Estaba encima de la puerta un hombre
De semblante magnánimo y robusto,
Como por guarda de tan gran belleza;
Del qual, segun pude entender, se duda
Si es mejor Capitan, que Caballero:
El con afable y grave cortesia,
Siendo un ilustre Príncipe, yo humilde
Baxo pastor, me convidó á que entrase.
¡O lo que ví! ¡lo que sentí yo entonces!
Yo ví celestes Dioses, Ninfas bellas,
Nuevas lumbres purísimas, y Orfeos,
Y otros hallé tambien sin velo ó nube.
La Aurora ví, qual suele aparecerse
Ante los inmortales, esparciendo
Sus rayos de oro, y su rocio de plata.
Ví fecundando relucir en torno
A Febo, y á las Musas, y acogido
Elpino entre estas; y en aquel instante
Sentí mas grande hacerme de mí mismo,
Lleno de gran virtud, lleno de nueva

Deidad. Luego cantando héroes y guerras
Desdeñé el pastoril rústico verso.
Y aunque despues por gusto ageno vine
Otra vez á las selvas; no por eso
Dexé de sostener alguna parte
De aquel altivo espíritu: no suena
Ya mi zampoña humilde, qual solia,
Sino con voz mas alta y mas sonora,
Emula de la trompa, hinche las selvas.
Despues oyóme Mopso, y con malvada
Vista mirando, me aojó, que ronco
Vine á quedar, de que callé gran tiempo:
Pensaban los pastores, que me hubiese
El lobo visto, y era Mopso el lobo.
Esto te he dicho, porque entiendas quánto
Crédito debe darse á lo que dice:
Tú, Aminta, puedes esperar sin duda,
Por solo que este quiere, que no esperes.

V.
A la edad del año.

De verdes ramas y de frescas flores
Vistió la tierra en su niñez infante
El virgen seno; y su vivaz semblante
Ornó de mil guirnaldas de colores.
  Joven despues, en plácidos amores
Gozando al Cielo su amador constante,
De las entrañas, como tierna amante,
De suspiros en vez, lanzó vapores.
  Mil frutos de sazon, el vientre abierto,
Luego produxo al puro viento ufana,
Bronca, pero, la faz mostrando y ruda.
  Hoy arrugado en su vejez el yerto
Rostro, la vemos, y de nieves cana:
Todo la edad lo descompone y muda.

VI.
Condena el fabricar sobervios palacios.

¡Ay de quán poco sirve al arrogante
El edificio, que sobervio empina
Sobre pilastras de Tenáro, y fina
De marmol piedra, y de color cambiante!
  Pues quanto mas del suelo se levante
Máquina excelsa, al cielo convecina,
Tanto mas cerca atiende á su ruina,
Tanto mas cerca al rayo del Tonante.

Consumirá en los jaspes su tesoro,
Y consumidos de la propia suerte
Ellos serán en término ligero.
Y por ventura entre alabastros y oro
Del alto capitel, verá su muerte
Pobre y desnudo el sucesor primero.

VII.

A un navio destrozado en la ribera del mar.

Este baxel inutil, seco, y roto,
Tan despreciado ya del agua y viento,
Vió con desprecio el vasto movimiento
Del proceloso mar, del Euro y Noto.
Sobervio al golfo, humilde á su piloto,
Y del rico metal siempre sediento,
Traxo sus minas al Ibero asiento,
Habidas en el Indico remoto.
Ausente yace de la selva cara,
Do el verde ornato conservar pudiera,
Mejor que pudo cargas de tesoro.
Asi quien sigue la codicia avara,
Tal vez mezquino muere en estrangera
Provincia, falto de consuelo y oro.

VIII.

La virtud á la envidia.

Juez, que culpas enormes no corriges,
Y la virtud condenas y aborreces;
Tú que en la agena dicha te entristeces,

Y el daño ageno por alivio eliges:
  Envidia, que traidoras armas riges,
Y á tu pesar, si el ánimo embraveces,
Al envidiado honoras y engrandeces,
Y al envidioso con ahinco afliges:
  Hacer podrás de tu veneno empleo,
Turbando el pecho, que mis obras culpa,
Que en mí no alverga de tu fuego indicio;
  Y otra mayor venganza no deseo
Del que me envidia, que su propia culpa,
Donde es castigo de sí mesmo el vicio.

IX.

A una estatua del Rey Filipo III, esculpida por un insigne artífice Toscano.

  Lisipo solo el busto verdadero
Pudo esculpir del Macedonio Marte,
Do reguladas fortaleza y arte,
Fue el escultor igual á su guerrero.
  Pues tú, que agora juntas, Marte Ibero,
Al mundo antiguo tu segunda parte;
Bien debe quien intenta figurarte
Sobrar la industria del buril primero.
  Mas como de Alexandro, el soberano
Reyno te aumenta el Cielo, gran Filipo,
Asi te da escultor, que al suyo excede.
  Ya ves docta labor en Tosca mano,
Que oscureciendo el arte de Lisipo,
Tu espíritu infundir al marmol puede.

X.

En el túmulo, que fabricó Sevilla á la Reyna Doña Margarita.

Hoy por Vandalia insigne, y su cabeza,
Magnífico sepulcro al cuerpo santo
De Margarita se dedica, en tanto
Que el alma goza de mayor alteza.
No el rico adorno, y la Imperial grandeza
Mueva á curiosa admiracion y espanto
Los ojos mismos, que á dolor y á llanto
Debe mover, y á funeral tristeza.
Ya en quanto espacio el universo estiende
Su grave faz, todo placer destierra
La muerte, ufana de tan noble palma.
Ella se alegre; alégrese la tierra,
Que las cenizas envolver pretende,
Y el Cielo puro, que atesora el alma.

X I.

Burla y blasona la corcilla ó gama,
Bien guarecida entre su bosque espeso,
Del gran lebrel, y acosador sabueso,
Cuyo ladrido la amenaza y llama.
Mas si engañada de la yerva y grama,
Al raso campo estiende el pie travieso,
Muriendo paga su ligero exceso,
Y en vano el gremio de las selvas ama.
Asi mientras cerrado en mi aspereza
Viví, burlaba, Amor, de tus rigores;

Mas engañóme un rostro lisongero:
Salí de mí siguiendo la belleza
De un paraiso con perpetuas flores,
Donde á tus manos rigurosas muero.

XII.

Al sol amaneciendo.

Rubio planeta, cuya lumbre pura
Del tiempo mide cada punto y ora,
Si el bello objeto, que mi pecho adora
Solo le gozo entre la noche oscura;
¿Por qué ya se adelanta y se apresura
Tu luz injusta, y el oriente dora,
Las sombras alejando de la aurora,
Y con las sombras mi feliz ventura?
Dirás, que el dulce espacio defraudado
Ya de la noche, me darás el dia
Tal, que de vida un punto no me debas.
Sí debes, causa del ausencia mia,
Que es vida todo el tiempo que me llevas,
Y el que me ofreces, un mortal cuidado.

XIII.

Si en el amado pecho mas constante
Teme el olvido el amador ausente,
Porque en la ausencia el tiempo no consiente
Memoria ó voluntad perseverante:
Yo que en presencia (miserable amante)
No fui correspondido, y al presente
Mi ausencia Filis no rezela ó siente;
¿Qué olvido espero á su rigor bastante?

Esta imaginacion al alma asida
Mil muertes puede darme; y yo con ella
Ser puedo á mis tormentos homicida:
Mas como agradan á su causa bella
Tanto mis males, me reserva en vida,
Que es mayor mal, que lo será el perdella.

X I V.

Un ausente navegando.

Jamás por larga ausencia, amada Flora,
Sentir podrá mi fe mudanza alguna,
Bien que me engolfe, y lleve la fortuna
Por la remota mar Hircana, ó Mora:
Si en cada espuma, que levanta agora
Brillando el agua al rayo de la luna,
Naciesen Venus ciento, y cada una
Fuese de un nuevo amor engendradora;
Y estos y aquellas con igual denuedo
Cuidasen aumentar el fuego mio;
Ni se aumentára, ni mi fe creciera:
Y aunque de acrecentalla desconfio,
Vivo en eterno afan, porque no puedo
Quereros tanto, como yo quisiera.

X V.

Dame el peñasco, Sisifo cansado,
Y tú, infelice Tántalo, tu pena:
Dame, Prometeo, el águila y cadena,
Herido el pecho, y al Caucáso atado:
Dame, Ixion, la rueda en que amarrado,
A eterno giro el Cielo te condena;

Y llevad todos la miseria agena
De un corazon en zelos abrasado.
  Aliviaréis el peso á mi tormento,
Mientras al trueco y desigual porfia,
Fuere vuestra paciencia poderosa:
  Y quando á alguno falte el sufrimiento,
No juzgará despues tan rigurosa
La pena suya, experto de la mia.

XVI.

Un amante abrasando las prendas de su dama.

  Pasó la primavera y el verano
De mi esperanza; y el agravio mio
En la esteril sazon del seco estio
Entrega estos despojos á Vulcano.
  Bien que el sagaz amor intenta en vano
Oponer al incendio un hielo frio,
Donde el turbado pecho pierde el brio,
Y se entorpece la cobarde mano.
  Mas la razon, que mi derecho ampara,
Quiero fomente el fuego merecido:
Reliquias mueran de memorias mias.
  Y el desengaño (como Fenix rara)
Que estuvo de mi llama consumido,
Vivo renazca entre cenizas frias.

Y al furor de las ondas bramadoras.
Tú ya de los metales
Fuiste el primer caudillo,
Sus filos provocando á la matanza:
Dieron los minerales
Aceros al cuchillo,
A la tajante cimitarra y lanza,
Y aguda punta al dardo y la saeta:
Láminas dieron de laton canoro
A la marcial trompeta:
Dieron el bronce al bélico instrumento,
Del rayo y trueno imitador sangriento;
Y todos atendiendo á tu decoro,
Por tí militan, y tu gloria vana
Escriben (ó furor!) con sangre humana.
¿Quién tus hazañas fieras,
Funestas y llorosas
En reyno alguno de la tierra ignora?
Diránlo las riberas
Del Xanto, y las tres Diosas,
En beldad cada qual competidora;
Do pudo el premio de tu vil manzana
Encender tales iras, que abrasaron
La gran Ciudad Troyana.
Tus pomos lo dirán, que de Atalanta
Ya suspendieron la volatil planta,
Y al lustroso metal la encaminaron,
Donde con muestras de aparente dicha
Tuvo principio su fatal desdicha.
Por tí de las infieles

Ondas, y su camino,
Sacar pudo escarmiento el mas osado,
Quando á la antigua Heles
Prestaste el vellocino
Del animal, que al piélago salado
Ya la conduxo, y la anegó en su abismo;
Mas hubo quien tentó, sin escarmiento,
Y por el precio mismo,
Dar á los vientos de su vida el cargo
En la primera de las naves Argo.
¡O quántas vidas ha llevado el viento
Tras un peligro tan horrible y triste,
Que á los humanos riesgos añadiste!
Ya con la Argiva dama
Servida del Tonante,
Fueron de Acrisio los recatos vanos:
Quando apagó la llama
Del cauteloso amante
Tu espesa lluvia de lucientes granos.
Tú encendiste el indómito deseo
Al que trazó (por tu avaricia instado)
La muerte de Siqueo.
De tí vimos á Midas tan sediento,
Que no le consentiste otro alimento.
Tú, como precursor del fiero hado,
Oacsionaste el mísero suceso
Contra el Romano Craso, y Lidio Creso.
De toda dicha y gusto
Eres ageno y falto
Contra el avaro, que tu nombre adora;

Pues pagas en disgusto,
Rezelo, y sobresalto,
La eterna adoracion con que te honora.
¡O insano el que te busca y te procura,
Siempre sujeto á ser el ofendido
De tu malicia impura!
Si mil afanes cuestas procurado,
Temores tantos causas conservado,
Y no menor tristeza das perdido,
Sin que pueda gozar de algun contento
Sino el que está de tu codicia esento.

LA MONARQUIA DE ESPAÑA,

En la muerte de su Reyna Doña Margarita.

CANCION.

Ya que en silencio mi dolor no iguale,
Ni mis ocultas lágrimas y llanto
Al superior afecto, que las vierte;
Justo será, que mi funesto canto
Las acompañe, y que del alma exhale
Nuevos clamores de tristeza y muerte.
Y pues me ofrece la contraria suerte
Presente el caso mas infausto y grave,
Que caber pudo en su vigor violento;
Que asi mi sentimiento
Llegue al estremo, que en mis fuerzas cabe;
Mas vence su rigor las fuerzas mias,

Ni admite el grave daño recompensa,
Faltando á España su mayor tesoro.
Y yo, aunque ciega de perpetuo lloro
Quiera sentir su rigurosa ofensa;
Veré primero en las cenizas frias,
Por quien suspiro, fenecer mis dias,
Que de llorarlas quede satisfecho
Mi estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.
¿Quién vió tal vez en áspera campaña
Arbol hermoso, cuya rama y hoja
Cubre la tierra de verdor sombrio?
Donde el ganado cándido recoja
Alejado el pastor de su cabaña,
Y alli resista al caluroso estio.
La planta con ilustre señorio
Ofrece de su tronco y de sus flores,
Y de su hojoso toldo y fruto opimo,
Olor y dulce arrimo,
Sustento y sombra á ovejas y pastores;
Hasta que la segur de avara mano
Sus fértiles raices desenvuelve,
Atormentando en torno su terreno,
Por dar materia al edificio ageno.
Siente la noche el ganadillo, y vuelve
Al caro alvergue, procurado en vano;
Y viendo de su abrigo yermo el llano,
Forma balido ronco, y su lamento
Esparce (ay triste!) y su dolor al viento.
No de otra suerte, ¡ó planta generosa!
Que adornas los alcázares del Cielo,

Prestaste arrimo, sombra, y acogida
Al pueblo grato del Iberio suelo:
Dió tu heroyca virtud, qual flor hermosa,
Olor, que ha penetrado la estendida
Region eterea: asi desposeida
Viéndose España de la prenda suya,
Tembló al severo golpe de la parca,
Y en torno su comarca
Fue quebrantada con la ausencia tuya.
Hoy los que en tí gozaron tan colmada
Copia de frutos, sus ofensas miden
Con largas quejas, y á llorar forzados
Con espantables rostros, erizados,
Suspiros tantos de dolor despiden,
Que para su querella congojada
Ya faltan fuerzas á la voz cansada;
Y si reducen á llorar los brios,
Tambien para los ojos faltan rios.

Ni ya reprime su lamento vano
Verte en el Cielo mejorar de Imperios,
De excelsos tronos y coronas santas;
Y que en vez de los Príncipes Iberios,
Que se postraban á besar tu mano,
Hoy las estrellas besarán tus plantas;
Ni el ver que á España dexas prendas tantas,
(Nobles centellas de tu sacro fuego),
A cuyo cetro y próspero gobierno
Darás favor eterno,
Si á Dios presentas de su parte el ruego.
Ni nos basta mirar tu viva lumbre

Al sol, de quien fue rayo, siempre unida,
Y prestando esplendor al alto Cielo.
Ni el ver , por muestras de tu santo zelo,
Modernos Templos , que en édad florida
Han de lograr su excelsa pesadumbre,
Y en quanto el roxo Febo el mundo alumbre,
Honrar , solemnizando tu corona,
Su viva siempre , liberal Patrona.

Por mas que el tiempo y la razon porfie
A divertir el ánimo afligido
De su entrañable y vivo sentimiento;
No habrá razon , ó tiempo , ó largo olvido,
Que nuestro luto funeral desvie
Del siempre fatigado pensamiento:
Siempre al disgusto cederá el contento
En misera contienda ; y por despojos
Verás , sin tí , nuestros humildes pechos,
Que en llanto ya deshechos
El corazon destilen por los ojos.
Tu muerte llorarán los pardos Chinos,
Los Indios negros , y Alemanes rubios,
Que en tí perdieron su imperial grandeza:
Daráte el mundo , con igual tristeza,
Flebil tributo en lluvias y diluvios,
Porque si á los distantes y vecinos
Reynos , tus ojos vuelves ya divinos,
Veas que te llora con amor profundo,
Si no qual debe , como puede el mundo.

A Don Pedro de Castro, Conde de Lemus, y Presidente de las Indias, en muerte de su hermano Don Fernando de Castro, Conde de Gelves.

ELEGIA.

Partió la noche de su alvergue oculto,
Y las lóbregas alas estendia,
Cubriendo de la tierra el ciego vulto.
Vistióse el ayre, por el muerto dia,
De sombra, y sus exêquias celebrando
El Cielo inmensas luces encendia.
El mundo sosegaba en ocio blando;
Solo Don Pedro, ageno de reposo,
La muerte lamentaba de Fernando.
Mas entre el sentimiento doloroso,
Vino á ocupar al fin sus fatigados
Miembros el sueño, á su dolor piadoso.
Ya tiene los sentidos entregados
Al ocio, y los amargos pensamientos
En el profundo olvido sepultados.
Quando sobre los altos elementos
Ver le parece dividirse el Cielo,
Y en luz bañarse los delgados vientos:
Luego lleno de espanto y de rezelo,
Delante mira al fallecido hermano,
Resplandeciente su corporeo velo:
Confuso levantó la amiga mano
Por abrazarle; y al ceñirle el cuello,
Los átomos abraza, y ayre vano.

Vuelve otra vez á contemplallo y vello,
Y reconoce su mortal figura,
Si bien de aspecto aun mas ilustre y bello.
Le engaña la aparente compostura,
Mirando el cuerpo de gentil concierto,
La nieve de su rostro y grana pura.
Y de su muerte lamentable incierto,
¡O caro hermano! (el generoso Conde
Pregunta) ¿díme si eres vivo ó muerto?
Yo vivo soy (Fernando le responde),
Y tú á mis ojos muerto, y el humano
Vando, que el cerco de la tierra esconde.
Mientras el alma con volar liviano
No cambia la terrena carcel triste
Por el eterno asiento soberano.
¡O tú, que de mi alma dividiste
(Dixo Don Pedro entonces) una parte,
Quando á la esfera superior partiste!
¡O planta bella, que á la empirea parte,
Dexando lleno de dolor el suelo,
Pudiste en años verdes colocarte!
Mira de España la tristeza y duelo
Comun desde la cumbre de Pirene,
Hasta do Calpe se levanta al Cielo:
Y aquel antiguo Reyno, que contiene
El término Galaico generoso,
De do la estirpe de tu sangre viene.
Llorando alli verás á su famoso
Pueblo, que ilustra el gran Apostol Santo,
Protector de Iberia belicoso.

Tal desconsuelo muestra á daño tanto
Vandalia, y con inutil impaciencia
El Betis cambia su corriente en llanto:
Y mas lastíma tu perpetua ausencia
A la Andaluz Metrópoli de España,
Do floreció tu verde adolescencia. Jaur.
Ver puedes lleno de tristeza estraña
Tambien de Hesperia el corazon interno,
Que Manzanares y Pisuerga baña;
Donde por gloria de tu nombre eterno,
Basta que al fuerte pecho de Filipo
Tiene tu ausencia lastimado y tierno.
¿Qué ingenio ya de Zeusis ó Lisipo
A figurar bastára, ó qué Timante,
Nuevo dolor, que á todos anticipo?
Fuerza será, que el húmedo semblante
Un velo cubra á tu querida esposa,
Pues no hay estilo á su dolor bastante.
Ni fue tan lamentado de la Diosa
Su Adonis bello, que dexó tendido
Del javalí la furia impetuosa.
Ni de Lampecia el joven atrevido,
Por cuyo ciego error desatinado,
Vimos el orbe en llamas encendido:
Bien que á la orilla del Ausonio Pado
Aun hoy llorosa, culpa su carrera,
Ya el cuerpo en duro leño transformado.
¿Pues quál exemplo denotar pudiera
De tu querida madre el sentimiento?
¿Qué aliento y voz, aunque de bronce fuera?

Queda inferior el mísero lamento
De la que en duro marmol convertida,
Es de sí misma eterno monumento:
La que por dura flecha despedida
De Apolo, vió sus hijos, uno á uno,
Privar en un instante de la vida.
Ni á todos ofreció tan importuno
Llanto la madre (y eran siete y siete)
Quanto la nuestra ofrece á solo uno.
¿Mas quién se admira de que tanto inquiete
El desconsuelo un corazon materno,
Y tanto el suyo á la consorte apriete?
Si el mas remoto, con amor paterno,
Tu muerte llora, y á tu muerte ofrece
Por honra funeral dolor eterno:
Que al mismo peso de su llanto, crece
El ansia de dar vida á tu memoria,
A quien el tiempo, ni la muerte empece.
Quieren qué ensalce tu lugubre historia
Nuestra Española Musa, y amoneste
A inmensos siglos tu alabanza y gloria.
Verás como del término terreste
Se estienden los confines de tu fama
Al estrellado círculo celeste.
Asi la patria, que indignada exclama
Contra la muerte, anulará su ofensa,
Guardando tu memoria en viva llama.
Será del triste luto recompensa,
Si en vida alegre de perpetuo dia
Tu oscura noche funeral dispensa.

No solo llora el bien, que poseia,
Mas una felicísima esperanza,
Que en tu mayor edad se prometia.
Bien que de tus afectos la templanza,
Y tu prudencia cuerda y reducida,
Apenas ya con la vejez se alcanza.
Mas si en lo floreciente de la vida
Tanto se adquiere, ¿qué virtud fraguára
La esperiencia en los años adquirida?
¿Quién ya dirá tu ingenio, y gracia rara
Vestida de valor cortés y afable?
¿Qué marmol te miró, que no te amára?
¡O iniqua Diosa, injusta, inexorable,
Que al mas alto valor, mas presurosa
Envistes, con asalto inopinable!
¡O siempre injusta, inexorable Diosa!
Pues fuiste en caso tal acerba, impia,
Nadie espère jamás verte piadosa.
El Conde á su dolor con tal porfia
El ánimo entregaba, y trasportado,
A dilatár tus quejas atendia:
Si con semblante alegre y sosegado,
El buen Fernando asi no respondiese,
En apacible acento y regalado.
Ilustre hermano, tu lamento cese,
Pues no ha de haber afan, que de tus ojos
Lágrimas saque, ni te canse ó pese.
¿Por qué á la muerte acusan tus enojos?
Si al cuerpo solo su poder se extiende,
Y no son mas sus míseros despójos.

Y quando osada escurecer entiende
Al pecho justo el fuego de la vida,
En luz perpetua su vivir enciende.
Yo sé que te alegrára mi partida,
Si ya tener pudieras de mi gozo
Qualquier mínima parte conocida.
Es un bosquejo vil y oscuro bozo
El bien mayor, que á figurar alcanza
Tu mente, opuesto al que discierno y gozo.
¿Quién la mundana, debil esperanza
En mí perdída llora, si poseo
Premio seguro en la suprema estanza?
Donde agora colmando mi deseo,
Aun por las prendas, que dexé en el mundo,
Mi antigua estirpe comunico y veo.
Alli de honor y de grandeza abundo,
Y miro la ascendencia generosa
Nuestra, y sus hechos y valor profundo.
Miro en sublime parte gloriosa
Al noble y antiquísimo Flaminio,
Cimiento firme de su casa honrosa:
Aquel, que de legítimo escrutinio,
Juez primero le nombró Castilla,
Y se entregó la misma á su dominio.
Este, por exercer á maravilla
Justicia y equidad, severo y blando,
Hoy rige su balanza y su cuchilla.
Luego á Bermudo miro y á Fernando,
Y al defensor del Cid, el buen Don Suero,
Contra los Condes, y su fecho infando:

Y aquel anciano y fuerte Caballero
Gutierre, que la Bética Almeria
Dirá su esfuerzo y ánimo guerrero.
Esplende en la divina compañia
Nuestro primero Castro: el Castellano
Fernando, y su consorte Estefanía:
Tiene el marido ilustre de la mano
La honesta Infanta, y della satisfecho,
Los golpes mira del acero insano:
Burla del ciego, temerario hecho,
Quando de torpe afrenta rezeloso,
Bañó de sangre el inocente pecho.
Vese Don Pedro, Capitan famoso,
Del Moro Rey triunfando en la frontera
Del Xerezano término espacioso.
Alvaro, General, en la ribera
De Guadalete, cuyo esfuerzo osado
Espanta á Libia, y su region postrera.
Este igualó su campo limitado
A incomparable número de gente,
Con fuerza sola, y corazon sobrado.
Dió el nombre de Machuca á su valiente
Guerrero Diego Perez, y teñido
Vió en regia sangre el duro hierro ardiente.
Con muestra heroica de valor crecido
Se representa Don Esteban fuerte,
Ilustre por sus hechos, y temido.
Luego Don Pedro, que por ímpia suerte
En la áspera batalla de Algecira
Sus obras lo entregaron á la muerte.

Y el pecho, que no menos se desvela
De mi querida madre, y su lamento
A las estrellas en suspiros vuela:
Agora es tiempo, que á mayor intento
Convierta el noble corazon, mostrando
Igual á su valor el sufrimiento.
Tú, fuerte hermano, ya que gobernando
El medio mundo, asistes y presides,
Tus fuerzas á tu edad aventajando;
Tú, que de la virtud no te divides,
Y ya de su carrera angosta y yerta
A francos pasos la distancia mides;
Mira que el golpe de fortuna incierta,
Ni el duro encuentro del adverso hado
De tu camino un paso te divierta.
Ni porque el Cielo mires quebrantado
Venirse á tierra con estruendo horrible,
Muestres el firme corazon turbado;
Y si la amiga suerte y apacible
(Hija de tu valor) te levantáre
A la mayor alteza inaccesible:
Si el mundo á sumas honras te ensalzáre,
Tal, que á la fama el vuelo facilites,
Que sublimada, tu renombre ampare;
No los mundanos bienes acredites,
Ni en los mortales términos estrechos
El ánimo reduzcas y limites.
Bien es, que admiren los humanos pechos
Tus generosas obras; mas en tanto
Al Cielo solo han de mirar tus hechos.

Mira y contempla el Cielo sacrosanto,
De donde truxo el alma el gran origen,
Antes que usase del corporeo manto.
Si allá tus obras santas se dirígen,
El globo, que jamas su espacio gira,
Y las esferas, que sus buelcos rigen,
Tendrás debaxo de tus plantas; mira
Su inmensa altura, desechando el suelo,
Y al templo eterno, que te atiende, aspira.
Bien te convida á levantar el buelo
El claro sol, y el número de estrellas,
Con que esmaltado se demuestra el Cielo:
Las letras mira de sus lumbres bellas,
Leerás la gloria de su Autor divino,
Que ellas la escriben, y la anuncian ellas.
Y el uno y otro globo cristalino
Tu amor despierte, que en acorde acento,
Y armónico revuelve su camino.
Muestra á sus voces el sentido atento,
Y en su labor bellísima, fixada
Ten la segura vista y pensamiento.
Mientras felicemente desatada
El alma tuya de los miembros sea
Tras luenga edad, en años aumentada:
Y allá delante de la inmensa Idea,
Con vista pura, y corazon ardiente
Mayores cosas aprehenda y vea.
Dixo, y alzando el vuelo diligente
A su divino Alcazar encumbrado,
Al dulce hermano, que le escucha y siente,
Dexó despierto, álegre, y espantado.

EPIGRAMA

A una medalla esculpida en oro con el retrato del Rey Filipo III, y una empresa del mismo.

Esta imperial efigie, en oro impresa,
Cuya labor á su materia excede,
Demuestra en voz expresa
Quánto el ingenio con el arte puede.
Filipo aqui por generosa empresa
El ínclito Leon describe Hispano,
Que su derecha mano
Empuña regia lanza, y amenaza
Crudo rigor: y la siniestra abraza
De oliva un ramo tierno,
Y la sagrada Cruz (blason eterno.)
Asi denota, que la paz y amparo
Ofrece al mas humilde y observante
De la Christiana Fe; y al arrogante
De errada seta observador avaro,
Promete rigurosa
Guerra, con mano acerba y poderosa.
Tanto á los unos áspero y ayrado,
Quanto á los otros plácido y clemente.
Esto mismo dixera el figurado
Generoso Leon, que denodado
Respira, vive, y siente;
Mas rehusó el artífice prudente
El dar á su viveza
La voz, que le negó naturaleza.

TRADUCCION

Del Epigrama III *de Ausonio á la estatua de Dido.*

Illa ego sum Dido, vultu quam conspicis hospes, &c.

Huesped, que mi semblante
Miras en esculpido
Trasunto y semejante,
Cuya labor, cuya belleza espanta;
Yo soy aquella memorable Dido,
A quien la fama canta;
Tal fue mi aspecto, como ves, al vivo:
Pero mi mente y proceder esquivo
No fue qual finge y pinta fabuloso
Maron Latino, ni sus versos creas,
Do mi vivir describe alegre, ufano
Con un amor lascivo:
Que ni su Teucro Eneas
Me vió jamás, ni al término Africano
Con flota vino, ni baxel Troyano:
Antes yo rehuyendo el belicoso
Amor de Jarbas, y su vano exceso,
A muerte me ofrecí (la accion confieso)
Salvando mi propuesta
Fe, y la entereza de mi fama honesta.
Mi fe jamás violada,

Para romperme el pecho
Movió los filos de una casta espada;
No el rabioso dolor, y sin provecho
De un agraviado amor no satisfecho:
Lícita muerte obtuvé,
Y vida sin ofensa de mi fama:
Yo fenecí despues que mi deseo
Pude cumplir, vengando á mi Siqueo;
Y despues que su templo y fixo muro
En mi Ciudad edificados tuve.
¿Por qué á mi honor y su luciente llama
Ingrata fuiste, ó Musa, estimulando
La voz de tu poeta,
Que asi ofendió mi zelo casto y puro,
Siguiendo su ligera fantasia?
Vosotros los que el nombre y la memoria
Buscais de Dido, acreditad la historia,
Que me autoriza, y no el confuso vando,
Que en su falaz poesia
Altera la verdad, y la interpreta,
Y de los Dioses canta fabulosos
Hurtos, y engaños torpes, amorosos,
Las mentes semejando soberanas,
En su vicioso afecto, á las humanas.

TRADUCCION
Del Epigrama primero de Marcial.

Barbara pyramidum sileant miracula Memphis, &c.

No Menfis generosa
Sus bárbaras pirámides ostente,
Labor maravillosa;
Ni ensalce vanamente
Sus muros Babilonia entronizados,
Con sumo afan, y brevedad formados.
Su presuncion ufana
Rinda el Efesio habitador, que honora
El templo de Diana;
Y el que en Delos adora
Al rubio sol, con semejante exemplo
Sus obras no celebre, ni su templo.
No estienda, ni levante
Sus alabanzas al etereo Polo
Caria, por su arrogante
Sepulcro de Mausolo,
Cuyo edificio, y su techumbre altiva
Pende en el ayre, al parecer, y estriva.
Cedan de Atlante á Batro
Mil obras dignas de memoria eterna,
Al magno Anfiteatro
De César, cuya fábrica moderna
Honren los tiempos, y la fama acete
Su maravilla sola por las siete.

TRADUCCION

Del Epigrama XXVI. de Marcial.

Augusti laudes fuerant committere clases, &c.

Fue Augusto en sumas honras colocado
Por su travada lid, y la espantosa
Flota, que sobre el golfo alborotado
Solicitó la trompa belicosa:
Mas fue un exemplo leve, comparado
A la naval contienda poderosa,
Do Cesar hizo, en su fingida guerra,
Del campo mar, y de las ondas tierra.

Vió Tetis en el agua, y Galatea
Silvestres fieras, y su reyno frio
Vió, que el ferviente carro le pasea,
Y alza menudo polvo de rocio:
Triton, mientras se atiende á la pelea,
Juzga, que de su reyno el señorio
Rompe Neptuno, y doma su tridente
De sus caballos la cerúlea frente.

Quanto miramos apacible y fiero
En Circos y Teatros popülosos,
Todo concede su lugar primero
Hoy, Cesar, á tus juegos industriosos:
No se celebren ya de Claudio y Nero
Navales espectáculos vistosos,
Que el tuyo solo con ilustre gloria
Debe honrar de los siglos la memoria.

TRADUCCION

Del Epigrama 73. lib. 8. de Marcial.

Instanti, quo nec sincerior, &c.

CANCION.

Instancio, cuyo honor y cortesia
Estimo y amo, si mi nombre y gloria
Procuras encargar á la memoria,
Si dar fervor y aliento á mi Talia
Quieres, y autorizar mis versos; dame
Que algunos ojos ame.
De Cintia el dulce amor templó la lira
Tuya, Propercio, cuya voz admira:
Bastó Licoris á mover el genio
Del noble Galo y su gallardo ingenio.
Tambien al docto y cándido Tibulo
Dió eterna fama Nemesis hermosa;
Rigió la lengua culta y numerosa
Ya Lesbia del suavísimo Catulo.
Asi cobrando honor la Musa mia
En su feliz poesia,
Verás, amigo, que jamas envidio
El diestro canto de Maron y Ovidio,
Como alcance mi cítara latina
Su Alexis, que celebre, ó su Corina.

TRADUCCION

De la tercera Oda de Oracio.

Sic te diva potens Cypri.

Nave, que por entrega
Al gran Virgilio debes,
Fiado ya en tus gumenas y entenas:
Yo te amonesto y ruego,
Que en salvo me le lleves,
Y restituyas al confin de Atenas
Con sosegada calma,
Y me conserves la mitad del alma.
Asi la blanca mano
De la espumosa hija
Del mar, y las estrellas radiantes
De Castor y su hermano
Te amparen, y te rija
El padre de los vientos arrogantes,
De cuyo reyno helado
Solo respire el zéfiro templado.
De roble endurecido,
Y de redoble acero
Tuvo ceñido en torno el pecho frio
Quien al embrabecido
Mar entregó primero
De fragil leño el cóncavo navio,
Sin miedo al Austro aguoso,
Que pugna en contra al Aquilon rabioso.

Y de temor esento
Vió la Pleiade triste,
Y el Noto, que del Adria en la marina
Solo este fiero viento
Predominando asiste,
Ora con su borrasca repentina
Batir el golfo quiera,
Ora tener en calma su ribera.
¿Quál genero de muerte
Temió la frente osada,
Que con enjutos ojos vió nadando
Tanto linage y suerte
De monstruos? ¿y la ayrada
Furia del mar hinchado resonando?
¿Y de Ceraunia horrible
El peligroso monte inaccesible?
En vano el providente
Jove distintas puso
Las tierras, interpuesto el Oceáno;
Si el hombre inobediente
Al navegar dispuso
De leves troncos su vaxel liviano,
Y ya del estendido
Golfo atraviesa el reyno prohibido.
Arrójase en efeto
A todo atrevimiento
Nuestro linage resoluto y ciego;
Ya el hijo de Japeto
Con temerario intento
Robó al Tonante por engaño el fuego,

Y eternizó su nombre,
De etereas llamas animando al hombre.
Mas luego á los mortales,
Por el hurto alevoso,
Cargó un enfermo estrago lastimero
De pestilentes males;
Y el término forzoso.
De la lejana muerte, que primero
Llegaba á paso lento,
Voló despues con raudo movimiento.
Ya Dédalo atrevido
Con plumas enceradas
Trató del ayre el término vacio,
En alas sostenido,
Nunca del hombre usadas:
Y Alcides lleno de arrogante brio
Partió del emisfero
Nuestro á robar el infero Cerbero.
En fin al hombre vano
No hay dificil empresa,
Que contra el cielo mismo acometemos:
Ciego furor insano,
Que como nunca cesa
Por su malicia indómita; no vemos,
Que Júpiter altivo
Depone un punto el rayo vengativo.

A las estatuas de dos hermanos de Sicilia, que libraron á sus padres del mayor incendio del Etna.

Es imitacion del Epigrama de Claudiano:

Aspice sudantes venerando pondere fratres.

Vivos los cuerpos ves y los semblantes,
Huesped, de aquellos Siculos hermanos
En paternal amor tan semejantes;
Que en el incendio y su peligro ufanos,
Al hombro encargan el amable peso,
Con pie seguro y diligentes manos.
No los espanta el temeroso exceso
Del inflamado monte, que derrama,
Bramando el humo en remolino espeso.
Antes parece, que la propia llama
Respeta su valor y accion piadosa,
Merecedora de perpetua fama.
Vese en los dos un ansia deseosa
Solo de guarecer al padre anciano,
Y á la encogida madre temerosa.
El viejo noble enseña con la mano
El muro de su patria envuelta en fuego,
De cuyo estrago se lamenta en vano.
Ella con femenil desasosiego
El mudo rostro inclina, y las Deidades
Temblando invoca con oculto ruego.

Tanto observa el sincel las propiedades
Fieles de la vivaz naturaleza,
Que las ficciones suyas son verdades.
Aqui ves la piedad y la terneza
En el bronco metal representada,
Y el fervor juvenil y fortaleza.
Aqui en el bronce inmoble executada
Ves la solicitud y el movimiento,
Con el temblor de la vejez cansada.
Muestran mezclar el animoso aliento
Los dos varones con igual cuidado,
Por conseguir su diferido intento.
Y de su propia vida descuidado,
Salvar la agena cada qual procura,
Rompiendo el ayre en llamas inflamado.
Verás tambien, que la materia dura
El genio del artífice prudente
Descubre en su dificil escultura.
Que con industria cauta y diligente
Dió á los fraternos rostros semejanza,
Distinta en algo, y no correspondiente.
Consiste la sagaz desemejanza,
En que el rostro del uno al padre imita,
Con proporcion de edades y templanza.
Y el otro, que se ajusta y se limita
Imitando á la madre en sus facciones,
No la retrata en la vejez marchita.
Con igual distincion los corazones
Siguieron cada qual su semejante,
Segun sus naturales aficiones.

¡O exemplos fieles de valor constante!
¡De generosa caridad clemente!
Dignos que el tiempo os eternice y cante.
Dignos que el mayor arte experimente
En vuestros simulacros su eficacia,
Y á vuestra fama honores acreciente.
Y con sonora voz, destreza y gracia
Os honren nuestras liras, no envidiosas
Del claro acento de la Griega, ó Lacia.
Pues no manifestó con mas piadosas
Muestras su esfuerzo, el que á su padre anciano
Libertó de las llamas espantosas
En el incendio bélico Troyano.

ELEGIA

De la felicidad de la vida.

Engáñaste, Licino, vulgarmente,
Si por dichosa juzgas esa vida,
Que estima la comun plebeya gente.
Ver una y otra mano enriquecida
De Arábigos diamantes relevados,
Y en ambar preciosísimo escondida:
Revolver á los hombros delicados
Las blandas pieles, que alimenta y cria
El Moscovita en sus amenos prados:
Y del puro metal, que el Indio envia,
Gravar los crespos recamados lechos,
Menos comodidad, que bizarría:

Aposentarse entre dorados techos,
Y paredes forradas en brocados,
Que tanto aprecian los humanos pechos:
Y en graneros ocultos y cerrados
Atesorar las mieses, quantas siega
En sus cerros el África tostados:
Y en pos de la codicia torpe y ciega,
Amontonar riquezas excesivas,
Que la fortuna varia á tantos niega:
Y en mesas abundantes y lascivas
Trinchar el ave noble, el pece raro,
Y las fieras del bosque fugitivas:
x Ganar lustrosa fama, y nombre claro
Con la superflua copia de sirvientes,
Que admire el ignorante y el avaro.
¡O quán agenas son, quán diferentes
De la vida feliz y descansada,
Estas vulgares honras aparentes!
Oye, Licino, pues; y la engañada
Multitud á mi voz contigo atienda,
Si el bien humano conocer le agrada.
Este será la moderada hacienda,
Habida por herencia, y sin que el dueño
Con perpetuos afanes la pretenda.
Flórido y fertil campo, aunque pequeño,
Cuya cosecha al que lo siembra ufano
Ni le desvele, ni perturbe el sueño.
Cómoda habitacion, que en el verano
El fresco admita, y en invierno el fuego,
Atizado tal vez con propia mano.

Tranquilidad del ánimo y sosiego,
De litigios esento y pretensiones,
Nunca pendiente del favor , ni el ruego.
Bien compuesta salud , sin presunciones
De aliento y fuerzas , que á seguir te obliguen
Las tropas de guerreros esquadrones.
Prudente sencillez , do se mitiguen
Los vuelos del ingenio remontados,
Ni en desvelos ocultos se fatiguen.
Iguales los amigos , no encumbrados,
Donde obliguen á ser destituidos,
O con violenta maña conservados.
Facil , templada mesa , do servidos
Serán manjares limpios , naturales,
No los adulterados , ó fingidos.
Y pues nacidos somos y mortales,
Ni tiembles de la muerte aborrecida,
Ni la procures ; que en templanzas tales
Hallarás el descanso de la vida.

Imitacion de la primera Oda de Horacio, reducida á las costumbres modernas.

CANCION.

Util y cierto amigo,
Que en voluntario nudo inseparable
Liga á los dos una alma solamente;
Quiero observar contigo
Este mundano vulgo innumerable,
Y en sus inclinaciones diferente.
Ya ves el diligente
Fervor del que regala, trenza y limpia
El Andaluz caballo, á cuya planta
Ninguna se adelanta
De las que abrieron la carrera Olimpia,
Y cuya frente se sujeta al freno,
Y no al gran toro, de arrogancia lleno.
En vandos dividido
Ves el concurso de la docta escuela,
Que al repartir sus cátedras contiende;
Y trae desvanecido
Al estudioso, que subir anhela
Al propio honor, que el émulo pretende.
Uno cultiva y hiende
De su heredada granja el fertil suelo;
Otro de rubia mies amontonada
Tiene la trox preñada,
Y siempre encarga su cosecha al cielo,

Porque le fruten ya sus sementeras
Quanto se barre de las Libias eras.
¿Quál próspero tesoro
Habrá de Creso y Atalo abundante,
Que á alguno de estos mude y lo divierta
A que del suelo Moro
Hasta el confin Américo distante,
Temblando mida la marina incierta?
Luego su nave experta
El codicioso marinero entrega
Al mar, y en la borrasca temerosa
Ya quiere ver la ociosa
Vida del campo; mas apenas llega
Al caro puerto en paz, quando rehace
El fragil vaso, y navegar le aplace.
Muéstrase embarazado
Aquel sobre la mesa bastecida,
Y mosto envejecido en Ribadavia;
De sí tan descuidado,
Que aun los respetos del honor olvida
Quando las orlas de la copa enlabia.
Este la cruda rabia
Gusta seguir del áspero Mavorte,
Y de la trompa y caxa el fiero canto,
Aborrecido tanto
Ya de la madre, ó ya de la consorte,
Que entre los caros hijos llora y siente
La incierta vida de su padre ausente.

Con un igual desvelo
Se entrega el cazador al bosque espeso;
Y sin envidia al lecho regalado,
Pasa la noche al yelo,
Al javalí atendiendo, que el sabueso
Ya levantó, ó al tímido venado.
Tras el nebli templado
Otro se avienta, y de la vista pronta
No pierde el blanco de la garza alada,
Con el halcon travada,
Que en vuelo obliquo al cielo se remonta,
Y su halcon tal vez, y su contento
Le lleva el ayre, como pluma al viento.
Asi mi fervorosa
Inclinacion se afana, porque estrene
El lauro, en premio de la gran poesia,
Mi frente gloriosa;
Y del vulgo plebeyo Melpoméne
Distinga el nombre y la memoria mia:
Trato de noche y dia
Del Griego y de Maron las prendas raras,
Y de Lucano la grandeza y pompa,
A cuya grave trompa,
Si en algo mi atrevida voz comparas,
Ufano pensaré, que en alto vuelo
Ya me corono de la luz del cielo.

La batalla naval de los de Cesar, y Décimo Bruto su General, contra los Griegos habitadores de Marsella.

Descrita por Lucano en el tercero libro de su Farsalia, y transferida á nuestra lengua.

Sobre el marino campo el roxo Apolo
Tendió su luz flamante una mañana,
Libre de nubes, y sereno el Polo
Su manto á partes retocaba en grana:
Ató los vientos el sobervio Eolo
Al Euro, al Noto, al Cauro, y Tramontana;
Y sosegando el mar su movimiento,
En calma estuvo á la batalla atento.

Quando sus remos á la par tentaron
Entrambas flotas, y en igual concierto
De Estécade los Italos zarparon,
Y los Grecianos de su patrio puerto;
Con la violenta boga rechinaron
Los bien travados troncos, y cubierto
Quedó de espuma el piélago estendido
De los continuos golpes sacudido.

Pues ya que en medio de las dos armadas
Un espacio de mar tan corto habia,
Que en dando los remeros dos brazadas,
Una con otra flota se embestia;
Las voces á los ayres derramadas
Alzan tan sordo estruendo y griteria,

Que ni se escucha el remo, ni la trompa,
Por mas que el mar y viento azote y rompa.
Entonces carga el pecho el bogavante,
Los brazos tiende, y en su remo estriva:
Luego esforzando el pulso y la pujante
Espalda, sobre el banco se derriba:
Las proras, al encuentro resonante,
Resurten sesgas por el agua arriba,
Y alli la flecha y lanza rebolando,
Y el dardo auyentan uno y otro vando.
Volando encumbren la superna esfera
Las hastas, y cayendo, la marina:
Las naves se revuelven, y se altera
El orden con la brega repentina;
Qual de la armada se retira afuera,
Y qual á su adversario se avecina,
Qual va girando á torno, y qual deshace
Los sulcos, que la nao contraria hace.
Son ágiles y prestas las Grecianas
Fustas, al envestir y al retirarse:
Del timon se gobiernan mas livianas,
Y en breve cerco intentan rodearse:
Con mas pesado rumbo las Romanas
Procuran en valor aventajarse,
Que á semejanza de la firme tierra,
Son aptas para el uso de la guerra.
Dixo por tanto Bruto al vigilante
Piloto: ¿Por ventura en ligereza
Compites con el Griego navegante,
Y con sus mañas y sagaz destreza?

No sulques, no, las ondas vacilante,
Atiende á la batalla con firmeza,
Y de través opon los vasos nuestros
Contra sus barcas y baxeles diestros.
  Mostró el piloto obedecerle, y fueron
Todos atravesando su navio:
Las fustas enemigas envistieron,
Como acetando el nuevo desafio;
Del propio encuentro algunas se rompieron,
Las otras por el Italo gentio
Entre cadenas fueron enlazadas,
Y con agudos garfios aferradas.
  Asi dos flotas, la Romana y Griega,
Formaron un tablado espeso unido;
Y suelto el remo, la naval refriega
Fue, y el combate rígido encendido:
Ya nadie al viento su rejon entrega,
Ni ofende ya de lejos despedido
El dardo, ó lanza, mas la espada aguda
Rostro con rostro á batallar desnuda.
  Al bordo cada qual se acuesta y carga
De su fragata; y al contrario vando
El brazo y mano rigurosa alarga,
Mortales golpes recibiendo y dando:
Del áspero combate el agua amarga
Hierve en espumas roxas, y nadando
Lleva los miembros y cabezas sueltas,
En sangre helada ciegamente envueltas.
  Ya el número de muertos y anegados,
Que ve sobre las ondas cada nave,

Impide que se junten sus costados,
Por mas que el garfio los aferre y trave:
Algunos medio vivos y cansados,
Sostienen con el alma el cuerpo grave,
Bebiendo á su pesar la espesa copia
Del mar, mezclado de su sangre propia.
Asi bebiendo el mar, el mar los traga:
Y otros, que su baxel cascado miran,
Antes que se rehunda, ó se deshaga,
Al agua saltan, y á vivir aspiran;
Qualquiera flecha, ó lanza ofende y llaga,
Que alli los Griegos y Romanos tiran;
Pues aunque al agua, errando, se derribe,
Hay cuerpo, que su golpe en sí recibe.
Dos fustas de Marsella contrastaban
Una de Cesar, y en igual porfia
Por sus costados ambos la acosaban,
Y ella con ambas sola contendia;
Y en quanto la vitoria dilataban,
Tago, Latino, insigne en osadia,
Probó á estender el brazo temerario,
Y asir las jarcias del baxel contrario.
Quando en su espalda y pecho repartidas
Dos lanzas á la par lo atravesaron,
Y al medio de su cuerpo introducidas
Las puntas aceradas se encontraron:
Dudó la sangre á quál de las heridas
Pudiera acometer, y al fin lanzaron
Entrambas bocas dos iguales fuentes,
Y el alma en partes rota diferentes.

Gobierna entre las ondas su madero
Telon, un Griego, que chalupa alguna
No vió jamás tan diestro marinero,
Ni tan cursado en la naval fortuna:
Juzgaba siempre el tiempo venidero
Solo mirando al rostro de la luna,
O al sol; y anticipada revolvia
La vela, donde el viento requería.
Este ya dexa abierto en la marina
Un vaso, que envistió con su pujanza,
Quando de lejos llega repentina
A barrenar sus pechos una lanza,
Huye volando el alma, y la vecina
Muerte le ocupa su vital estanza;
La nave, sin piloto sobrestante,
Discurre entre las ondas vacilante.
En cuyo vaso vagabundo, y falto
Ya de gobierno, un diestro marinero
Se apresuró á saltar desde lo alto
De su fragata, en ademan ligero,
Y un dardo agudo, en la mitad del salto,
Su espalda atravesó, y el fuerte acero
Clavó en las tablas, que topára enfrente,
Dexando al Griego de la nao pendiente.
En el conflicto de la guerra armados
Asisten dos hermanos, que nacidos
Ambos de un parto, á diferentes hados
Fueron por varia estrella conducidos;
Causaban grato error á los burlados
Padres, porque sus rostros parecidos

Eran de modo, que el mortal y agudo
Acero solo distinguirlos pudo.
Pudo la muerte, reservando al uno,
Al otro arrebatar su semejante,
Tal, que los padres, sin engaño alguno,
Verán distinto al único restante,
Donde el llanto renueven importuno
Con perpetuo dolor perseverante,
Siempre mirando el natural trasunto
Del miserable hermano ya difunto.
El uno de los dos con muestra osada
Asió una caravela del Romano,
Y al punto un golpe de ligera espada
A cercen le cortó la diestra mano;
Aquella con sus nervios aferrada
Quedó, y asida de la barca en vano,
Y en el ilustre pecho del mancebo
x Creció nueva arrogancia y vigor nuevo.
Ya al uso de las armas aplicando
La fuerte izquierda, á la batalla atiende,
Y de la fusta el cuerpo derribando,
Cobrar su mano dividida entiende;
Quando un alfange del opuesto vando
Tras él con feroz ímpetu desciende,
Que tambien la siniestra vengativa,
Y el brazo desde el hombro le derriba.
Ya que privado de regir se mira
Espada, ó lanza, ni acerado escudo,
No se recoge adentro, ó se retira,
Ni al hado rinde el corazon sañudo;

Mas sin dexar el puesto, ardiendo en ira
Expone el pecho á nueva lid desnudo,
Donde á su hermano guarda y lo defiende,
Que á sus espaldas por igual contiende.

Plantado y vuelto al enemigo asiste,
Y como firme y sólida trinchera,
La flecha, dardo y lanza alli resiste,
Porque á ninguno de los suyos hiera:
Las mnchas llagas de su cuerpo triste
Ya le compelen á que espire y muera;
Mas él su poca sangre y poca fuerza
En sí recoge, y á vivir se esfuerza.

Sostuvo el alma el joven temerario,
Mientras saltaba en su enemiga nave,
Por ofender siquiera al adversario
Con solo el peso de su cuerpo grave:
La nave ya, del ímpetu contrario
De Griegas proras, todo leño y trave
Mostraba poco firmes, y cubiertos
Sus altos bordos de los hombres muertos.

Asi que la oprimió con su añadida
Carga, el osado salto repentino,
Del agua por sus quiebras recibida
Se hinche, y tuerce al fondo su camino;
La mar propinqua, en cerco removida,
De espuma forma un ancho remolino,
Abrese recibiendo la chalupa,
Y luego el puesto, que ella dexa, ocupa.

Hubo portentos raros aquel dia:
Sus garfios los Romanos aventaron,

Creyendo de aferrar una saetia,
Y en vez de aquella, á Lisida enclavaron:
Por le salvar, sus Griegos á porfia
Le asieron ambos pies, luego tiraron
El cuerpo asido de contrarias partes,
Hasta que le troncaron en dos partes.
Toda su sangre entonces despendida
Por toda vena, el piélago manchaba,
Y la porcion buscando dividida
Del cuerpo y del espíritu, saltaba:
De los últimos miembros desasida
Fue en breve el alma; y donde se alojaba
El corazon y entrañas, se entretuvo,
Y allí gran rato batallando estuvo.
De un Griego vergantin toda la gente
Por ir á defender el diestro lado,
Dexó el siniestro bordo enteramente,
Sin consideracion, desocupado:
La mal partida carga de repente
Vuelca el ligero casco, y trabucado
Ya el arbol nada, y la carina y suelo
Es techo de las ondas, vuelto al cielo.
Viva la gente en ciega sepultura,
Al fin rabiando perecer espera,
Sin que los dexe su caberna oscura
Tender los brazos por el agua afuera.
Trazó una estraña muerte la ventura
De un Italo mancebo, injusta y fiera,
El qual iba nadando, y dos canoas
En medio lo encontraron con las proas.

En cuyos espolones suspendido,
Bramando pereció, sin que estorvase
Su cuerpo y duro nervio entremetido,
Que una con otra punta resonase,
Abierto el vientre, el corazon partido,
Le provocaron ambos vomitase
La espesa tinta de su sangre, á vueltas
De las entrañas con el alma envueltas.

Ya que esparcidos uno y otro vaso,
Cayó el mezquino entre las ondas muerto,
Hallaba puerta el mar, y franco el paso
Por la gran boca de su vientre abierto.
Otro baxel por misero fracaso
Se vió hundir, y procuraba experto
Rompiendo el golfo cada buen soldado,
De un barco amigo socorrerse á nado.

Alzaban con ahinco y agonia
Sus manos á las jarcias y madera,
De cable, ó remo cada qual prendia
Segun salvarse de la muerte espera;
Mas la embarcada chusma, que temia
Henchir de nueva carga su galera,
Los brazos les cortaban desde arriba
Con furia de enemigos excesiva.

Asi quedaban de la nao colgando
Los brazos, cuyo cuerpo desasido
Se descolgaba de sus manos, dando
De espaldas sobre el golfo aborrecido,
Luego los simples troncos rehilando
Andaban por el piélago estendido,

Que en breve sustentarlos no podia,
Y en su profundo seno los sorbia.

Fue estraño de mirar, quando faltaba
Ya el dardo, ó flecha á la guerrera gente,
Cómo el furor y cólera inventaba
Mil ofensivas armas de repente:
Este el fornido remo levantaba,
Aquel la entena misma, y ciegamente
Otro desembrazaba los enteros
Bancos, atropellando á sus remeros.

Y aun hubo algunos, que sin armas viendo
Su diestra en lo postrero de la vida,
Sacaron de sus llagas el horrendo
Hierro, y el hasta, y dardo su homicida,
Y con esfuerzo y ánimo estupendo
Tapaban con la izquierda la herida;
Guardando asi la sangre en su pujanza,
Por dar mas fuerza al tiro de la lanza.

Mas mientras se contiende y se milita,
No se vió tan mortífero cosario
Contra las naves, como la infinita
Copia del fuego, su mayor contrario,
Que en hachos aplicado de esquisita
Forma, y compuestos de betumen vario,
Ardiendo se arrojaba, y al momento
Las urcas le prestaban alimento.

Arde la pez, y líquida se inflama
La cera asida de la tabla y brea,
Sin que á estinguir la resonante llama
Bastante el colmo de las ondas sea;

Antes quando se rompe, y se derrama
Un barco en partes, el azufre y tea
Conserva el fuego, y en igual estruendo
Van los pedazos por el agua ardiendo;
Al mar se arroja entonces diligente
Huyendo el fuego de su lancha el uno;
Otro se abraza de la tabla ardiente
Por defenderse del atroz Neptuno;
Que en riesgos tantos la infelice gente,
Aunque es forzoso padecer alguno,
Siempre aborrece y huye la fiereza
De aquella muerte, que á morir empieza.
Los que en el alto piélago nadando
Se hallaban, á lo menos ofendian
Con dardos, que á la armada de su vando,
Del golfo recogidos, ofrecian;
Y alguna vez rabiosos estrivando
Mal sobre el agua floxa, despedian
Acia el contrario la mojada lanza
Con pulso incierto, y falto de pujanza.
Si para contrastar al enemigo,
Hasta ninguna por el agua hallaban,
El agua misma á funeral castigo,
En vez de agudas armas, aplicaban:
Porque abrazando cada qual consigo
A su contrario, al fondo se calaban,
Alegres de comprar (cuitada suerte!)
La agena á costa de su propia muerte.
En este modo de matar violento,
Fosco Greciano á todos excedia,

Buzano, que en el agua el vivo aliento
Por un espacio largo entretenia,
Y á escudriñarle su arenoso asiento,
Como veloz delfin, se zabullía,
A veces destrabando la ferrada
Ancla, en el centro de la mar hincada.

Este fue de mil hombres homicida,
Hundióse con ellos abrazado,
Y luego tras la oculta zabullida,
Tornando arriba salvo y descargado;
Mas una vez él mismo á la salida
El mar halló de barcas ocupado,
Y alli faltando su nadar esperto,
Quedó debaxo de las ondas muerto.

Algunos en el agua pereciendo,
Por desigual venganza se arrimaron
A su enemiga nao, y el remo asiendo,
Su apresurado curso embarazaron.
Asi en la brega militar muriendo,
Todos vengarse al menos intentaron;
Y que su sangre y vida se vendiese
Quanto costosa cada qual pudiese.

Tirreno, valentísimo Romano,
Jugando estaba de su limpio acero,
Quando le vido Lígdamo, Greciano,
De dardo y honda el tirador primero;
Allá le enderezó con diestra mano
Una pelota el bárbaro guerrero,
Que le acertó en las sienes, y sangrientos
Los ojos le ausentó de sus asientos.

Tirreno entonces á la grave ofensa
Queda, y al golpe, atónito de suerte,
Que sus tinieblas ya recela, y piensa
Ser triste efeto de la propia muerte;
Mas como vuelve en sí, y á la defensa
Aun reconoce pronto el pecho fuerte,
Alza la dura faz manchada y ciega,
En tanto que á los suyos habla y ruega:

Amigos (dice) como ya asestado
Poneis un balleston á lejos trecho,
Asi no menos vuelto y aplicado
Al enemigo me poned el pecho;
Siquiera por mis brazos aventado
Será algun dardo á término derecho,
Haciendo en tanto que la vida acabe,
Lo mas que en mi valor y fuerzas cabe.

Y aun algo entiendo aprovecharos muerto,
Porque burlando al esquadron villano,
Qual hombre vivo, mi cadaver yerto
Será flechado de su gente en vano.
Dixo, y en su chalupa descubierto
Luego desembrazó con ciega mano
Un hasta al enemigo, la primera,
Con ciega mano sí, pero certera.

Recibe el golpe el delicado y blando
Pecho del joven Argos de Marsella,
Y sobre el hasta el cuerpo derribando,
Ayuda él mismo á atravesarse en ella:
Su padre, que morir le está mirando
De lejos, por los bancos atropella,

a chusma el
el hijo agor
quando man
der y usar d
con quantos
la palestra y
y, que á su
vencen, de l
los suyos del
xemplo ya,
á su hijo el
pechos, ni
canas ; m
espacio de
ible angusti
vista de sus
desconoció
o amado del
fuerzas la
entonces, y
garzon, y al
puede y tác
mudas de s
tanto que l
pales últimos
joven de mo
spertando el
brando su do
lona (dice)
brazos á tu

Y satisfaga el vaso de tu mente? ×
ｉ bien aguardo en vano
Verte con obra tuya satisfecho,
?ues el estilo humano
)uando mejor escriba,
ｏ arribará, ni con distancia y trecho,
\donde el vuelo de tu ingenio arriba,
 si igualarse intenta, es devaneo,
'u mas sonoro canto á tu deseo.
'as conocido la perfecta idea
)e la escondida altísima poesia;
engua no habrá, que de tan alta esencia
astante á retratar las formas sea;
.si quanto de aquella se desvia
el retórico frasis la potencia,
ınto desdice al justo
ı docta compostura, de tu gusto,
ır culpa no de tu capaz ingenio,
as del lenguage y numeroso canto
 poderoso á tanto.
l imposible fatigaba el genio,
e la divina lengua mover pudo
' gran Virgilio, á su morir cercano,
ındo de propia estimacion desnudo
ndó entregar sus versos á Vulcano:
un golpe allí la parca (¡avara suerte!)
'a á su vida y á su gloria muerte,
: Cesar providente
láusula mortal no revocára,
piendo leyes con mortal violencia;

Antes que la licencia
Del fuego su costumbre executára:
Luego la altiva mente
En gobernar el mundo embarazada,
Reduce solo al canto y á la musa;
No la Imperial ocupacion le escusa
De se hurtar al zelador gobierno,
Mientras en verso ilustre y venerable
Celebra el merecido nombre eterno
De un siervo al fin., y la memoria honrosa:
¡Exemplo memorable!
¡Fuerza de la virtud maravillosa!
Trueca el ínclito cetro
En el canoro pletro,
Y con sentida voz el ayre inquieta,
Voz tímida y sentida
Solo de la intencion de su poeta;
¡O Musas! dice, socorred al fuego:
Latinas musas, ninfas del boscage,
Custodia de la selva entretexida,
Al fuego injusto socorred, os ruego,
Verted aqui las ondas de los rios,
Del mundo el daño general se ataje:
No en los incendios se resuelva impios
De nuevo Troya, que en los versos vive.
¿Elisa., en sus amores ya encendida,
Mísera ha de abrasarse en nueva llama?
¿Obra tan digna de perpetua vida,
Que en años tantos de labor se escribe,
En solo un punto ha de acabarse? ¡ó fama!

Viva Maron por mil edades, viva;
Si fue á sí mismo ingrato,
Por su desprecio solo
Su verso al mundo le será mas grato;
Tal obra el tiempo en su memoria escriba:
Viva, y en quanto Apolo
Su quarta esfera cóncava rodea,
Se alabe, honore, y ame, estime, y lea.

DIALOGO

Entre la Naturaleza y las dos Artes, Pintura y Escultura, de cuya preeminencia se disputa y juzga.

Dedicado á los prácticos y teóricos en estas Artes.

Escultura.

Tú, venerable maestra
De las Artes docta y diestra;
Pues somos ambas tus hijas,
Es bien juzgues y corrijas
Esta diferencia nuestra.
En fin quiere la Pintura,
Siendo sombra y vanidad,
Tener honra y calidad.

Pintura.

Mucha tiene la Escultura,
Si iguala á su cantidad.
Mas no juzgue por honor
Ser material su labor;
Que accion mas calificada
Es hacer algo de nada,
Accion rara del pintor.

Escultura.

Hacerte callar podria
Tu humilde genealogia.

Pintura.

Pues la tuya no me asombra.

Escultura.

Fue tu principio la sombra.

Pintura.

Y el tuyo la idolatria.

Naturaleza.

Segun mi naturaleza,
No le ofende la vileza
De su padre al hijo noble;
Mas la adquirida nobleza
Su ser califica al doble.

Pintura.

Asi por su industria pura
Se ha ilustrado mi pintura:
Y es mas honrosa costumbre
Sacar de la sombra lumbre,
Que de la luz sombra oscura.

Escultura.

Tambien si mi origen vano
Fue algun Idolo profano,
Ya imitan hoy mis sinceles
Al Dios trino, al Dios humano,
Con mil simulacros fieles.

Yo soy bulto y corpulencia,
Y tú un falso parecer;
Y asi te excede mi ciencia
Con la misma diferencia
Que hay del parecer al ser.

Piutura.

Con esa falsa razon
Mal tus honores se aumentan,
Que una y otra imitacion
No atienden á lo que son,
Sino á lo que representan.
Mal puede el arte formar
El ser mismo de la cosa.

Naturaleza.

Fuera quererme igualar.

Pintura.

El esculpir, ó pintar
Ficcion ha de ser forzosa.
Y habiendo de ser fingido
Lo pintado y lo esculpido,
Bien debe ser mas preciado
Lo que finge el relevado,
Y le aumenta el colorido,

Escultura.

Mi relievo no es ficcion.

Pintura.

No; mas el arte esencial
Es fingir lo natural:
Y siempre tus obras son
Algun marmol, ó metal.
Yo con mis tintas suaves
La vista engaño y desvelo:
Prueba tú, si engañar sabes
Con el racimo las aves,
O á Zeusis con otro velo.

Escultura.

A mas mi buril se atreve;
Pues sin color el relieve,
Quando al vivo se conforma,
La perfeccion de su forma
Sola los afectos mueve,
Tanto, que una piedra dura
Ha encendido tierno amor
A fuerza de mi escultura:
Fuerza, que de la pintura
No la refiere escritor,

Pintura.

Será ofendiendo mi fama,
Que en mas de un galan y dama,
Sin conocimiento, ó trato,
Amor encendió su llama
Solo mirando un retrato.

Escultura.

Es asi; mas bien mirado,
El que alli la llama enciende
No es el retrato pintado;
Porque el amor solo atiende
Al ausente y retratado.
Y quando alguno abrazaba
Al simulacro, que amaba,
Todo su amoroso afeto
En el marmol se empleaba,
Sin pensar en otro objeto.

Pintura.

Quien tal estremo hacia

Ya ves, que solo atendia
Al torpe ardor y lascivo;
Mas no por eso creia,
Que era el simulacro vivo.

Yo con vigor diferente
Convenzo la vista humana;
Que juzga, al verme presente,
Ser cuerpo, que espira y siente,
Lo que és superficie llana.

Asi que tu bulto es vano
Junto al colorir, que engaña,
Tratado con diestra mano:
Hablen Gregorio y Ticiano,
O el Mudo pintor de España.

Escultura.

¿En fin un hombre sin habla
Ha de ensalzar tu pincel?

Pintura.

Sí, que en cada lienzo y tabla
Su pintura á voces habla
Con elegancia por él.

Naturaleza.

En tal profesion bien pudo
Ser, aunque mudo, tan diestro:
Y no hay mas docto maestro,
Que las acciones de un mudo
Para el exercicio vuestro:

Que como sus intenciones
Declara con las acciones;
Asi quien aquellas pinta

Puede en pintura sucinta
Pintar distintas razones.
Y si Homero componia
Su gran pintura canora
Sin ojos; tambien podria
Formar sin lengua sonora
Un mudo muda poesia.

Escultura.

Pintura, tú no me arguyas
Con tantas grandezas tuyas;
Que esos hombres que decias,
Han de olvidarse en dos dias
Ellos, y las obras suyas.
Dar puedes por acabada
Fama, cuyo fundamento
Es solo una tez delgada
De un lienzo, ó pared pintada,
Que en breve la borra el viento.
Mis bronces son poderosos
Contra tus vanas envidias,
Y en mármoles espantosos
Vivirán siempre famosos
Mis Praxiteles y Fidias.

Pintura.

No está en los mármoles rotos
La fama de tus sinceles,
Que hoy la alcanzan mis Apeles,
Parrasios, y Polignotos
Sin rastro de sus pinceles.
Nunca la materia puede

Dar al artífice honor,
Que con el arte la excede;
Y á la cera le concede
Lo que al bronce vividor.
Nuestras artes se acreditan,
Si perfectamente saben
Copiar las formas que imitan,
Y su honor no le limitan
En que duren, ó se acaben.

Naturaleza.

Sosegar vuestra contienda
Quisiera, sin vuestro agravio,
Porque la verdad se entienda,
Y no para que se ofenda
El artifice mas sabio.
Digo pues, que no dudeis
Ser vuestra nobleza igual
En una parte esencial,
Que es el fin á que atendeis,
Copiando mi natural.
Mas los medios solamente
Con que ese fin se procura,
(No se altere la escultura)
Le dan honra preeminente
Al arte de la pintura.
Porque mediante la union
Del colorido perfeto,
Y el uno y otro preceto,
Estiende su imitacion
A todo visible objeto.

Y con sus tintas mezcladas,
Y en el dibuxo fundadas,
Llegan á ser tan creidas
Sus imágenes fingidas,
Como mis obras formadas.
El buril no ha de imitar
Fielmente en materia alguna,
Al fuego, al rayo solar,
Al tendido campo, al mar,
Cielo, estrellas, sol, y luna.
Y dado que el sumo honor
Del escultor y pintor
Es quando imitar procura
Al hombre, que es la criatura
Mas semejante al Criador;
Tambien en el hombre es llano
Se adelantan las colores
Con admirables primores,
Trasladando al cuerpo humano
Mil pasiones interiores.
¿A quáles ojos no engaña
La vivacidad estraña
De alguna faz, donde asista
Desde el brillar de la vista,
Hasta la sutil pestaña?
Crece tambien calidad
Al pintor, verle agravado
De inmensa dificultad,
Y siempre necesitado
De ingenio y capacidad.

Y si el escultor alega
De sus golpes la fatiga,
Es alegacion muy ciega,
Que á mas cansancio se obliga
El que rema, caba, ó siega.
Y si al arte liberal
Del buen pincel y buril,
La honrára un trabajo tal;
Debiéramos honra igual
A la mecánica y vil.
El trabajo superior,
Que á las artes da valor,
En el ingenio se emplea,
Y este es siempre el que pelea
Solícito en el pintor.
La escultura mas templada
De ingenio, y mas descansada,
Mira y mide sin engaño
En los bultos que traslada
La forma, accion, y tamaño.
Mas el que en lo llano pinta,
Ni tamaño, accion, ó forma
De aquello que ve, le informa,
Ni da claridad distinta,
Si el pincel no lo reforma.
No hay medida que le ayude,
Ni la vista le asegura,
Si al arte sagaz no acude,
Donde con industria pura
Todo lo corrija y mude.

Esta es la perspectiva,
En cuyo cimiento estriva
Quanto colora el pincel;
Arte dìficil y esquiva,
Y mas que dificil, fiel.
Que si el pintor que la entiende,
La regala, y no la ofende
En los escuros y claros,
Forma los escorzos raros,
Con que á los sabios suspende.
Desta admirable labor,
Y dificultad estrema,
Vive ageno el escultor;
Y al ingenioso pintor
Le da autoridad suprema.
He ponderado las partes
De mas grandeza y agrado;
Y no direis, que he negado
El honor, que á entrambas artes
Debo, en eminente grado.

CANCION.

Dexa tu alvergue oculto,
Mudo silencio, que en el margen frio
Deste sagrado rio,
Y en este valle solitario inculto
Te aguarda el pecho mio:
Entra en mi pecho, y te diré medroso
Lo que á ninguno digo,
De que es Amor testigo,
Y aun á tí revelarlo apenas oso:
Ven ¡ó silencio fiel! y escucha atento
Tú solo, y mi callado pensamiento:
Sabrás; mas no querria
Me oyese el blando Zéfiro, y al Eco
En algun tronco hueco
Comunicase la palabra mia;
O que en el agua fria
El Betis escondido me escuchase.
Sabrás, que el cielo ordena,
Que con alegre pena
En dulces llamas el Amor me abrase,
Y que su fuego el corazon deshecho,
De sus tormentos viva satisfecho.
Al incendio suave
De un soberano ardor estoy rendido,
Que ni remedio pido,
Ni quién me le ha de dar mis penas sabe,
Porque á su casto oido

No se atreve mi lengua: en fin no aguardo
Otro mayor consuelo,
Sino saber, que un cielo
Es el incendio, en què padezco y ardo,
Y que el honor de tan ilustre empleo
Es premio suficiente á mi deseo.
Si estremos semejantes
Te maravillan ¡ó silencio amigo!
No entiendas, no, que sigo
El vano razonar de los amantes:
No estraño que te espantes;
Pretendo sí, que mis verdades creas:
Mi gozo es el tormento,
El fuego mi sustento,
Y deste se alimentan mis ideas:
Con tal regalo el corazon me inflama
La causa bella de mi pena y llama.
Silencio, no te niego,
Que osado alguna vez tentar quisiera,
Que ya Lisarda oyera
Quánto me abrasa de su vista el fuego,
Y mi verdad creyera:
Ardo en la pura luz del claro dia,
Veme la noche ardiendo,
En nuevo ardor me enciendo,
Quando su oscura sombra el sol desvia,
Y todos los objetos igualmente
Son á mis ojos una llama ardiente.
Mas huyo que lo entienda,
(¡Justo recato!) si ha de ser preciso

Sola mostraba de su rostro bello,
Tal con ligeros saltos paseaba
La orilla, y en sus frescos arenales
Sus tiernos miembros liberal mostraba.
Yo en tan alegre vista embebecido,
Y en los texidos ramos escondido,
Al cielo con el alma agradecia
Mi desigual ventura,
Y el recatado labio no movia:
Ay si mis ojos con igual cordura
Celar pudieran sus ocultas llamas,
Y no que ansiosos de mirar cercano
Aquel hermoso bulto soberano,
Se divirtieron á mover las ramas;
Y apenas el ruido
Hirió á la bella ninfa el pronto oido,
Quando su aguda vista y rostro honesto
Le descubrió mi hurto manifiesto:
Y como la corcilla descuidada
Mientra las hojas tiernas y menudas
Despunta de la yerva rociada,
Que al mas leve rumor el cuello enhiesta,
Y vuelve las agudas
Orejas, y la frente pavorosa
A la vecina selva, ó la floresta,
Do con alada planta voladora
Se embosca, y dexa al cazador burlado;
Tal su ligero curso amedrentado
Siguió mi amada Ninfa al mismo instante
Que me miró delante:

¡O bella ingrata, á quien el alma adora!
Entonces dixe, y me arrojé tras ella,
Detente, aguarda agora;
Del enemigo es justo que se huya,
No del amante, que la gloria suya
Ha puesto en adorar tu imágen bella;
Tras tí me llevas del amor vencido,
Y no de tus agravios persuadido:
Ya que matarme tu sobervia quiera,
Permite solo, que á tus ojos muera.
Mas ay!, que en vano pido
Te duelas de mi daño, pues tampoco
Sientes el tuyo; Ninfa, en la carrera
Mira que ofende el áspero camino
Tus blandos pies, reporta la huida,
Que yo te seguiré mas poco á poco.
En quanto asi la voz enternecida
Convierto á moderar su desatino;
Ella esforzando el corazon medroso,
Penetra el bosque, y á lo mas fragoso
Y oculto el curso aplica;
Los árboles al verla enamorados,
O ya de mi dolor compadecidos,
Parece que se oponen á encontrarla,
O bien á contemplarla;
Eco mis voces con afan replica,
Las broncas peñas mi dolor sentian:
Lleva mi Ninfa al viento derramados
De modo sus cabellos, y tendidos,
Que en torno al bello rostro parecian

Los rayos puros de Titan dorados.
He aqui mientras sin orden se esparcian
Las hebras de oro por el aura helada,
De un sauce humilde en los hojosos brazos
Se marañaron los hermosos lazos,
Y de mi Ninfa amada
Embarazaron algo la carrera;
Ella, al sentir su estorbo, de manera
Alzó la voz con alarido al cielo,
Que porque menos el dolor sintiera,
Sin la seguir me derribé en el suelo,
Diciéndole: ya, mi Ninfa, no te sigo,
Sino con sola el alma enamorada;
El alma llevas, y no mas contigo,
Modera tu violencia acelerada:
O ya si el peso rehusar pretendes,
Déxame el alma, y huye descansada.
Mas no porque mi voz la asegurase,
Y lejos bien distante me quedase,
Un punto quiso detener sus plantas,
Ni perdonar la ofensa á su cabello;
Antes cargando la cabeza y cuello
Acia adelante con ahinco y fuerza,
Dexa perdidas de sus hebras, quantas
Le pudo arrebatar la rica rama,
Y mas furiosa su carrera esfuerza,
Abriendo el paso entre la yerva y grama,
De mi burlada vista al fin se aleja,
Los árboles la esconden, y me dexa,
Qual queda el can liviano, que seguia

A la veloce liebre en la fragosa
Sierra, donde ella pudo cautelosa
Torcerse entre las matas y quebrarse;
El ya que de cobralla desconfia,
Descuida el pie ligero, y sin cansarse
Contempla solo la dificil via,
Y el rastro que dexó por los breñales
De su belluda piel, quando huia
La astuta liebre á saltos liberales.
Asi quando perdí la Ninfa mia
Me fui yo triste al ramo venturoso,
Dò estaban sus cabellos enlazados,
Y dixe lamentándome quejoso:
¡O lazos! dulce anuncio á mi severa
Muerte, y á executalla conjurados,
Despojos de la prenda á quien adoro!
Bien pudo suspenderse mi carrera
Por vuestro honor, qual su volatil planta
Detuvo, atenta al oro
La codiciosa virgen Atalanta,
No es oro el vuestro de menor tesoro;
¡O dulces lazos, muestra conocida
De la aspereza de mi bella ingrata!
¡O falso bien, que regalando mata,
Y aparente lisonja de la vida!
Do contra mí dexó el rigor ageno
En vaso de oro su mortal veneno:
Prenda sereis para mi mal guardada
En el estrecho seno;
Pues aunque en vos me quede la memoria

Desta crueldad de mi enemiga airada,
Y en vos mi ofensa arguya,
Al fin sois prenda suya,
Y en eso fundaré mi debil gloria.
Y tú, frondosa rama,
Que te compadeciste,
De verme ardiendo en amorosa llama,
Y el fugitivo curso entretuviste
De aquella mi bellísima contraria;
Perdona, si en tan breve te despojas
Del oro puro, que te adorna y viste,
Baste á calificar tus ricas hojas
Solo haber sido dél depositaria;
Y en cambio al recibido
Beneficio presente, al cielo pido,
Que iguale con su altura
La fertil copa, que tus hojas brota,
Y estienda tus raices
En el terreno centro á la remota
Y la mayor hondura:
Y que las arboledas autorices
Por luengos siglos con igual verdura.
Dixe, y las hebras rubias marañadas
Desenlacé, cobarde y temeroso,
Y al pecho venturoso
Las ofrecí por prendas regaladas.
Y viendo oscurecerse el ocidente
Ya quando al mar de Iberia, presuroso
Trastorna el sol la fatigada frente,
Desamparé yo triste el bosque umbroso.

A instancia, y en nombre de un galan poco lisongero con su dama.

SATIRA.

Bien pensarás, ó Lidia engañadora,
Que tu embustero corazon no entiendo,
Quando rendido finges, que me adora.
Y porque no te acuso, ni me ofendo,
Creerás, que tu melosa voz me enlabia,
Y en necias llamas del amor me enciendo.
¿Pues aunque fuera yo nacido en Babia,
Pudiera ya mi seso torpe y tardo
Juzgar que no me quiere quien me agravia?
Si bien á lo mostrenco y lo bigardo
Tomo lo que me dan, y no averiguo
Si es natural tu amor, ó si bastardo.
Ausentóse, mi Lidia, el tiempo antiguo,
Osaba entonces yo llamarte mia;
Ya es nombre el tuyo general, ó ambiguo.
Y aunque entonces lo fue, yo no lo via:
Agora sí, que de tu fe amorosa
Conozco la redoble hipocresia.
He aprendido tu ciencia artificiosa
Con otros ignorantes en el aula
De tu universidad maravillosa.
Sé ya lo que es trapaza, embuste y maula,
Y el modo de llevar sabrosamente
Los simples paxarillos á tu jaula.

Aquello de reñir perpetuamente
Al amante de poco recatado,
Porque en la Iglesia se te pone enfrente:
Y quieres que te mire sin cuidado
Cada amador, porque ninguno advierta,
Que tiene en su lugar acompañado.
¿Qué diré de la dueña siempre alerta,
Porque si el uno entró, y estotro llama,
Que todos hallen á sus solas puerta?
Y si entre los amantes se derrama
Poco interes, ir arrimando aparte
Los menos concernientes á la dama.
Mas no se ve jamás en el descarte
Quedar escasa, ó falta de galanes;
Que fuera carecer de astucia y arte.
Antes con atractivos ademanes,
Al rededor del cebo desmandados
Traes siempre una decena de bausanes.
Y como son aquellos repudiados,
Estotros van sus puestos ocupando,
Segun sus cantidades graduados,
¿Mas quién sabrá decir tu industria, quando
Les arrojas el garfio á las agallas,
Y quedan boca arriba palpitando?
¿Con qué sabor los prendes y avasallas,
Y llevas por sus pies al matadero,
Ya que rendidos á tu ley los hallas?
De tus ardides uno pintar quiero,
Ya que con él me armaste de gatafa,
Y alcanza entre ellos el lugar prim' ,

Tú das principio á la sagaz estafa
Con el mas nuevo género de envite,
Que ha inventado guillota, ni piltrafa.
El cebo de tu pesca es un convite
De un christianismo, que el mezquino amante
Ya tonto del amor, al fin lo admite.
Echase acuestas su lloron infante,
Tú, que eres la madrina juntamente,
Sacas el terno entonces rozagante.
Y con sereno rostro, y leda frente,
Bizarro talle, y un semblante honesto,
Que al de Lucrecia representa, y miente;
Abrasas un compadre á lo modesto,
Dexándole infundido tu veneno,
Y á varios modos de morir dispuesto.
Tambien lo dexas de moneda ageno,
Y él da á entender si es liberal ó escaso,
Tanto como decir, si es malo ó bueno.
Si de otras circunstancias hago caso,
No acabaré en un siglo; asi repito
Por cima tus costumbres, y de paso.
Cierto me maravillas infinito,
Viendo que en mil distintas alimañas
Yo solo me escapase del garlito.
Ni ya me desatinan tus patrañas,
Ni el verte en mil amantes dividida
Es cosa que me aflige las entrañas:
Antes me parecieras desabrida,
Si creyera, que á solas en tu seno
Pasaba yo la solitaria vida.

Mas quiero hallarle de ribales lleno,
Y me serás mas dulce y mas sabrosa,
Como la fruta del cercado ageno.
No me verás formar guerra zelosa,
Aunque diez mil contrarias culebrinas
Contrasten tu muralla vidriosa,
Y aunque tras esto sepa, que te inclinas
Al mismo escapulario y la sotana,
Y admites Ginovesas contraminas;
Esa reputacion tan soberana
Con que tu lengua siempre te reputa,
Te la concederé por cierta y llana.
Mas no, sino rebiente un hi de puta
Por conservar en medio de la Corte
x (Piélago inmenso) su chalupa enjuta.
Todo farante, amiga, trinche y corte,
Que al mas encarnizado en tu pechuga
No le diré jamás, que se reporte.
Soy hecho á la manera de tortuga,
Que no la ofende un guizque, ni guijarro,
Si el pie recoge, y el pescuezo arruga.
Asi yo con mis conchas de socarro,
Si se trastorna el cielo, baxo el morro,
Y es darme zelos, como dar en Darro.
Esta moneda gasto, y no me corro,
Porque con ella la del Rey de España,
Que en ti debiera despender, me ahorro.
Aqui consiste, ó Lidia, la maraña,
Que en ti faltando amor, y en mí dineros,
Dura el consorcio, y cada qual se engaña.

Conoces de mi lengua los aceros,
Que á no templarte ese temor, ya hubiera
Probado yo de tu rigor los fieros.
El miedo te reporta y te modera,
Porque de tí no cante, y no desbuche
Quando me halle de tu gremio fuera.
Tiemblas de la tixera de mi estuche,
Que ha de cortar á tu medida el paño,
Ante el primer corrillo, que me escuche.
En fin porque no haga con tu daño
De tus costumbres pésimas alarde,
Formas de amor un solapado engaño.
Que el miedo nazca del amor cobarde
Es muy comun; pero que engendre el miedo
Tu amor, es caso, que lo vemos tarde.
Lidia, prosigue tu amoroso enredo,
Que si con tus mentiras me halagas,
No se me dá de la verdad un bledo.
¿De qué me sirve un corazon con llagas,
Si en los favores anda limitado,
Trayéndome picado con aulagas?
Trátame, Lidia, tu con dulce agrado,
Y afables muestras: y siquiera el pecho
Tengas allá en lo intrínseco dañado,
Que yo en mi engaño vivo satisfecho.

A una dama antigua, flaca, y fea.

CANCION.

Quando tus huesos miro
De piel tan flaca armados y cubiertos,
Señora, no me admiro
Desa tu liviandad y desconciertos;
Que es fuerza ser liviana
Quien es en todo la flaqueza humana.
  Cúlpote en una cosa,
Y es, que adornarte quieres y pulirte,
Creyendo ser hermosa:
Y tan dificil hallo el persuadirte
Para que no lo creas,
Como el hacer en algo, que lo seas.
  Pero quizá no en vano
Mi lengua te amonesta y aconseja,
Aunque el consejo sano
Tú debas darle, como anciana y vieja;
Pues por no parecerlo,
Pienso le has de tomar, y obedecerlo.
  ¿Para qué persuades
Al mundo, que ha treinta años que naciste?
Pues á decir verdades,
Habrá sus treinta y dos que envejeciste;
Y no solo eres vieja,
Mas la vejez en tí ya es cosa añeja.

Hoy buscas matrimonio,
Y no hallarás, segun tus calidades,
Marido en el demonio;
Porque despues que mira tus fealdades,
Que agora yo deslindo,
Presume Satanás de ayroso y lindo.
Mil años ha que hubiera,
Segun tu edad, llevádote la muerte;
Mas quando armada y fiera
A tí se acerca, y tu figura advierte,
No llega, ni te enviste,
Creyendo haber diez horas que moriste.
Mas guárdate no sea,
Que ella tal vez pagada de tu vista
Abominable y fea,
Te asalte, y de tu cuerpo se revista,
Por ser los huesos tuyos
Mas propios de la muerte, que los suyos.

Definicion de Amor, segun el uso de los modernos.

Es el Amor un desden
En todo á sí mismo igual,
Do siempre reside el mal
Para lisonjas del bien.
Es una traicion segura,
Con fidelidad traidora,
Que á tiempos se alegra y llora
Quien la huye, ó la procura.

Es alba, que en su arrebol
No hay sombra, que la avergüence;
Es sol, que á la noche vence,
Y noche, que vence al sol.
Es el iman, que en el fuego
Presta su quilate al oro,
Cuyo escondido tesoro
Se manifiesta al mas ciego.
Es el vapor del aroma,
Que de agena luz procede;
Y si vence á quien le excede,
De sí la venganza toma.
Es serena tempestad,
Y procelosa bonanza;
Es nivelada balanza
Con fiel de infidelidad.
Es el rumbo de la nave,
Que al cielo encumbra su estremo,
El breve sulco del remo,
Y el vuelo simple del ave.
Digo, que el Amor en suma
Es, aunque nadie lo crea,
Quanto quisiere que sea
Qualquier disparada pluma.

Al Ungaro Tiburcio en la opresion de Esmirna.

CANCION LUGUBRE.

Espiraba la luz, y el destemplado
Olimpo en raudos truenos envolvia
La quebrantada nube rimbombante;
Quando el Teucro Monarca entronizado
La densa roca en sus escarchas fria
Vibrando impele, á emulacion de Atlante,
Que al Eco redundante
Imagen combustible, aunque bizarra,
De la expedida voz, trincha en los vientos,
Ya opuestos elementos
Contra los orbes, que veloz desgarra:
Si el bronce adusto en cárdena pizarra
Bruñera audaz los piélagos instables
Con los ferrados y temblantes cables.
Mas el abismo de las ondas hondo
Ya entonces aposenta al roxo amante
De la que en Chipre al Minotauro honora,
Por mas que á Cintia el círculo redondo
Lóbrega luz de eclipse radiante
Bordar intente, al coronar su aurora;
Pues ni la fertil Flora
Tal vez precipitada, y tal pendiente
En los racimos de la Hercúlea planta,
Ni el Mauro, ó Garamanta
Prestára ardor á su metal ferviente,

A no estrechar el ámbito sucinto,
Qual Tifis el Cretense laberinto.
El gran Sepulcro, á los Egipcios pobre,
Alli oprime la bárbara difunta,
Robusto honor del que idolatra Delo:
Sobre el collado se levanta, y sobre
El cimiento capaz crece la punta
Piramidal, con que taladra el cielo:
Alli el forjado yelo
Es á las breñas funeral mordaza;
Y Cipariso en ademan triunfante,
Con lenguas de diamante,
Y brazos de coral, el monte abraza,
Y en los pendientes riscos le amenaza,
Aun mal vengado de la tarda injuria,
Trance fatal del monstruo de Liguria.
¿Qué indicio, pues, recuperar tentára
En rudo engaste de peñascos rudos
Tanta vivacidad, tan crespo ingenio?
¿Qué ardor, qué altiva luz, qué especie rara
De celsitud, entre holocaustos mudos
No se postrára, dedicando el genio
Al de Temistio y Enio?
Que de menor estímulo forzados
Hoy ven lograr el resonante plectro,
Y de fumoso electro
Gravar los rubios de vapor nublados:
Mas luego en su peñon precipitados
(Inclito Ibero) atropelló tu alfange
Quanto dora Titan del Mincio al Gange.

Cancion, al que indignáre
Tu voz altiva y sílabas tremendas;
Dile, que en silogismos no repare,
Que no te faltará de quien lo aprendas:
Basta qué tú me entiendas,
Y que el lenguage culto
Muchos no le distinguen del oculto.

RIMAS SACRAS DE DON JUAN DE JAUREGUI.

Traduccion de algunos Himnos de la Iglesia.

Veni Sancte Spiritus, &c.

Ven, Deidad suprema,
Espíritu Santo,
Y á la tierra envia
De tu luz los rayos.
Padre de los pobres,
De riquezas franco,
Cuya lumbre ilustra
Corazones mansos.
Singular consuelo,
Refrigerio grato,
Y huesped del alma
Dulce y regalado.
Ven, descanso alegre
Para los trabajos,
Del calor refresco,
Y solaz del llanto.
Ven, lumbre divina,
Penetra abrasando
Nuestros corazones,
Intimo regalo.

Sin tu luz el hombre
Pierde el ser humano,
Pues su vida es muerte
De continuos daños.
Riega tú lo esteril,
lava lo manchado,
Y nuestras heridas
Sana con tus manos.
La aspereza ablanda,
Calienta lo helado,
Y los pasos rige
Del descaminado.
Concede á tus fieles,
Que en tí confiamos,
De tus siete Dones
El tesoro sacro.
Danos tus virtudes
Con mérito, y danos
Saludable muerte,
Y eterno descanso.

Jam lucis orto sidere, &c.

Pues ya la luz alegre
Del claro sol nos mira,
Y de sus rayos huye
La oscura sombra y fria;
Al cielo supliquemos,
Que en este nuevo dia
De todo mal nos libre,
Y á todo bien nos rija.
Que enfrene nuestra lengua,
Y sus turbadas iras,
Y de arrogancias vanas
Retire nuestra vista.
Que el corazon sea puro,
Y el alma corregida,
Cuyas templanzas huellen
La ciega carne altiva.
Porque quando la noche
La luz del sol despida,
Cante á los cielos gloria
Nuestra pureza limpia.
Sea la gloria al Padre,
Sea la gloria misma
Al Hijo, y al que entrambos
Con un amor espiran.

AL SANTISIMO SACRAMENTO.

Pange lingua gloriosi Corporis mysterium, &c.

Mueve la voz, lengua mia,
Dirás el alto misterio,
Do asiste humanado Christo
Dios Hombre en alma y en cuerpo.
Su sangre de precio tanto
Dirás, con que el Rey supremo
Pudo redimir el mundo,
Y el mundo comprar el cielo.
El que fue para los hombres
Dado por el Padre Eterno,
Y fue de una Virgen pura
Nacido para los mesmos.
El que humanó su Deidad,
Y conversando en el suelo,
Sembró su palabra santa,
Que fruto le da perpetuo.
Y para volverse al Padre,
Entre los hombres primero
Con maravillosa industria
Quiso quedar encubierto.
Dispuso la noble hazaña
En el convite postrero,
Quando observó con sus doce
La ley del Pasqual Cordero.

Alli á la feliz esquadra
Del escogido Colegio
Se dió con sus propias manos
Por manjar y por sustento.
Alli el pan con su palabra,
Y el vino se convirtieron
En pura sangre y en carne
De su vivo cuerpo entero.
Si tan profundo milagro
No alcanza el humano ingenio,
La Fe sola por firmeza
Basta al corazon sincero.
Reverenciemos humildes
Tan sublime Sacramento,
Supliendo la Fe sencilla
Al sentido debil nuestro.
Las ceremonias oscuras
De los antiguos precetos
Cedan á la luz presente,
Y al sacro rito moderno.
Al Padre nunca engendrado,
Sumo autor del universo,
Demos honor, gracia, y gloria,
Y mil alabanzas demos.
Con igual honra se alabe
Su igual concebido Verbo,
Y el que de entrambos procede,
Siendo los tres uno mesmo.

EN LA FESTIVIDAD DEL CORPUS.

Lauda Sion Salvatorem, &c.

¡O tú, Sion dichosa!
Alaba al Redentor, pues siendo esclava
Con mano poderosa
Te dió la libertad perdida: alaba
En himno sonoroso
Tu buen Pastor y Capitan famoso.
Conviene que te atrevas
A quanto el arte y el ingenio pueden;
Que sus grandezas nuevas
A todo estremo de alabanza exceden,
Y no será tu mente
Jamás para ensalzarlas suficiente.
Tienes por sacro tema,
Y propio asunto, que tu voz entone
Con alabanza estrema,
El que hoy la Iglesia con amor propone
De aquella gran comida,
Que vida causa, y ella mesma es vida.
Del Pan, que en la sagrada
Mesa divina, de misterios llena,
Con mano regalada
Se dió á los doce de la santa cena,
A cuyo gran convite
Ninguno en gusto iguala, ni compite.

Haya alabanzas llenas
De gozo alegre y de sonóro acento;
Y así de las terrenas
Mentes despierto un general contento,
Muestre su ardiente y vivo
Afecto el grato corazon festivo.
En este sacro dia
Se solemniza y trae á la memoria
Con célebre alegria
Aquella institucion llena de gloria,
Que en la primera mesa
Quedó á los fieles para siempre impresa.
Y ya en esta lucida
Mesa de ostentacion del nuevo Rey,
Y en esta conocida
Pascua, que instituyo la nueva Ley,
Se acaba, y se averigua
La oscura usanza de la Pasqua antigua.
La novedad escombra
Con lumbre clara de verdades puras,
La antigüedad y sombra
De confusion, é imágenes oscuras;
Y el nuevo sol destierra
La ciega noche y triste de la tierra.
Aquella accion piadosa,
Que el Redentor eterno obró primero
En la cena dichosa,
Dexó enseñado al pueblo venidero
A que jamás la excluya,
Mas la exercite á la memoria suya.

Asi el derecho santo,
Segun decreto del Autor divino,
Por orden sacrosanto
Hace consagracion del pan y vino,
Y en gracia y beneficio
De la salud lo ofrece en sacrificio.
Mas un preceto honesto
Al fiel Christiano con amor se advierte,
Y un firme presupuesto,
Que el pan en viva carne se convierte,
Y el vino en sangre pura
Del sumo Redentor de la criatura.
Lo que la mente vana
Es imposible entienda, ni perciba,
Ni de la vista humana
Mirar se dexa: la animosa y viva
Fe lo confirma y dice,
Bien que del orden natural desdice.
Debaxo diferentes
Especies, que á la vista se le ofrecen,
Donde sus accidentes
Señalan, y no son lo que parecen;
Por singular portento
Se encierra el vivo Christo en Sacramento.
Su carne es la comida
Dada al Christiano, que la goce y precie,
Su sangre la bebida;
Mas tanto en una, como en otra especie
Se incluye el verdadero
Christo, y los miembros de su cuerpo entero.

Quando en manjar sagrado
Es del terreno pecho consumido,
Ni roto, ó quebrantado
Ser puede, ni su cuerpo dividido;
Mas su entereza vive,
Y el hombre enteramente lo recibe.
Si lo recibe alguno,
Y es recibido de millares ciento;
Tanto recibe el uno,
Quanto recibe el número sin cuento;
Y en una y otra boca
Nunca se gasta, apura, ni se apoca.
Recíbenlo decentes
Los justos; los injustos lo reciben;
Mas es con diferentes
Contrarias suertes: que los unos viven
En vida saludable,
Y estotros mueren muerte miserable.
Desventurada muerte
Es en los malos: en los buenos vida.
Tú agora pues advierte
Quánto un igual manjar y una comida
Resulta en desiguales
Efectos, saludables y mortales.
En fin es evidente,
Que si la Hostia se divide y parte,
Tanto precisamente
Contiene alli la mas pequeña parte,
Como la forma entera.
Nadie me arguya, ni la causa inquiera.

Alli la esencia pura
De Christo no se rompe; solo toca
El corte y la rotura
A las especies; y jamás se apoca
Del Verbo disfrazado
El cuerpo, de estatura, ni de estado.
Del Serafin divino
Aqui verás el pan, que ha sido hecho
Manjar del peregrino,
Pan verdadero del christiano pecho,
Y del hijo amoroso,
No del infiel blasfemo y can rabioso.
Mostrósenos primero
Por sus figuras de notable indicio
En el Pasqual Cordero;
De Isac en el antiguo sacrificio:
Y en el maná, que el cielo
Dió al Pueblo suyo en el Arabio suelo.
Mas ¡ó Jesus precioso,
Pan de verdades, y Pastor sagrado!
Tú con amor piadoso
Nos alimenta y guarda, y á tu lado
Nos dexa ver el dia
Perpetuo en la encumbrada Gerarquia.
Tú (pues todo lo vales
Y sabes) tú que agora nos mantienes,
Allá tus conmensales
Nos haz, y compañeros en los bienes
De los que en tu presencia
Gozan eterna la celeste herencia.

PARAFRASIS DEL SALMO VIII.

Domine Dominus noster, &c.

¡O quánto el nombre vuestro,
Supremo Emperador y Señor nuestro,
Al mundo admira! ¡y quánto su memoria
Es ensalzada con ilustre gloria
En la estendida redondez del suelo!
Por vuestra liberal perfecta esencia,
Que excede en eminencia,
Y en sus grandezas y valor al cielo.
Vos del sencillo y mudo
Infante, y del grosero labio y rudo
Recibis alabanza, y con sus voces
Seguis contra los ímpios y feroces
Pechos blasfemos la vitoria honrosa.
Vemos por vuestra mano fabricados
Los orbes, y esmaltados
Con las estrellas y la luna hermosa.
Pues en tan grande alteza
Pregunto: ¿qué es el hombre y su baxeza?
¿Quién es de Adan el ínfimo linage,
Para que dél se acuerde, y lo agasage
Vuestra inmensa bondad, vuestra memoria,
Haciéndole á vos mesmo semejante,
Noble, y participante
En vuestro Reyno de perpetua gloria?

Hicisteis tan cercano
Su ser al ser del Angel soberano,
Que el velo corporal solo divide
Su igual honor, y un breve tiempo impide
Que obtenga el alma angélica potencia.
Sobre las obras vuestras mejorastes
Su forma, y le entregastes
De todas el imperio y preeminencia.
A su dominio honroso
Rendistes, y á su yugo el tigre y oso,
Las ovejuelas en distintas greyes,
El caballo veloz, los tardos bueyes,
Las simples aves, el halcon liviano,
La del sonoro canto filomena,
El delfin, la vallena,
Que en sus senos engendra el Oceáno.
Y quantos animales
Marítimos, volátiles, campales,
En gruta, en nido, en hueco monte encierra
El piélago profundo, el ayre y tierra.
¡O Señor nuestro, y como vuestro nombre
Es por sus maravillas admirable,
Ilustre y memorable
En la estendida habitacion del hombre!

PARAFRASIS DEL SALMO CXIII.

In exitu Israel de Ægipto, &c.

Quando de Egipto á su feliz jornada
Salvos partieron ya los Israelitas,
Y se libró del bárbaro dominio
La estirpe de Jacob multiplicada;
Alli santificada
Fue del Señor: alli con infinitas
Muestras ya de seguro patrocinio
Dios descubrió patente su desinio.
Parece lo entendia
Asi el Jordan y el mar; pues con respeto,
Por dar camino á la felice gente,
El mar se retiraba, y descubria
Su centro enjuto, y el Jordan volvia
La abundosa corriente
A su nativa fuente.
¡Prodigio raro! que del golfo inquieto
Acumuladas las pendientes ondas,
Formaban altos montes y collados,
Como silvestres vandas, y ganados
De simples ovejuelas.
Mar, que en tus senos y cavernas hondas
Bramas, y te levantas y revelas
Contra el Olimpo; ¿cómo entonces fuíste
Cobarde, y retirándote huiste?
Jordan, ¿cómo tu curso

Atras volvió su natural discurso?
Líquidos montes, ¿cómo os encumbrasteis,
Y al ganadillo rústico imitasteis?
Diréis, que la obediencia
Os sujetó inviolable
Del gran Dios de Jacob y su presencia,
A quien la dura piedra indomeñable,
Y los peñascos broncos obedecen,
Y de respeto y miedo enternecidos,
Puro licor de su dureza ofrecen
En arroyos y fuentes convertidos.
No han sido, no, Señor, tantas grandezas
Por méritos humanos alcanzadas,
(La pequeñez reconocemos nuestra)
Han sido solo para gloria vuestra,
Y porque las promesas otorgadas
A vuestro pueblo, con amor piadoso,
Fieles y ciertas fuesen,
Y con solemnidad verificadas:
No el gentílico vulgo numeroso
Con indignado labio
Decir tal vez pudiesen,
Y preguntarnos por baldon y agravio:
¿Dó estaba vuestro Dios? infiel pregunta,
Que darle ya podemos fiel respuesta,
Y decir sin empacho, ni recelo,
Que nuestro Dios habita el alto cielo,
Do se reduce y junta
La suma Omnipotencia,
Cuya verdad por sus efectos vieron

Las gentes manifiesta:
Y conocer pudieron
Quánto el Dios de Jacob se diferencia
De sus terrenos simulacros vanos,
Bultos fingidos por mortales manos
De artífices mortales,
Que su precio mayor es su materia
De lucientes metales,
Que engendra Arabia, ó la remota Iberia:
Distintos labios y compuesta boca
Vemos en ellos, y aparentes ojos,
(De la escultura inútiles despojos)
Orejas y narices bien formadas,
Manos y pies; mas todo sin sentido,
Que ni la dura mano palpa, ó toca,
Ni el pie se ha de mover, ni en las facciones
Hay vista, olfato, voz, gusto, ni oido,
Todas sin uso, y por igual pasmadas.
Imite sus acciones
Con insensible pasmo semejante
Quien los fabrica, el que idolatra en ellos,
Y en vez de aborrecellos,
En su engañosa vanidad confia:
Que en tanto el Pueblo de Israel triunfante
En su Dios deposita la esperanza,
Y de su proteccion perpetua fia,
Viendo que de su mano le bendixo,
Y con amor le ampara, como á hijo.
¿Mas quién le negará su confianza
A un Dios siempre benéfico? y expuesto

A bendecir aquellos, que le honoran,
Le temen y le adoran,
Y para enriquecerlos franco y presto,
A la criatura simple, al sabio anciano,
Al pastor, ó Monarca soberano.
Siempre el Señor os honre y favorezca
(¡O temerosos de su nombre santo!)
Y vuestros sucesores enriquezca:
Vereis que un Dios, fabricador del cielo,
Os galardona, no la estatua helada
De artifices humanos fabricada.
¡O tú, Señor supremo!
No importa, no, que el pertinaz blasfemo
Adormecido en sus errores tanto,
No te respete, ni tu nombre alabe;
Que ni respeto, ni alabanza cabe
En broncos pechos, que de torpe yelo
Ciñen sus fieros corazones yertos,
Y asi los reputamos con los muertos,
Y encaminados al profundo infierno.
Basta que el nombre tuyo bendecimos
Los fieles (¡ó Señor!) que en ti vivimos,
Y le daremos siempre honor eterno.

PARAFRASIS DEL SALMO CXXXVI.

Super flumina Babylonis, &c.

En la ribera undosa
Del Babilonio rio
Los fatigados miembros reclinamos,
Y allí con faz llorosa
Junto á su margen frio
Con lágrimas sus ondas aumentamos;
Entonces de los ramos
De los silvestres sauces suspendimos
Las cítaras y harpas, do solia
Alentar sus enojos algun dia
Alegre el corazon, quando vivimos
En tí, Jerusalén; mas la memoria
De tu asolado Imperio,
Y el duro cautiverio
En que trocamos hoy la antigua gloria,
Nos despojó del regocijo y canto,
Para entregarnos al afan y al llanto.
Allí por mas tristeza,
La esquadra victoriosa,
Que nos conduxo en míseras prisiones,
Templada su fiereza,
Nos preguntó piadosa
Por nuestras dulces rimas y canciones,

Y con blandas razones
Nos animaba á repetir alguna:
Mas respondimos con ageno intento:
¿Cómo dará señal de algun contento
Quien se ve reducido á tal fortuna?
¿Cómo cantar podremos himnos santos
En region estrangera,
Do la Deidad primera
Es ofendida ? ¿Entre enemigos tantos
De aquel Señor, á cuya gloria aspira
Nuestro piadoso canto y nuestra lira?
Sacra Ciudad, que adoro,
Si acaso yo olvidáre
Este dolor, que tu memoria pide,
Si al cántico sonoro,
Y al plectro me aplicáre,
Antes mi diestra el movimiento olvide.
La lengua, que divide
De la voz el acento y la cadencia,
Se pasme y hiele, á mi garganta asida,
Si á todo canto alegre preferida
No fuere mi tristeza, por tu ausencia;
Solo fixando en la memoria mia
Tus muros encumbrados,
Que yacen hoy postrados,
Y las felices horas de alegria,
Que en tí perdí, que en tí gocé primero,
Y alguna vez recuperar espero.

Pues fuiste el ofendido,
Acuérdate indignado,
Señor, del ímpio y bárbaro Idumeo,
Quando cayó rendido
Tu Pueblo, y el osado
Contrario obtuvo su marcial trofeo:
Que en odio del Hebreo
Instigaba sus huestes, y decia:
Asolad, asolad desde el cimiento
Sus homenages: ¡ó rencor sangriento!
Dichoso el que á tus ojos algun dia,
Fiera Babel, con semejante estrago,
Y merecida pena
Ha de vengar la agena,
El que ha de dar á tu sobervia pago,
Y quebrantar con furias semejantes
En las peñas tus míseros infantes.

En el dia de la Presentacion.

SONETO.

El justo Simeon al Verbo humano
Abraza, y á la muerte apetecida
Grato se ofrece, al tiempo que la vida
Tiene, y el mismo Espíritu en su mano.
Y qual sonoro cisne el sabio anciano,
Ya su esperanza, y gran edad cumplida,
Alegre de su fin, la agradecida
Voz funeral asi levanta ufano:
La muerte agora (¡ó claro sol! que abierta
Senda nos muestras á la vida ausente)
Llegue, y en paz el cuerpo desanime.
No precie ya quien ve tu luz presente,
Ver otra luz, ni el que la firme y cierta
Salud alcanza, la mortal estime.

A la Invencion de la Cruz.

EPIGRAMA.

Siempre del Redentor crucificado
La Cruz fue semejante imitadora,
Si en ella Christo se recuesta y mora,
Ella le carga el hombro delicado.
El honra el leño de la Cruz sagrado;
La Cruz á Christo ensalza, al mismo honora.
Hoy ella resucita vencedora;
¡Y fue qual Dios su leño sepultado.
Si Magdalena busca, y halla á Christo,
Hoy á la Cruz Elena busca y halla;
El vence y huella la Region precita:
Ella á Maxencio rompe y avasalla;
Muchos tras él resucitar fue visto,
Asi la Cruz los muertos resucita.
Tambien á Christo imita
En su mas inefable Sacramento,
Pues como dividido en partes ciento
No apoca su entereza;
Asi con inmortal naturaleza,
Viéndose en partes dividir sin cuento,
La Cruz mantiene su cabal grandeza.

A LA REDENCION HUMAMA.

CANCION.

La profética voz del labio puro,
Que abrasó el Serafin con sacro fuego,
Sigue mi lira, aunque en humilde acento,
Y varias plumas, que en el siglo ciego
Los casos predixeron del futuro
Tiempo, y del cielo el prevenido intento.
Corrija mi instrumento
Quien voz distinta al mudo
Dió, y eloqüencia al rudo,
Tanto que imite el venerable canto
De aquellos, cuyo genio ilustre y santo
Halló el misterio, y le tocó profundo
Del cielo mismo espanto,
Paz y rescate universal del mundo.
Crecerá de Jesé la fértil planta,
Cuya frondosa vara en huerto ameno
Produzca nueva flor cándida y bella,
Que el cielo adorne y el confin terreno;
Y la piedad, la fortaleza santa,
Y espíritu de Dios descanse en ella.
Nueva, luciente Estrella
Ya en otra edad prevista,
Do la piadosa vista
Fixe el remoto habitador de Oriente:
Lucero y luna, cuya luz ardiente

Honre el Impireo con eterno dia;
Y sol resplandeciente
En sombra oscura de los ciegos guia.
¡O quánto á la sazon la renovada,
Y enriquecida redondez del suelo
Alegres gozarán sus moradores!
Que ya la tierra sin la escarcha y yelo
Del aterido ibierno, matizada
Se verá de olorosas, frescas flores:
Los tiernos y menores
Corderos y novillos,
Y errantes cabritillos
No temerán en fieros esquadrones
Al oso, y lobo, tigres y leones.
Con pura sencillez verá delante
Aspides y dragones,
Y habitará seguro el simple infante.
Feliz edad presente, en que miramos
Efectos de evangélicas verdades,
Que fueron en un tiempo indicio y muestra;
Y con segura posesion gozamos
Quanto esperaron antes las edades,
Como envidiosas de la gloria nuestra.
Ya el claro sol nos muestra
Su luz alegre y pura
Contra la sombra oscura,
En que la faz terrena se envolvia:
La planta generosa su flor cria,
Que esparce como luna lumbre bella,
Y forma un nuevo dia,

Como lucero y matutina estrella.
Ya pues la tierra en frutos abundante,
Y antes esteril, la matizan flores
Cándidas, y de púrpura teñidas,
Que al cielo puro esparcen sus olores.
Ya el infiel y gentil mas arrogante,
Fieras del universo enfurecidas,
Humillan convencidas
La temerosa frente
Al cordero inocente:
Ya del dragon en la caberna ó nido
Vemos á Dios infante entretenido,
Que sin contagio de veneno impuro,
Planta sobre el rendido
Aspid, y basilisco el pie seguro.

A la Coronacion de nuestra Señora.

SONETO.

Sois nueva esfera, ó Virgen, que la mente
Descubre eterna, y su saber pregona,
Con sol y luna, cuya luz blasona
De las que habitan el confin de Oriente;
Y el Artífice labra omnipotente
De estrellas doce espléndida Corona,
Qual doce signos de luciente Zona,
Que el cielo os ciñan de la sacra frente.
Sois Orbe, cuya bella compostura
Nunca nocivas apariencias hace,
Ni con lo adverso lo feliz alterna;
Y al que debaxo de sus astros nace
En la virtud, le anuncia y asegura
iempre felicidad y gloria eterna.

A la purísima Concepcion de nuestra Señora en el dia de San Pedro ad vincula.

CANCION.

Quando postrado en míseras prisiones
El zelador Pontífice yacia,
De la Iglesia primero fundamento,
Y con vivos afectos y razones
A Dios su lengua y corazon volvia
Siguiendo al remontado pensamiento;
Puso tal vez atento
La consideracion (ó Virgen Santa)
En los blasones vuestros inefables;
Y honrando con elogios venerables
Vuestra pureza limpia y sacrosanta,
En sus cadenas broncas arrojado,
Dixo asi con acento regalado:
¡O singular, purísima criatura,
De agena libertad principio santo,
De propia esclavitud desden eterno!
Pues quando la prision rompisteis dura
De los humanos, convirtiendo el llanto
Comun en gozo, y en Abril su ibierno,
Nunca el sumo gobierno
Os dexó entrar en ella el pie sagrado;
Apercibió la culpa su cadena,
Y Dios su gracia, de que fuisteis llena:
Huyó sin veros el error turbado.

No visteis mas que á Dios, por quien se alaba
El alma vuestra de su sola esclava.
No se forjaron para vos los yerros;
Antes vos la cadena de tinieblas,
Que á tantos religaba, quebrantastes,
Y en los Egipcios míseros destierros
La oscura nube de palpables nieblas
En descubierta claridad cambiastes.
Vos, Reyna, encadenastes
Al ímpio Alcayde, al Carcelero mismo,
Que hoy mira á su pesar los prisioneros
Romper sus grillos y herrages fieros;
Triunfantes de los Reynos del abismo,
Nunca vencida, siempre triunfadora,
Y de la libertad madre y autora.
Gozad mil veces del sin par trofeo,
Y sublimada con eternos dones,
Honrad del cielo la mejor diadema;
Que yo mezquino, de mis culpas reo,
Ocuparé estos grillos y prisiones
En quanto llega la feliz y estrema
Hora, que en la suprema
Region traslade sin estorbo el alma.
No dixo mas el Sacerdote santo,
Porque la noche humedecida, en tanto
Dió á sus discursos apacible calma,
Dando sueño á sus ojos, porque el cielo
Le enriqueciese de mayor consuelo.
Durmiendo estaba el gran Apostol, quando
Siente una voz angélica en su oido,

Que asi le dice, sin romperle el sueño:
¡O Pedro, y Piedra, y Padre venerando,
De Dios entre millares escogido
Para Patrono de su Iglesia y dueño!
Aunque el sitio pequeño
Desta prision habitas, cobra esfuerzo,
Romperé tus cadenas y tus grillos,
Qual mimbres delicados y sencillos;
Verás tambien como redoblo y tuerzo
Los firmes quicios de las altas puertas,
Hasta ofrecerlas á tu paso abiertas.
Serás nuevo Sanson, que aprisionado
Sus vínculos inútiles rompia,
Amedrentando al bravo Filisteo,
Al que ignoraba, que su esfuerzo osado
En su cabeza oculto residia.
Asi tu fuerza con igual trofeo,
Miedo será al Hebreo,
Que te aprisiona y ata, porque ignora,
Que reside tu osada fortaleza
Depositada, Pedro, en tu cabeza,
Como Cabeza á quien la Iglesia honora,
Opuesta ya con armas eficaces
A los encuentros de enemigas haces.
¿Quién ya permite, que el humilde suelo
Te oprima y ate en carcel miserable,
Siendo tú mismo aquel, por quien se obliga
Siempre á ligar y desatar el cielo,
Quanto en la tierra, ó Pedro venerable,
Por medio tuyo se desata ó liga?

¿O es justo que se diga,
Que entre cadenas toscas y ferradas
Un Pontífice yace sin decoro,
En vez de aquellas de purísimo oro,
Que al pectoral pendientes y trabadas
Ornaron ya de Aaron su enriquecido,
E ilustre asaz Pontifical vestido?
No lo consiente el cielo, pues ordena
Ya lo contrario, aqui verás su efeto:
Que si de aquella celestial Princesa
Dios retiró la culpa, y la cadena,
A cuyo lazo el mundo está sujeto,
(Verdad precisa, que tu voz confiesa)
¿Quánto menor empresa
Será romper tus débiles prisiones?
Yo en nombre suyo quebrantarlas pienso,
Leve señal de su poder inmenso,
Bien que aumente valor á tus blasones,
Hasta que ya por triunfo preeminente
Reynes, qual Dios, en una cruz pendiente.
Y porque entiendas el honor que esperas,
Y Dios te comunica y te previene
Por el que otorgas á su Madre; sabe,
Que mil edades largas venideras
Celebrarán con término solene
Esta prision en que resides grave:
Júzgala ya suave,
Qual sacra semejanza y misteriosa
De aquella carcel, que sin ver su entrada
Fue desde afuera rota y quebrantada

Por mano de una Virgen poderosa:
Misterio raro, que en tu Iglesia oculto
Aguarda en fin su venerable culto.
Sabe, que el Sumo Hacedor se agrada
De que sus fieles en continua duda
Este misterio ignoren; y que el zelo
De cada qual, y devocion sagrada,
Mejor se manifieste en lo que duda,
Hasta que el tiempo, obedeciendo al cielo,
Rompa el confuso velo
A la verdad, y la descubra clara:
Y algun Prelado de tu Iglesia pia
Resuelva (¡ó tiempo alegre!) que Maria
Por excepcion y preeminencia rara,
Fue (siendo Madre de la gracia y vida)
Sin mancha de pecado concebida.
Mas mientras llega la sazon dichosa,
Sabe tambien, que como nobles hijos
Tus Sacerdotes, de su zelo instados,
Imitarán tu devocion piadosa,
Y con alegres justos regocijos
Se ofrecerán á conservarla aunados.
Ya miro en los sagrados
Templos remotos de Vandalia noble,
Que se congrega numeroso el Clero,
Y del misterio santo y verdadero,
Ya jura y vota la certeza inmoble,
Ligando alegre el corazon devoto
Al nudo fiel del juramento y voto.
Mas en aquella sujecion ligado,

Sois el cinámo de fragante y fina
Especie, oculto en aspereza tanta,
Que ni guadaña al tronco se avecina,
Ni falta un ramo de la fertil planta.
¡O en los humanos excepcion divina,
Y del Criador imagen sacrosanta!
Por mil blasones dignamente os llamo
Plátano, mirra, bálsamo, cinámo.

Sois torre eburnea, altisima, y fundada
Para asilo feliz del vando amigo,
Que su notoria inmunidad sagrada
Fue siempre incontrastable al enemigo.
Ciudad, en cuya cerca levantada
No abrió el contrario entrada, ni postigo.
Escala del Olimpo, inaccesible
Al pie atrevido de la bestia horrible.

Puerta, que aun antes que su autor la abriera,
Ya estaba al adversario defendida.
Fuente, que al aspid y culebra fiera
Dios negó de sus ondas la bebida.
¡O en soberanas honras la primera,
Sin sombra de pecado concebida!
Bien sois con semejanza preeminente
Torre, ciudad, escala, puerta y fuente.

Sois encendido sol, y tan fogoso,
Que no permite congelar nublado,
Ni el factor de las sombras espantoso
Ha visto el globo de su luz turbado.
Sois lucero del alba luminoso,
Que en los solares rayos inflamado

Huye el eclipse lóbrego funesto,
Cercano siempre al sol, y nunca opuesto.
  Norte, que de las ondas se retira,
Sin ver jamás en ellas triste ocaso.
Luna, que al Sòl supremo siempre mira,
Ni el mundo estorba de su vista el paso.
¡O singularidad, que al cielo admira!
Rindo á tan pura luz mi ingenio escaso,
Pues no se incluye en alabanza alguna
Vuestro sol, y lucero, norte y luna.

A la Reyna de los Angeles, probando la limpieza de su Concepcion Santísima.

CANCION.

Plantó el Criador para el Adan primero
Un Paraiso, estancia, aunque terrena,
De recreacion y de belleza inmensa;
Tan puro y limpio, que la mancha agena
No pudo consentir, lanzando al fiero
Agresor primitivo de la ofensa.
Trazada la costosa recompensa
Del grave mal por el autor del mundo;
En vos plantar, ó pura Virgen, quiso
Segundo Paraiso,
Y recreacion para el Adan segundo.
¿Quién pues dirá, que entre sus limpias flores
Hallar pudo la culpa alojamiento?
Ya fuera conceder al hombre vano
Mas pura habitacion que á Dios humano.
Huerto florido siempre, y siempre esento,
Y defendido sois de los errores;
Dando fragrancia eterna sus olores
No á Adan vencido ya de la serpiente,
Mas al que oprime su sobervia frente.
 Labor mas noble, sólida y entera
Fue reparar el mundo y renovallo,
Estableciendo en él la Iglesia santa,
Y mas dificil, que lo fue el criallo:

Y si en aquella fábrica primera
Fue el primer hombre fundamento y planta,
Y tuvo original justicia tanta;
En esta mejor fábrica segunda.
Sois, Virgen, vos principio y fundamento:
¿Diremos, que el cimiento
Fue ya minado de la culpa inmunda?
¿Obra tan rara, y en la esencia trina
Tantos y tantos siglos meditada,
Y enriquecida de costoso arreo,
He de pensar, que de un error tan feo
Fue en el primero limen deslustrada?
Afirmaré mejor, que la divina
Mente os previno, como piedra fina,
Para ilustrar en su labor el puesto,
Do siempre estriva el edificio enhiesto.
Préciase tanto el humanado Verbo
De Redentor, que no le satisface
Un simple modo de exercer la hazaña;
Y si levanta al mísero, que yace
Rendido á manos del error protervo;
Tambien con mas ilustre y sabia maña
Querrá oponerse á la contraria saña,
Preservando tal vez, y el saludable
Socorro anticipando á la caida;
Pues siendo socorrida,
Se liberta del golpe inevitable.
Redencion perfectísima, empleada,
O Reyna, en vos, cuyo dichoso empleo
Os pertenece por honor sublime:

Y quien al sacro Serafin redime,
Do no pudo la culpa alzar trofeo,
La misma accion executar le agrada
En vos; que no ha de ser aventajada
La muchedumbre Angélica, superna,
A los honores de su Reyna eterna.
Si en misteriosa voz la Iglesia os llama
De las Vírgenes hoy Virgen gloriosa,
Ya os concede purísima entereza,
No solo en vuestra carne generosa,
Mas en el alma; si el renombre y fama
Se ajusta á la razon y su firmeza.
Que la suprema virginal pureza
Tambien al alma atiende: y si la vuestra
Fuera despojo de la culpa aleve,
(Bien que en espacio breve
La rescatára la invencible Diestra)
No fuera virgen ya. Discurso osado
El que tan alta calidad os niega.
Yo en alma y cuerpo, como juzgo y puedo,
Virginidad santísima os concedo,
Nunca ultrajada de la culpa ciega,
Ni oscurecida en sombra de pecado.
Sois Virgen pues en el supremo grado,
Y el Católico fiel en vos respeta
La integridad de Virgen mas perfeta.
Con alto acuerdo en la fachada y frente
Ya se ilustró de espléndido tesoro;
El sacro antiguo Templo venerando:
Tarjas, festones, y coronas de oro

Su puerta ornaron, que miraba á Oriente,
Siempre en los rayos de su luz brillando.
¿Qué adornos pues os negarémos, quando
La Iglesia fiel divino Templo os nombra?
Vuestra dichosa Concepcion sagrada
Es la Oriental Portada,
De quien la antigua fue figura y sombra,
No debe pues faltarle su riqueza
Aventajada, y su luciente ornato:
Y el que á juzgar en contra se reduce,
Y el Pórtico feliz mancha y desluce,
Es á la luz de la razon ingrato.
Remírese en el sol vuestra pureza,
El oro limpio ostente su fineza,
Cuyo divino resplandor contemplo
Siempre ornando la faz del sacro Templo.

A la Asuncion de nuestra Señora, aplicándole con puntualidad las propiedades de la Fenix.

CANCION.

Del año escoge la sazon templada
Quando renueva su vejez molesta
La Fenix una del Arabia rica;
Y lejos de su alvergue en la floresta
Mas yerma, elige un ramo de empinada
Palma, y de aromas abundancia aplica
Al nido que fabrica,
Donde abrasada espira,
Y á renacer aspira,
Del sol ardiendo entre la luz fragrante:
Luego en doradas plumas rozagante
Vuela cercada en procesion pomposa
De exército volante,
Que la acompaña á su region lumbrosa.
Qual rara Fenix, Virgen soberana,
Hoy te contemplo, ausente del eterno
Celeste alvergue tuyo, do pretendes
Nacer muriendo: ya pasó el ibierno
De la fatiga y afliccion mundana:
Ya el vuelo en nuestros páramos estiendes,
Donde el aroma enciendes
De tus virtudes santas,
Y ardiendo te levantas
Sobre tu palma, al sol de Dios atenta,

ol, que te abrasa, y tu vivir aumenta,
alma, do el humo de un olor inmenso
'u bálsamo alimenta,
'u nardo, y mirra, cinamomo, incienso.
Ya el sepulcro vital, que á un mismo instante
'ió tu muerte fecunda, y nacimiento
'exas, y á visitar las nubes altas
'e mil reflexos matizando el viento
us alas tiendes de águila triunfante,
sobre el monte Líbano te exaltas.
on oro puro esmaltas
a rica frente y cuello:
l cuerpo insigne y bello
s vario imitador del lirio y rosa:
os ojos vivos de paloma hermosa:
'a con velocidad, que el viento agravia,
e encumbras generosa
ver del cielo tu felice Arabia.
Ave perfecta y única, levanta
legre el vuelo, que tus plantas bellas
a pisan de la luna la alta frente:
a envuelves la cabeza en las estrellas,
a el sol te vistes, y su lumbre santa.
olatil pompa angélica luciente
e sigue al sacro Oriente,
e alaba en su armonia
on dulce melodia,
en torno á tu dorado cuerpo y alas
uela, y admira el nuevo lustre y galas,
asta que á Dios acercas tanto el vuelo,

Y tanto á Dios te igualas,
Que allá no alcanza Serafin del cielo.
Cancion, no ha sido poco lo intentado:
Ya de tan alto asunto, ni el osado
Genio se encargue, ni la mano escriba;
Que donde el sacro Serafin no arriba
De infatigables plumas sustentado,
Es vano orgullo, que llegar presuma
El fragil vuelo de una debil pluma.

Al dichoso Tránsito y Asuncion de nuestra Señora.

CANCION.

Ya la corona y lauro generoso
Previene el cielo á tu cabeza y mano,
O invictísima Virgen! triunfadora
Del que triunfó sagaz del vando humano.
Dexar puedes el Líbano frondoso,
Y penetrar los vientos voladora,
Que ya rompió su oscuridad la Aurora.
Tiende tus alas al Empireo Cielo,
O cándida Paloma, pues florece
La tierra, y desparece
El bronco horror del ibernizo yelo.
Los nuevos rayos de su lumbre viva
El sol esparce, la borrasca cesa
Del lóbrego diluvio; y nuestras vidas
Escapan de las ondas homicidas.
Digna serás, que en pago de la empresa

Con sacro honor el Arca te reciba,
Pues con el ramo de la verde oliva
Vuelves triunfante á do saliste, y llevas
De la terrena paz tan ciertas nuevas.
O tú, do la segur siempre temida
No es ya ministra de dolor interno,
Ni del vivir contraria aborrecible;
Mas medianera de reposo eterno,
Y causadora de perpetua vida,
Dando al cuerpo vigor incorruptible
En carne y en espíritu impasible:
Que siendo tú, por inefable suerte,
Hija y esposa de la vida y madre;
Tu esposo hijo y padre,
Quiere te ofrezcas á la debil muerte,
Y asi le imites, y seguirle esperes;
Será tu muerte exemplo de la suya,
No deuda, no, de aquella culpa inmensa,
Que á tu pureza no tocó su ofensa,
Ni sus tinieblas á la lumbre tuya:
Por culpa no, sino por gracia mueres,
Y el privilegio de tu Rey adquieres:
Mueres para nacer, qual Fenix una,
Do el marmol sirve de sepulcro y cuna.
Como ilustró á la vil naturaleza
Dios, quando se reduxo á muerte humana,
Tal quiere que la tuya al hombre honore:
No juzguen, que tu forma soberana
Es angélica forma; ó tu pureza
Cause, que alguno qual Deidad te adore.

No es justo, que tu ser el mundo ignore,
Que es terrena tu forma, aunque divina,
Y en ella excedes (admirable estremo)
Al Serafin supremo,
Que al nombre tuyo su cabeza inclina:
Ni eres Deidad, mas un humilde opuesto
Del que lo quiso ser, por su arrogancia:
Y asi por tu humildad se recupera
Lo que él perdió por su arrogancia fiera.
Ser criatura mortal fue tu ganancia,
Para alcanzar inaccesible puesto.
Llegue el tránsito fausto, y no funesto:
Será tu muerte la dichosa entrada,
Y el primer arco á la triunfal jornada.
Apenas de tu muerte alegre y tierna
Pasarás el umbral, quando la vida
Cobre su cuerpo con el alma unido;
Pues tu corpórea forma está ceñida
Con la de Christo, incorruptible, eterna,
Y fue tu carne su mortal vestido.
Ya miro al sacro triunfo embebecido
El cielo y tierra; y venerarte aunados
Los que fueron discordes elementos,
El fuego, el mar, los vientos.
Luego los astros miro deslumbrados:
Cintia á tu bella luna inclina el cuello;
Rinde Cilenio al nuevo cetro y alas
Sus alas y su cetro, insignia vana.
Desprecia Venus su beldad profana,
Que la envilecen tus lucientes galas,

Y es solo Dios de amor tu hijo bello...
Turba tu frente al sol, que tu cabello
Pudo enlazar, por amoroso exceso,
Al Sol eterno, de tus ojos preso.
Sus armas postra el invencible Marte
(Despojos tuyos), y por tí le aplace,
Que su nombre aniquilen tus victorias.
El rayo del Tonante helado yace:
Saturno se apresura á consagrarte
Del siglo de oro sus antiguas glorias.
Ya cesan los blasones y memorias
De quantos al octavo firmamento
Se trasladaron qual estrellas fixas.
Ya excelsa regocijas
Los altos coros del eterno asiento,
Y envuelto el regocijo en alto espanto,
De las felices almas adorada
Eres, como su Reyna venerable.
Ya la volante esquadra inumerable
Besa tus huellas, á tus pies postrada:
Y los que en dulce y misterioso canto
Siempre á su Reyna exclaman Santo y Santo;
Con trémulas gargantas y veloces
A tí dirigen sus acordes voces.
¡O Palma excelsa (dicen) y triunfante
Del arbol de la culpa! ¡ó verde oliva,
Que encima de las aguas floreciste,
Verde á pesar de su diluvio y viva!
O vividor ciprés, que al arrogante
Dragon anuncias dura muerte y triste!

¡Plátano, que tus hojas estendiste
Contra el calor adusto y contra el yelo!
¡O vid, que el golpe de la hoz ignoras!
¡O Templo, que atesoras
Unicas aras del Autor del cielo!
¡Escala oculta á la serpiente impura!
¡Arca de eterna inmunidad sagrada!
¡Ciudad ceñida de invencible muro!
¡Torre invicta al Campeon del Reyno oscuro!
¡Puerta al mostruo sagaz siempre cerrada!
Ocupa y goza la mayor altura,
Donde pudo arribar mortal criatura,
Y la mejor corona, que á tu frente
Pudo aplicar la diestra omnipotente.

Al singular favor, que nuestra Señora hizo á San Ildefonso, dándole la casulla en la Iglesia de Toledo.

OCTAVAS.

Présaga del honor que la seguia,
Apresuró la noche el raudo vuelo,
Y despreciando el resplandor del dia,
Cubrió de alegre oscuridad el suelo;
Quando de la encumbrada Gerarquia
Partió la Reyna, que venera el cielo:
Los ojos puso en el confin Esperio,
Y en la Ciudad primera de su Imperio.
En cuyo Templo á la sazon entraba
Ya por sus puertas Ildefonso el Santo,
Que el fragil cuerpo apenas sustentaba
Seco al ayuno, humedecido al llanto.
Las tersas losas del umbral hollaba,
Quando le asalta con alegre espanto
Tal resplandor, que á su luciente salva
Es sombra el Sol, y ciega noche el Alva.
En torno el pueblo con temblor medroso
A la excesiva lumbre el pie retira,
Huyendo del portento luminoso,
Que aun mas le atemoriza, que le admira;
Solo con rostro firme el generoso
Prelado, al nuevo Sol atento mira,
(Aguila invicta) en tanto la rodilla

Ante las aras de su Templo humilla.
Ya entonces á sus ojos se presenta
Aquella, que su pecho interno adora,
Cuya pureza con agena afrenta,
Docto defiende, si zeloso honora:
La Reyna grata, que ensalzarle intenta
Con diestra liberal y premiadora,
De mil coros celestes se acompaña,
Testigos fieles de su noble hazaña.
La Cátedra feliz (donde solia
A veces los misterios inefables
Ensalzar Ildefonso de Maria)
Fue trono de sus plantas venerables:
Las piedras su dureza bronca y fria
Ya templan, delicadas y tratables,
Y los pies besan con terneza, en tanto
Que los adora reverente el Santo.
Póstrase con humilde maravilla
A la que atiende alegre á enriquecerle;
Y quanto mas á aquel honor se humilla,
Mas crece la razon de merecerle.
Le aplaude en torno la feliz quadrilla,
Y cada qual procura ennoblecerle;
El siente el pecho de gozoso, inquieto,
Y al gozo iguala su cortes respeto.
Un vario afecto pavoroso y grato,
Por la humildad y amor, que el pecho oculta,
Mezcla el placer y el íntimo recato,
Y es una la virtud de que resulta;
Tal, que se juzga descortes é ingrato,

Si su frente en las piedras no sepulta
Ante los pies, que en el Impireo estremo
Forman corona al Serafin supremo.
Alli el silencio é inmoble reverencia
Sirven de abiertas voces y de acciones,
Do el mudo corazon con vehemencia
Libra el caudal de afectos y razones.
¡O quánto aquella tácita eloqüencia
Mueve los circunstantes corazones,
Y el simple de la cándida Paloma
Bien doctrinado en semejante idioma!
O Ildefonso (le dice) que observaste
Casta pureza y limpia; y que la mia
Zeloso defendiste, y veneraste
Con fe invencible, generosa y pia;
El premio y joya, que por mí alcanzaste,
Mi eterno esposo liberal te envia,
Y en honra tuya y de tu Reyno Hispano
Hoy le recibes de mi propia mano.
Dixo, y vistió los hombros del Prelado
De celestial Casulla, insignia santa,
Y al ayre de sus rayos inflamado
En sí misma se encumbra y se levanta,
Dexando impreso el marmol consagrado
Con los vestigios de una y otra planta,
Y rayando de luz con recto vuelo
La gran distancia de la tierra al cielo.

A SAN BERNARDO.

ROMANCE.

Mueve mi lengua, Bernardo,
Para cantar de tí mismo,
Que en mil prodigiosos Santos
Fuiste el único prodigio.
Pues las virtudes, que á todos
Dieron blasones distintos,
En tí reducidas, hacen
Solo un compuesto divino.
¡O nueva luz de creyentes!
Que en el páramo escondido,
Qual á Abrahan, te promete
Dios inumerables hijos.
Fue un tiempo figura ó sombra
Tuya el insigne Benito,
Hasta que á su manto oscuro
Dió luz tu blanco vestido.
Fuiste el blanco de las almas,
Y el Faro de marmol limpio,
Cuya antorcha alumbra á tantos
En los piélagos del siglo.
Fuiste el regalado Apostol,
Pues reclinado al abrigo
Del seno de Christo asistes,
Y á tu seno el propio Christo.

Anticipado tràsunto
Del Seráfico Francisco,
Pues Dios mide con tus brazos
Los suyos en sangre tintos,
Can ladrador generoso
Antes que el noble Domingo,
En las entrañas qual él
Tambien de tu madre visto.
Fuiste un Agustin perplexo,
Viendo que te han ofrecido
Su leche la Virgen Madre,
Su viva sangre Dios Hijo.
Y nuevo Christo, inventor
De Apóstoles escogidos,
Do en vez de Pedro, un Eugenio
A regir su Iglesia vino.
Si Dios produxo los panes
Quando dudaba Filipo;
Tú quando duda Gerardo,
Le convences con lo mismo.
Si escribiera Juan tus hechos,
Qual los de Chtisto infinitos,
Tampoco fuera capaz
El mundo á abarcar los libros.

Al mismo Santo, quando nuestra Señora le dió leche de sus pechos.

CANCION.

La sacra y viva sangre, que al humano
Verbo vistió de carne á Dios unida,
Y pudo convertida
En pura leche alimentar su infancia;
Esa, Bernardo, agora te convida
Con su dulce alimento soberano;
Ensancha el pecho ufano,
Do atesores tan próspera ganancia;
Leche, que dió la natural sustancia
Al humanado Christo, y á tu boca
Se comunica (¡ó raro Sacramento!)
Por mano de una Virgen, cuyo asiento
Sobre el mayor Arcangel se coloca,
A quien tan solo toca
Bañar de su licor tu rico labio,
Purificado y sabio,
Mas que el antiguo, que en el siglo ciego
Abrasó el Serafin con sacro fuego.
Purifica tu labio un regalado
Y sacro fuego, envuelto en leche pura,
Mezclada su dulzura
Con la encendida caridad, que abrasa
El bronce mas helado y piedra dura,
Y dexará tu aliento preparado

Para encender lo helado.
Es pues la leche tuya ardiente brasa,
Que ya penetra de la lengua, y pasa
Al vivo corazon, y le despierta;
No aquella leche, no, que le entorpece,
Ni menos la que á Sísara adormece,
Inadvertido de su vida incierta,
Helada leche y muerta;
Pues vino á ser mortífero cuchillo
Del bárbaro caudillo,
Sus bienes entregando al clavo y leño,
Que eternizó su miserable sueño.
Clavo y leño se siguen al precioso
Alimento de Christo (¡ó noble Santo!)
Pero diversos tanto,
Que dan aquellos muerte, y estos vida,
Y en gozo cambian el afan y el llanto.
Bebe sin miedo tu licor sabroso,
Que es nectar misterioso,
En que la vida misma está escondida;
Miel y leche del alma agradecida,
Cuya mezcla suave y regalada
Christo apetece en su divina Esposa,
Y en la arboleda fresca y olorosa
Esta bebida es la que mas le agrada;
Y pues comunicada
Tambien contigo, tanto la apeteces,
A él mismo te pareces
En la eleccion del generoso gusto,
Por serle en todo imitador al justo.

Fuiste, y serás (ó gran Bernardo) aquella
Tersa y blanca paloma tan sencilla,
Que en la dorada orilla
Habita de la próspera corriente,
Dando á la Iglesia alegre maravilla
Sus ojos puros, y su forma bella;
Faltaba solo en ella
El dulce baño de tu leche ardiente,
Ya lo recibes hoy felicemente;
Será ya incomparable tu pureza,
La paloma serás perfecta y rara
A los divinos siempre cara,
Por tu esmerada singular limpieza.
¡O abundante riqueza
De aquella tierra fertil de Maria,
Donde se engendra y cria
La dulce miel y leche, y siempre mana:
Cambio feliz de la mortal manzana.

DISCURSO ALEGORICO

A la Milicia espiritual de S. Bernardo, segun la verdad de su historia, cuya noticia se supone.

Antes que el fuerte Capitan Bernardo
Viniera al mundo á militar por Christo,
Gran término del Orbe poseia
El enemigo horrible: apenas huvo
Donde se guarecer el gran caudillo,
(Como Pelayo en la asolada Esperia)
Hízose fuerte en un cerrado bosque,
Donde con breve número de infantes
Los bélicos encuentros rebatia.
Dióle el asalto la invencible carne,
Sale Bernardo á la batalla, y dentro
De un lago helado la sumerge. y hunde.
Quiso por hambre mísera rendirle
El apetito, en cuyo grande aprieto
Le fueron pasto las silvestres hayas,
Y alguna vez por milagrosa industria
De limitado pan le entró socorro.
Ya embisten la discordia, y la fogosa
Ira, y procuran derribarle, y hierén
Su desarmada faz; mas no le vencen,
Que en su ayuda llamando al sufrimiento,
Sin mudar puesto alcanza la vitoria.
Crece la fama del Campeon Christiano,

Y en breve acuden á su blanca enseña
Guerreros infinitos, cuya lista
Dios le mostrára en una fiel consulta:
Firmes presidios luego les fabrica,
Do el Orden tuyo militar siguiendo,
Las posesiones de su Rey ensanchan.
Siente su oprobrio el enemigo, y arma
Nuevos guerreros, que su furia venguen.
Parte sagaz la vanagloria, y tienta
Hacer parcialidad con las virtudes:
Ellas la rebatieron; mas sobre ellas
El muro escala, y á ganarle aspira:
Precipitóla en fin de lo mas alto
Bernardo, temeroso de su encuentro.
Viéndola asi yacer, ya no se halla
Soldado alguno, que la lid mantenga:
Pudo Bernardo de su campo y huestes
Libre ausentarse á diferentes guerras,
Que el enemigo mismo en la Corona
Del Imperio Católico encendia
Contra Inocencio de la Iglesia Padre:
Llegó, miró, y venció Bernardo heroyco
Con animoso esfuerzo y con prudencia,
Dirálo Pedro, el mísero caudillo,
El que usurpaba de Anacleto el nombre:
Y aun lo dirá el indómito Guillermo,
Guerrero entonces del contrario vando,
Y por Bernardo al nuestro reducido.
Volvió el Campeon á visitar los fuertes
Soldados de su campo veteranos,

Y los presidios de modernas haces,
Y con hazañas nuevas espantosas
Amedrentó los enemigos viles,
Que de infelice gente apoderados
Atormeutaban con horror sus cuerpos.
Huyeron pues los monstruos, retirólos
A lo escondido de su Reyno oscuro.
Pobló la tierra de colonias santas,
Donde lo conquistado conservasen
Contra el ardid y máquinas contrarias.
En medio de las armas no sabia
Dexar la pluma, como ya el prudente
Valentísimo Cesar: vense agora
En sus escritos las industrias todas
De la milicia, que conquista el cielo.
Agradecidos á servicios tantos
Del Capitan, los Soberanos Reyes
Fueron á visitarle en la batalla,
Y á otorgarle magníficas mercedes:
Ya Christo el Rey le abraza estrechamente,
Y le adjudica por ilustres armas
La cruz, los clavos, la coluna, y lanza,
Y otros despojos, que Bernardo abraza.
Acógele la Reyna entre sus brazos
Con los halagos que á su propio hijo.
A vista de los Reyes siempre anduvo
El guerrero feliz en mil victorias,
Hasta que ya en su excelso Capitolio
Triunfando obtuvo la corona y palma.

A la B. Madre Teresa de Jesus, que por espacio de veinte años fue exâminada de Dios con perpetua sequedad, y ausencia en la oracion.

CANCION.

Con dulce afan, y grato desconsuelo
Sirvió Jacob á su Raquel hermosa,
Viviendo en su presencia ausente y solo,
Mientras el sol por senda luminosa
Dió siete y siete veces vuelta al cielo,
Y luz al nuestro y al contrario polo.
Premió al pastor su fiel amor: premiólo,
Dando seguro fin á su esperanza.
Tú en semejante, aunque mayor empresa,
Viste, insigne Teresa,
Quánto una fe perseverante alcanza:
Que en temerosa ausencia intolerable
A tu Esposo Jesus tambien serviste
Por años veinte con mayor firmeza,
Que el yerno de Labán, y mas tristeza,
Siempre ardiendo en amor, y siempre triste,
Sin ver su faz alegre y voz amable;
Y fuera ya el desden incomparable,
Si mas tiempo en combate tan penoso
Dios te negára á tu querido Esposo.
Como del joven próspero Tobias
La ausente madre, entonces te contemplo
Quando buscabas á tu caro ausente

(Bien que á tu amor es limitado exemplo)
¡O quántas veces ella, y quántos dias
Con flebil rostro y corazon doliente
Remota de sí misma y diligente
Los campos del contorno visitaba,
Por ver si en esta, si en esotra senda
Ya su esperada prenda
Distante alguna vez se divisaba!
Tú con ansia mayor, Teresa santa,
Por mil derrotas y veredas nuevas
En la oracion á tu Jesus procuras:
Y aunque enterneces sus entrañas puras,
El de tu voz se esconde, y varias pruebas
Hace en tu amor, de cuya fe se espanta;
Y en lucha tal y repugnancia tanta,
Tu vigor crece, y como fertil palma,
Con mas y mas virtud se encumbra el alma.
El prevenido artífice prudente,
Que la materia generosa y fina
Del oro limpio conocer espera,
No vemos que lo toca blandamente,
Ni sus quilates puros exâmina
En tierna masa, ó regalada cera;
Antes lo experimenta en la severa
Piedra, al exâmen duro diputada.
Asi de tu virtud (rico tesoro)
Dios manifiesta el oro,
No con afable trato, y sosegada
Luz de contemplacion, mas con amarga
Ausencia temerosa, y con desvios,

Muestras de sequedad, cuya dureza
Descubra enteramente la fineza
De tu lealtad, de tus ardientes brios.
Pon firme el hombro á la terrible carga,
Que el desamparo y el ausencia larga
No es sequedad en Dios, es confianza
Del fuerte aliento, que tu pecho alcanza.
Sufrir del apetito un vil contraste
El alma, en la oracion siempre afligida,
Camino es agro de subir al cielo:
Mas siendo un breve término la vida,
Será el cansancio corto, aunque se gaste
Toda en perpetua angustia y desconsuelo.
Y si tu gran constancia y vivo zelo
A la escabrosa lid se aplica tanto,
Aun sin ver de tu vida el fin cumplido,
Tendrás ya merecido
De gloria soberana el premio santo.
Y sobraráte edad, en que ya vea
Tu feliz alma, antes de la muerte,
El rostro amado del eterno Esposo,
Y sientas de su labio el amoroso,
Y dulce razonar (¡ó alegre suerte!)
Date gran priesa á padecer; emplea
Sin miedo tu caudal, para que sea
Mas breve el plazo de gozar los bienes
Sacros, que en vida prevenidos tienes.
Tú ves, cancion, que me fatigo en vano,
Las guerras procurando enamoradas
Reducir de Teresa en versos breves,

Siendo á su exemplo frívolas y leves
Las del Latino Rey, las del Greciano
Ya en tan luengos discursos relatadas.
Si á empresas intentadas
Se debe honor, merécelo mi intento:
Proseguiré callando
Humilde, y protestando,
Que apenas he templado el instrumento.

AL MISMO ASUNTO.

CANCION ALEGORICA.

Rompió Teresa al alma las amarras
Del mundo en las riberas engañosas,
Por dar su bella nave al golfo abierto:
Aligeró de máquinas pomposas,
De flámulas distintas y bizarras,
Que la adornaban ocupando el puerto.
Y abriendo el mar y su camino incierto,
Propone en su viage
Por mas que el viento su baxel trabaje,
Las ricas Indias ver del sacro Oriente:
Conoce que en la playa ociosamente
Gastaba el tiempo favorable, y sabe,
Que fuera contingente
Alli anegarle el huracan su nave.

Partió; y apenas se miró engolfada,
Quando expelido de la propia tierra
El recio viento con horror la embiste:

Arman las olas espantable guerra,
El cielo se le encubre, y contrastada
Del mar y viento, intrépida resiste.
Oye Teresa con murmurio triste
Los pasageros viles
Formar quejas y llantos femeniles;
La tropa de rebeldes apetitos,
Que á voces y clamores infinitos
Ya revocar pretenden la derrota;
Fuera seguir sus gritos
Dexar la nave entre las ondas rota.
Sufre constante el temeroso encuentro
De aquella tempestad, y no desmaya
Viendo borrascas mil en pos de aquella,
Que ya la nave arrojan á la playa,
Ya al cielo la levantan, ya en el centro
Casi del golfo ayrado dan con ella.
Busca su Norte y su divina Estrella
Teresa no vencida:
Y á la razon constante, aunque oprimida,
Todo el gobierno de la nave encarga.
Ya su naval tribulacion se alarga
Tanto, que arroja al piélago marino
Toda superflua carga,
Que pueda ser de estorbo á su camino.
Y aun quiera el cielo, que el alivio baste
Contra el hinchado mar; ¡ó quántas veces
Tocó la nave en seco, vió presente
Ya su naufragio, y los inmundos peces
Creyeron ocupalla, dando al traste,

Si de la fe invencible y diligente
No asiera el ancla en el arena el diente.
Teresa en llanto amargo
Lamenta su camino triste y largo,
Que en destierro y ausencia tan penosa,
Le encubre la ribera venturosa,
Do espera ver los Reynos deseados,
Cuya vista dichosa
Premie sus ojos de llorar cansados.
Cancion, pues elegiste
Prolixo asunto y triste,
Dexa tu nave al fiero golfo expuesta;
Que alguna voz mas dulce que la mia
Podrá cantar el dia,
Que al puerto arribe con alegre fiesta.

A la humildad maravillosa de esta Santa en sus revelaciones, que viendo al mismo Christo, no lo creía; antes por consejo de sus Confesores se santiguaba, y le daba higas, como á vision del demonio.

Tanto se levanta al cielo,
Teresa, vuestra humildad,
Que nuestra capacidad
Pierde en su alabanza el vuelo.
A no aprobar tal virtud
Dios con traza milagrosa,
Pareciera sospechosa
Especie de ingratitud.
Pues quando muerto por vos
El mismo os anda á buscar,
Venís vos á consultar
Si daréis crédito á Dios.
A fe que de alguno oigais
Lo que os pesará de oir,
Que os ha de mandar huir
Del mismo á quien adorais.
Pero mientras reprimida
Dudais si es Dios, mejor es
De humilde ser descortés,
Que de cortés presumida.

Bien poco á Pedro imitais
n la cumbre del Tabor;
l quisiera el resplandor
'erpetuo , y vos lo ultrajais.
No entiendo fue de manera
'uestra ceguedad oscura,
ue Dios con lumbre tan pura
o os dexase ver quien era.
Mas en esa alma sencilla,
o solo la voluntad,
ino la misma verdad
. la obediencia se humilla.
Es la humildad que seguis
ual no sabré encarecer,
ues no os consiente creer
o que veis , mas lo que ois.
Rara prudencia os refrena,
segurad qualquier daño;
hubiere riesgo de daño,
orrerá por cuenta agena.
Y mejor es de advertida
Por no arrepentiros tarde)
alir cauta de cobarde,
ue de osada arrepentida.
La siempre humilde Maria
uando encarnó su Criador,
digna de tanto honor
regu ntó , cómo seria.

¿Qué mucho pues que tembleis,
Teresa, aunque el propio Dios
Sintais que se alverga en vos,
Diciendo, que no dudeis?
El quiere temais viviendo;
Y asi quando os busca y llama,
Aun crédito á lo que os ama
Gusta que le deis, temiendo.

Al desposorio que celebró Christo con la misma Santa.

LIRAS.

Espíritu abrasado,
Que ya mi zelo y mi rudeza has visto,
Y viste el celebrado
Fiel Desposorio de Teresa y Christo,
Mueve mi voz al canto
En dulce y breve epitalamio santo.
De la suprema alteza
Partió Jesus á visitar el suelo:
Y siendo á su grandeza
Palacio angosto la region del cielo;
Quiso alojarse ufano
En solo un simple corazon humano.
Fue humilde la morada
Para el supremo Rey, mas limpia y bella,
De telas adornada,
Que el tierno corazon prestaba en ella:

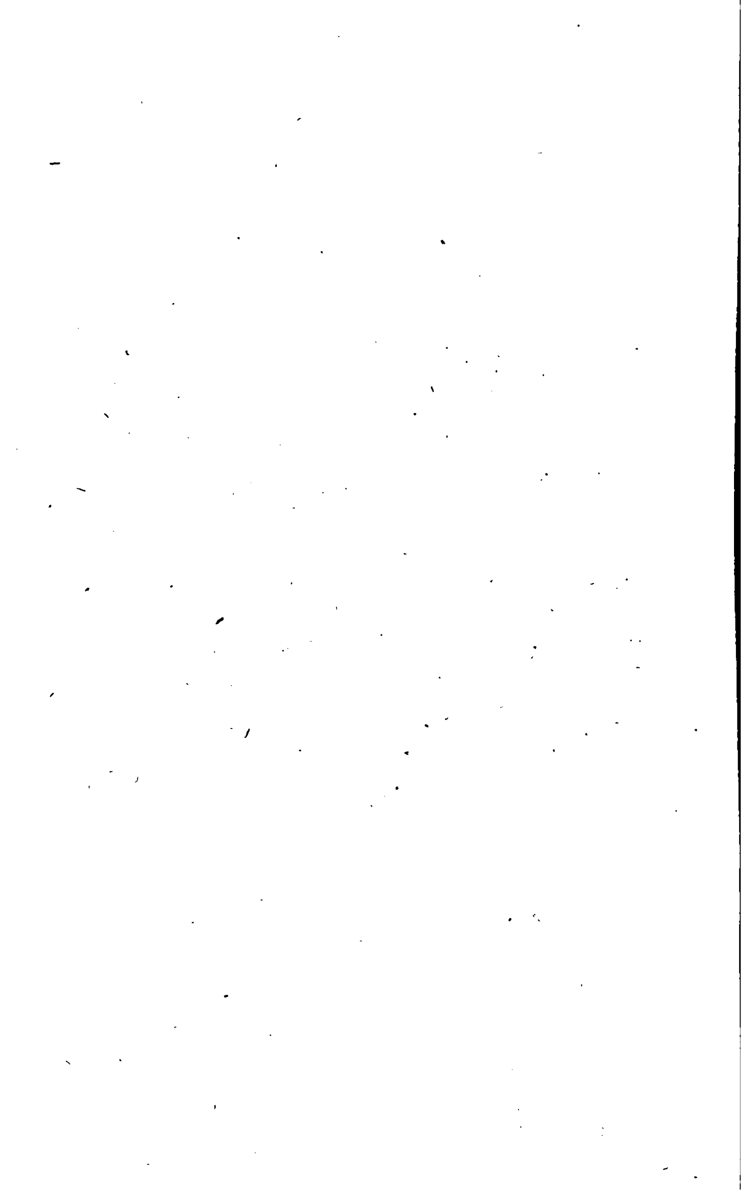
Aqui la Esposa pura
Alegre atiende su feliz ventura.
Tantas las luces fueron,
Y llamas de su amor, que ardiendo estaban,
Que el sol escurecieron,
Cuyos mortales rayos se afrentaban;
Y asi Teresa via
Sola su luz, no la comun del dia.
Dióle Jesus piadoso
La diestra mano, y dixo dulcemente,
Yo quiero ser tu Esposo:
La Esposa ardiendo en fe correspondiente,
A la palabra suya
Responde: ó mi Jesus, tambien soy tuya.
Grato coloquio y tierno
Forman los dos, que en vivo testimonio
Confirma el lazo eterno
De su constante y puro matrimonio:
En Christo el alma bella
De Teresa reside, y Christo en ella.
¿El gozo de la Esposa
Quál encendida voz podrá decirlo?
Si al alma generosa
Capacidad faltó para sentirlo,
Y aun lo sintiera menos,
Si Dios no usára de ensanchar sus senos.
De la superna altura
Los Angeles se avientan á la tierra,
Por ver una criatura,
Cuyo Criador su corazon encierra.

Los orbes y elementos
Forman en tanto armónicos acentos.
Las almas se alegraban
Del ancho Empireo en todos sus confines:
Con viva luz clamaban,
Teresa es de Jesus, los Serafines;
Mas otros, que lo oían,
Y Jesus de Teresa, respondian.
En fin el alma pura
Quedó bañada en gozo tan profundo,
Que ya por vil y oscura
Juzga la vida y luz del baxo mundo;
Y del corporeo velo,
Qual Pablo, espera la desate el cielo.

A la paloma, que salió de la boca de esta Santa en su muerte.

SONETO.

La cándida Paloma, honor del suelo,
Que es la perfecta y una, á quien su Esposo
Llamó del monte Líbano frondoso;
Ya parte á su llamado del Carmelo.
Pasó el rigor del ibernizo yelo;
Y del cóncavo nido pedregoso
Vuela á gozar el íntimo reposo:
Ved qual se encumbra, ya penetra el cielo.
¡O quánto la remira el que la aguarda
Desde sus pies hasta sus ojos bellos!
¡O quál la admite con abiertos brazos!
Alegre puedes acogerte en ellos,
Do con tu Esposo dulce, ave gallarda,
Unida vivas en eternos lazos.



AMINTA.

FABULA PASTORAL

DE TORQUATO TASSO,

TRADUCIDA

POR DON JUAN DE JAUREGUI.

PERSONAS.

AMOR en habito pastoril.

DAFNE, compañera de Silvia.

SILVIA, amada de Aminta.

AMINTA, enamorado de Silvia.

TIRSI, compañero de Aminta.

SATIRO, enamorado de Silvia.

NERINA mensagera.

ERGASTO mensagero.

ELPINO pastor.

CORO de pastores.

AMINTA.

PROLOGO.

AMOR
en hábito pastoril.

¿Quién creyera, que en esta humana forma,
asi en estos despojos pastoriles
ıtaba oculto un Dios? no un Dios agora
lvaje, ó de la plebe de los Dioses;
as entre los celestes y los grandes
de mayor poder; que muchas veces
erriba á Marte la sangrienta espada
e la robusta mano; y á Neptuno,
ıe las tierras combate, el gran Tridente;
los rayos á Júpiter supremo.
ı este aspecto, y en aquestos paños
reconocerá tan facilmente
i madre Venus al Amor su hijo:
me forzoso andar huyendo della,
disfrazarme asi, porque ella quiere
sponer á su gusto de mis flechas,
de mí mesmo; y de ambicion movida,
ıal liviana muger, me insiste y lleva
las ilustres cortes y los cetros,
allí procura, que mi fuerza emplee:
solo al vulgo de ministros mios
(is menores hermanos) da licencia,
e puedan alojarse entre las selvas,

Y usar las armas en silvestres pechos.
Yo que no soy criatura, aunqne mi rostro
Lo representa y mi ademan travieso;
Quiero usar de mis armas á mi gnsto,
Y disponer de mí segun mi antojo;
Que á mí fue concedido, y no á mi madre
El fuego omnipotente y arco de oro.
Por esto disfrazándome, y huyendo
No su imperio, que en mí no tiene alguno,
Mas los ruegos, que al fin siendo de madre,
Tienen fuerza; me escondo entre las selvas,
Y en las cabañas de la gente humilde.
Ella me sigue y busca, prometiendo
A quien me manifieste, un dulce abrazo,
O algun premio mayor; qual si no fuese
Yo poderoso para dar en cambio
Regalos semejantes ó mayores,
A quien me encubre della: esto á lo menos
De cierto sé, que los halagos mios
A las doncellas les serán mas gratos
(Si yo, que soy Amor, de amor entiendo:)
Asi me busca de ordinario en vano,
Que nadie quiere revelarme, y callan.
Pues por estar aun mas oculto, y que ella
No pueda descubrirme por las señas,
Dexé las alas, el aljava y arco:
Mas no por eso vengo desarmado,
Que aquesta que parece simple vara,
Es mi encendida hacha transformada,
Y toda espira armas invisibles:

Tambien aqueste dardo , aunque no tiene
La punta de oro , es de divino temple,
Y do quiera que pica , amor imprime.
Hoy he de hacer una profunda herida
No menos incurable , al duro pecho
De la mas cruda Ninfa , que en los campos
Siguió jamás el coro de Diana.
Será tan grande llaga la de Silvia
(Que este es el nombra de la Ninfa fiera)
Como una que yo hice , habrá algun tiempo,
Al tierno pecho del zagal Aminta,
Quando los dos de un modo pequeñuelos,
El por el campo á caza la seguia.
Y porque el golpe en ella mas encarne,
Esperaré que la piedad primero
Ablande el duro yelo , que apretado
Al rededor del corazon le ha puesto
La honestidad y virginal decoro;
Y en el instante mismo que lo sienta
Algo mas tierno , lanzaréle el dardo.
Pues para executar cómodamente
Mi empresa noble , inquiero á entremeterme
Envuelto con la turba de pastores,
Que todos festejantes , coronados
Aqui se juntan ya , donde los dias
Solenes gastan en solaz y fiesta,
Y fingiré ser uno de su esquadra.
En este puesto , en este haré mi golpe,
Que no le puedan ver mortales ojos:
Hoy estas selvas en manera nueva

Se oirán hablar de amor: hoy ha de verse,
Que aqui presente mi Deidad asiste,
Ella en sí misma, y no en ministros suyos:
Inspiraré sentido noble y puro
A los rústicos pechos, y en sus lenguas
Pondré un estilo dulce y delicado,
Pues en qualquiera parte que yo asista
Soy Amor en efeto; en los pastores
No menos que en los héroes poderosos:
Y la desigualdad de los sugetos
Como me place igualo: esta es la suma
Gloria que alcanzo, el gran milagro mio,
Que suelo hacer las rústicas zampoñas
A la lira mas docta semejantes.
Y si mi madre, que desdeña el verme
Andar errando por agrestes bosques,
Esta verdad no reconoce acaso;
Ella es ciega, no yo, que falsamente
Usa llamarme ciego el ciego vulgo.

ACTO PRIMERO.

DAFNE Y SILVIA.

¿Querrás, Silvia, en efeto
Sin los placeres de la hermosa Venus
Pasar tus verdes y floridos años?
¡Ni oirás el dulce nombre
De madre, ni verás los tiernos hijos
Con apacible juego rodearte?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

Silvia.

Siga otra los contentos amorosos,
Si es que hay en el amor algun contento:
Yo desta vida gusto, y mi deleyte
Es atender al arco y la saeta,
Seguir la fiera fugitiva, y luego
Aterrar combatiendo la mas brava:
Y mientras no faltáren
Al bosque fieras, y á la aljava flechas,
A mí no temo que placeres falten.

Dafne.

Desabridos placeres
Por cierto, y vida en todo desabrida,
Que si agora te agrada,
Es por no haber probado otra ninguna:
Asi la gente, que habitó primero
En el mundo, que aun era simple infante,

Tuvo por dulce, y buen mantenimiento
Agua y bellotas: ya bellotas y agua
Es manjar y bebida de animales,
Por ser puestas en uso uvas y trigo.
Tú por ventura si una vez gustases
•Qualquier mínima parte del contento,
Que goza un corazon amante amado,
Dixeras suspirando arrepentida:
Todo el tiempo se pierde,
Que en amar no se gasta:
¡O mis pasados años!
Quántas prolixas noches,
Quántos silvestres solitarios dias
He consumido en vano,
Que pudiera ocuparlos
En estos amorosos pasatiempos:
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

Silvia.

Quando yo arrepentida suspirando
Esas palabras diga,
Que tú finges, y adornas á tu gusto,
Acia sus fuentes volverán los rios,
Huirá el hambriento lobo del cordero,
El galgo de la liebre: amará el oso
El mar profundo, y el delfin los Alpes.

Dafne.

Conozco ya la juventud esquiva:
Asi qual eres tú, tambien yo he sido,
Asi tambien gocé de gentileza,

De rostro hermoso, y de cabello rubio:
Asi tuve qual tú los labios roxos,
Y en mis llenas mexillas delicadas
Mezclada asi con el jazmin la rosa:
Acuérdome, que solo era mi gusto
(¡Qué simple gusto!) componer las redes,
Armar con liga la una y otra mata,
Dar nuevos filos en la piedra al dardo,
Y acechar de las fieras en el bosque
La cueva y huellas: y si vez alguna
Era mirada de lascivo amante,
Volvia la vista rústica y salvage
Al suelo con vergüenza desdeñosa,
Desplaciéndome entonces la hermosura
Tanto como á los otros agradaba;
Qual si fuera mi culpa ó mi deshonra
El ser vista, querida y deseada.
Mas qué no puede el tiempo? ¿y qué no puede
Sirviendo, mereciendo y suplicando,
Hacer un importuno y fiel amante?
Vencida fuí, yo lo confieso, y fueron
Del vencedor las armas,
Humildad, y continuo sufrimiento,
Llanto, suspiros, y piadosos ruegos.
Mostróme en fin entonces
La oscura sombra de una breve noche
Lo que la luz de mil enteros dias
En largo tiempo no me habia mostrado.
Reprehendíme entonces de mi engaño,
Y simple ceguedad, y suspirando

Con voz alegre dixe:
Toma allá, Cintia, tu bocina y arco,
Que desde aquí renuncio
Tu aljava, flechas, exercicio y vida.
Asi tambien espero, que tu Aminta
Llegue á domesticar en algun dia
Esa tu condicion rústica y dura,
Y ablande en ese pecho
El intratable corazon de acero.
¿No es un gentil mancebo? ¿no te quiere?
¿Acaso no es querido de otras Ninfas?
¿Te dexa á tí por el amor de alguna,
O por el odio tuyo?
¿Pues en nobleza acaso le aventajas?
Si tú eres hija de Cidipe, y esta
Nació del Dios de nuestro noble rio;
El de Silvano es hijo, cuyo padre
Fue Pan, aquel gran Dios de los pastores.
No es menos que tú bella (si te miras
Al espejo tal vez de alguna fuente)
La cándida Amarilis, y él desprecia
Sus afables caricias,
Y sigue tus desprecios desdeñosos.
Haz cuenta (y quiera el cielo que sea vana)
Que él, de tí desdeñado, al fin procura
Agradarse de aquella, que le adora:
¿Qué sentirás me di? ¿con quáles ojos
Verás tu amante con ageno dueño,
Y ya en agenos brazos
Feliz y alegre estar de tí burlando?

Silvia.

Haga Aminta de sí lo que gustare,
Y de su amor, que á mí me importa poco;
Y como no sea mio,
De quien quisiere sea;
Mas no será, no le queriendo, mio,
Y aunque él lo fuese, yo no seria suya.

Dafne.

¿De dónde nace tu aborrecimiento?

Silvia.

De su amor solamente.

Dafne.

Padre apacible de hijo riguroso:
¿Quándo se vió del corderillo manso
Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo?
O á mí, Silvia, me engañas, ó á tí mesma.

Silvia.

Aborrezco su amor, porque aborrece
Su amor mi honestidad: y amélo en tanto,
Que de mí quiso lo que yo queria.

Dafne.

Tú quieres lo peor; y él te desea
Lo que á sí mismo.

Silvia.

Tú, mi Dafne, calla,
O habla de otra cosa, si pretendes
Que te responda.

Dafne.

¡Qué desapacible!
¡Qué sobervia rapaza! dime almenos,

¿Si otro alguno te amára,
Admitieras su amor desa manera?

Silvia.

De aquesta misma admitiré á qualquiera
Insidiador de mi virgineo pecho,
Que tú llamas amante, y yo enemigo.¡

Dafne.

¿Juzgas por enemigo
Por ventura el carnero de la oveja?
¿El toro de la vaca?
¿Juzgas por enemigo
Al caro esposo de su tortolilla?
¿Juzgas por tiempo acaso
De enemistad y enojo
La dulce primavera,
Que agora alegre y verde
Enseña á amar el mundo, y animales,
Los hombres y mugeres? ¿y no adviertes
Cómo todas las cosas
En este tiempo están enamoradas
De un amor apacible y provechoso?
Mira allí aquel palomo
Con qué dulces arrullos y caricias
Besa á su compañera.
Oye aquel ruiseñor de ramo en ramo
Cómo salta cantando, yo amo, yo amo.
Pues la culebra (si es que no lo sabes)
Dexa el veneno, y corre
Fervorosa al amante.
Siente de amor el tigre;

Ama el bravo leon : tú sola fiera
Mas que las fieras todas,
Le niegas en tu pecho acogimiento.
¿Mas qué digo leon, serpiente y tigre,
Que tienen sentimiento?
Tambien aman los árboles y plantas.
Mirar puedes la vid con quánto afecto,
Y con quántos abrazos repetidos
A su marido enlaza.
Ama un abeto al otro, el pino al pino,
El fresno al fresno, el sauce por el sauce,
Y una por otra haya arde y suspira;
Y si tuvieras tú de amor sentido,
Bien sus mudos suspiros entendieras.
¿Qué has de ser en efeto para menos
Que las plantas, huyendo ser amante?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

Silvia.

Pues bien, quando á las plantas
Oyere los suspiros,
Digo que entonces quiero ser amante.

Dafne.

Tú recibes á burla mis consejos
Fieles, y asi con mis palabras juegas.
¡O en amor sorda quanto boba y necia!
Mas anda, vendrá tiempo en que de veras
De no haberlos seguido te arrepientas.
Y no te digo quándo irás huyendo
Las fuentes, donde agora te deleytas,

Quándo huirás las fuentes por el miedo
De verte ya tan arrugada y fea;
Bien que esto te avendrá, mas no te anuncio
Esto solo, que aunque es tan grave daño,
Es daño al fin comun: ¿no se te acuerda
Lo que Elpino contaba el otro dia,
El sabio Elpino, á su Licori hermosa?
¿La que en Elpino puede con los ojos
Lo que él debiera en ella con el canto,
Quándo el deber en el amor se hallára?
Pues lo contaba oyendo Bato y Tirsi,
De amor grandes maestros, en la cueba
De la Aurora, do encima de la puerta
Escrito está: lejos de aqui profanos.
El dixo (y dixo, que se lo habia dicho
Aquel de ingenio grande,
Que cantó los amores y las armas,
Cuya zampoña le dexó muriendo)
Que hay una oscura cueba en el infierno
Allá donde los hornos de Aqueronte
Exhalan negro humo abominable,
Y que en aquesta con tormento eterno
De llanto y de tinieblas espantosas
Son castigadas merecidamente
Las mugeres ingratas y rebeldes.
Aguarda pues, que allí se te apareje
Alvergue á tu fiereza, y será justo,
Que saque el humo llanto de unos ojos,
Do la piedad jamás pudo sacarlo:
Sigue, sigue tu estilo,

Desconocida Ninfa y obstinada.

Silvia.

¿Y qué le respondió Licori entonces
A tales cosas?

Dafne.

Tú del propio hecho
Nada cuidas, é inquieres los agenos.
Con los ojos le dió respuesta.

Silvia.

¿Cómo
Responder pudo con los ojos solos?

Dafne.

Ellos á Elpino vueltos respondieron
Con una dulce risa: tuyos somos,
Y el mismo corazon de la que miras,
Ni mas debes pedirle,
Ni mas te puede dar: y esto bastára
Por muy cumplido premio al casto amante,
Quando él aquellos ojos
Juzgára verdaderos como bellos,
Y entera fe les diera.

Silvia.

¿Y por qué no los cree?

Dafne.

¿Luego no sabes
Lo que Tirsi escribió, quando perdido
Sin seso, ardiendo anduvo por los campos
De tal manera, que á la par movia
Piedad y risa en Ninfas y pastores?
No fue lo que escribió digno de risa,

Si bien sus hechos, como ves, lo fueron;
El escribió mil troncos, y con ellos
Creció la letra juntamente y versos,
Donde me acuerdo haber asi leido:
Falsas lumbres, espejos engañosos
Del triste corazon, bien os conozco,
Y los engaños vuestros; ¿mas qué importa,
Si Amor impide, que de vos me aparte?

Silvia.

Yo estoy perdiendo el tiempo aqui en palabras,
Sin acordarme, que es el dia prescrito,
Que habemos de ir á la ordenada caza
Del encinal. Si te parece, Dafne,
Me espera en tanto que en la fuente lavo
El polvo, de que estoy toda cubierta
Desde ayer, por seguir un presto gamo,
Que al fin pude matar.

Dafne.

Esperaréte,
Y aun yo quizá me bañaré contigo:
Mas quiero ir antes á mi caseria,
Pues hasta agora no parece tarde:
Espérame en la tuya iré á buscarte,
Y en tanto piensa tú lo que te importa
Mas que la fuente y caza; y si no sabes,
Cree que no sabes, y á los sabios cree.

AMINTA Y TIRSI.

He visto al llanto mio
El mar, las piedras responder piadosas,
Y suspirar las hojas
He visto al llanto mio:
Mas no he visto jamás, ni ver espero
Compadecerse mi enemiga bella;
(Que no sé si muger la nombre, ó fiera)
Pero ya niega ser muger humana
La que piedad me niega,
No habiéndola negado
Hasta la dura inanimada piedra.

Tirsi.

Pace el cordero la menuda yerva,
Y el lobo se alimenta del cordero;
Mas el Amor de lágrimas se ceba,
Y sin jamás mostrarse satisfecho.

Aminta.

Ay triste, que el Amor bien satisfecho
Está ya de mi llanto; solo tiene
Sed de mi sangre, y quiero que mi sangre
El y mi ingrata con los ojos beban.

Tirsi.

Ay Aminta infeliz, ¿qué devaneas?
¿Qué estás diciendo? esfuérzate y conforta,
Que otra Ninfa hallarás, si te desprecia
Esta cruel.

Aminta.

¿Cómo podré hallar otra,
Si hallarme á mí no puedo? y si yo mismo
Me perdí, ¿qué ganancia
Adquiriré jamás, que me contente?

Tirsi.

O mísero zagal, no desesperes,
Que adquirirás la misma que deseas.
Sabe, que el tiempo largo enseña al hombre
Poner freno al leon y tigre Ircana.

Aminta.

Sí, pero el desdichado
No puede largo tiempo
Sostener la tardanza de su muerte.

Tirsi.

Será breve tardanza, porque en breve
Se enojan las mugeres, y se aplacan,
A quien naturaleza hizo mudables
Mas que la hoja al viento, y que la punta
De blanda espiga. Pero yo te ruego,
Que de lo oculto de tu triste estado
Me des noticia; que si bien me has dicho
Diversas veces, que de veras amas,
La causa de tu amor siempre callaste:
Y mi fiel amistad pienso merece,
Con el comun estudio de las Musas,
Que me descubras lo que á todos zelas.

Aminta.

Tirsi, yo soy contento de decirte
Lo que las selvas, montes, y los rios

'a saben , y los hombres no lo saben,
orque ya estoy tan cerca de mi muerte,
ue me importa dexar quien manifieste
'e mi morir la causa , y que la imprima
n la corteza de una haya infausta,
ınto al lugar do yacerá mi cuerpo;
onde tal vez pasando aquella ingrata,
uelgue pisar los infelices huesos
ɔn el sobervio pie , y entre sí diga:
ste es mi triunfo : y de mirar se alegre,
ue ya es patente su vitoria á todos
ɔs pastores vecinos y estrangeros,
ue alli traiga la suerte ; y ser podria
Mas mucho espero) se llegase un dia,
ue ella, aunque tarde, de piedad movida,
lorase muerto al que quitó la vida.
.as oye agora.

Tirsi.

Di , que bien te escucho,
uizá con mejor fin , que tú no piensas.

Aminta.

Siendo yo zagalejo,
ınto que apenas con la tierna mano
ɔdia alcanzar de las primeras ramas
n los pequeños árboles el fruto,
ıve pura amistad con una Ninfa
ı mas amable y bella,
ue al viento dió jamás sus hebras de oro:
ien conoces la hija de Cidipe,
del rico Montano , Silvia cara,

Honor de nuestras selvas,
Y ardor de nuestras almas, desta digo:
Viví con esta un tiempo tan unido,
Que entre dos tortolillas mas conforme
Fidelidad ni se verá, ni ha visto:
Eran nuestros alvergues
Bien juntos, pero mas los corazones:
Conformes las edades,
Pero los pensamientos mas conformes:
Con ella muchas veces
Tendí la red á páxaros y á peces,
Seguí con ella el ciervo, el veloz gamo,
Y era comun la caza y el contento.
Mas mientras de animales hacia presa,
Sin saber cómo, fui yo mismo preso:
Poco á poco nació en el pecho mio
No sé de qué raiz (como la yerva,
Que suele por sí misma ella nacerse)
Un incógnito afecto,
Que mi deseo movia
A ver siempre delante
Mi compañera Silvia,
Y de sus bellos ojos
Solia gustar una dulzura estraña,
Que al fin dexaba un no sé qué de amargo;
Mil veces suspiraba, y no sabia
Quál fuese la ocasion de mis suspiros.
De manera, que fui primero amante,
Que al Amor conociese: vine al cabo
Bien á entenderlo; mas el modo escucha,

¡Y nota cómo fue.

Tirsi.

Debe notarse.

Aminta.

De un álamo á la sombra Silvia y Filis,
Y yo junto con ellas,
Huyendo el sol estábamos un dia,
Quando una aveja, que ligera andaba
Su miel cogiendo en los floridos prados,
A Filis fue volando,
Y en la mexilla hermosa,
Mas fresca, y mas rosada que la rosa,
A nuestros ojos le picó atrevida:
(Quizá engañada con la semejanza
Creyó que fuese flor) entonces Filis
Como impaciente comenzó á quejarse
De la aguda picada;
Pero mi bella Silvia dixo, calla,
Calla, no te lamentes, Filis mia,
Que con palabras, que yo sé de encanto,
Te quitaré el dolor: este secreto
Supe de Aresia Maga, y le dí en trueco
Mi cuerno de marfil y engaste de oro.
Esto diciendo, avecinó los labios
De aquella dulce boca á la mexilla
Herida, y blandamente murmurando
Dixo no sé qué versos, y al momento
(Maravilloso efecto) sintió Filis
Quitársele el dolor; ó fue la fuerza,
Y virtud de las mágicas palabras,

O como yo presumo,
La virtud de la boca,
Que sana lo que toca;
Pues yo que hasta entonces
Otra ninguna cosa deseaba
Que la agradable lumbre de sus ojos,
Y sus palabras dulces, mas suaves
Que el lento murmurar de un arroyuelo
Que rompe el curso entre menudas guijas,
Y el resonar de Zéfiro en las hojas;
Entonces me encendió nuevo deseo
De juntar á los suyos estos labios:
Y con mayor astucia, y mas aviso,
Que nunca habia tenido (mira quánto
El amor sutiliza nuestro ingenio)
Se me ofreció un engaño, con que en breve
Llegar pudiese á conseguir mi intento.
Y fue desta manera, que fingiendo
Me habia picado otra molesta abeja
El labio baxo, comencé á quejarme,
De suerte, que el remedio que la lengua
No demandaba, el rostro le pedia.
La simplecilla Silvia
Piadosa de mi mal, me ofreció luego
Con el remedio á la engañosa herida,
Y hizo (ay triste) mucho mas crecida,
Y mas mortal mi herida verdadera,
Quando llegó sus labios á los mios:
No suelen las abejas
Coger tan dulce miel de flor alguna,

Como yo entonces de sus frescas rosas,
Aunque el vivo deseo,
Que ardiente me incitaba á humedecerlas,
Se abstuvo de temor y de vergüenza,
Siendo mas lento, y menos atrevido.
Mas mientras descendia
Al corazon la gran dulzura, mista
De un secreto veneno;
Tanto regalo deste bien sentia,
Que fingiendo no habérseme del todo
Pasado aquel dolor, hice de suerte,
Que ella mas veces repitió el encanto.
De alli adelante de manera anduvo
Creciendo mi impaciencia y mi deseo,
Que como ya en el pecho no cupiesen,
Por fuerza hubieron de salir: y un dia,
Que en cerco se sentaban muchas Ninfas,
Y Pastores, haciendo un juego nuestro,
Que cada uno por orden le decia,
Le dixe á Silvia: yo por tí me abraso,
Y moriré, si tú no me remedias.
A estas palabras inclinó su rostro,
Y de improviso le tiñó de rojo,
Dando señales de vergüenza y rabia.
No tuve otra respuesta, que un silencio
Mudo, turbado, y lleno de amenazas:
Quitóse de alli luego, y nunca quiso
Mas hablarme, ni verme. Y ya tres veces
Ha el segador cortado las espigas,
Y tantas el ibierno ha despojado

Los verdes bosques de sus frescas hojas,
Y todos los caminos he tentado
Por aplacarla, fuera de la muerte.
Morir me falta en fin por aplacarla,
Y moriré en buen hora, como entienda,
Que he de causarle sentimiento ó gozo:
Ni sé quál quiera mas destas dos cosas,
Bien fuera la piedad mas rico premio
De mi fe verdadera,
Y mayor recompensa de mi muerte;
Mas no debo querer cosa que turbe
La luz serena de sus ojos bellos,
Ni que moleste aquel hermoso pecho.

Tirsi.

¿Es posible, que Silvia, si te oyese
Palabras semejantes, no te amase?

Aminta.

No lo sé, ni lo creo;
Mas huye mis palabras,
Qual aspid el encanto.

Tirsi.

Pues confia,
Que el corazon me dice,
Que he de ser poderoso á que te escuche.

Aminta.

O nada alcanzarás, ó quando alcances
Al fin, que yo le hable,
Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

Tirsi.

¿Por qué asi desesperas

Aminta.

Desespero
Con justa causa, porque el sabio Mopso
Ya me pronosticó mi dura suerte,
Mopso, que entiende el canto de las aves,
La virtud de las yerbas, y las fuentes.

Tirsi.

¿De quál Mopso me dices, del que tiene
En la lengua melosas las palabras,
Un amigable término en los labios,
Y engaños y traiciones en el pecho?
Ora está de buen ánimo, que todos
Los pronósticos suyos infelices,
Que entre ignorantes vende con su falsa
Severidad, jamás tienen efecto;
Y de experiencia sé lo que te digo:
Antes por eso solo, que él te anuncia,
Me atrevo á asegurarte un fin dichoso
En tu amoroso intento: asi que debes
Prometerte seguras esperanzas,
Por solo que este quiere, que no esperes.

Aminta.

Ya me consuelo oyendo lo que dices;
A tí el cuidado, Tirsi, te remito
Desta mi vida.

Tirsi.

Yo tendre el cuidado,
Y tú me espera aqui dentro de un hora.

CORO DE PASTORES.

¡O bella edad del oro venturosa!
No porque miel el bosque destilaba,
Y de las fuentes leche se vertia;
No porque dió sus frutos abundosa
La tierra, que al arado no tocaba,
Ni venenosa sierpe consentia;
No porque relucia
Sin tristes nubes el sereno cielo,
Y siempre era templada primavera,
Que ya no persevera;
Mas la destemplan el calor y el yelo,
Ni llevó nave á la estrangera tierra
La vil codicia, ó la sangrienta guerra.
Mas solo porque entonces este vano,
Vano y fingido nombre sin sugeto,
Este ídolo de errores engañoso,
A quien la urbanidad y el vulgo insano
Llamó despues honor, y es en efeto
De la naturaleza opuesto odioso:
No mezcló malicioso
Su afan en los dulcísimos amores,
Ni de su dura ley tan importuna
Tuvo noticia alguna
Aquella libre esquadra de amadores;
Mas de una natural, que consentia
Fuese lícito aquello que placia.
Entonces por el agua y por las flores

Iban con dulces bayles retozando
Los Cupidillos sin aljava ó lazo:
Sentábanse las Ninfas y Pastores:
Caricias mil al razonar mezclando,
Y á las caricias uno y otro abrazo:
De velo, ni embarazo
Jamás cubrió sus rosas encarnadas
La pastorcilla, ni la pura frente,
Desnudo juntamente
Su blanco pecho y pomas delicadas:
Y á menudo en el agua detenida
Triscar se vió el amante y su querida.
Tú, honor, fuiste el primero que negaste
La fuente de deleytes tan copiosa,
Y á la sed amorosa la escondiste:
Tú á los hermosos ojos enseñaste
A encubrir en sí mismos temerosa
La viva luz, que en su belleza asiste:
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro, que trataba el viento;
Y tú pusiste el ademan esquivo
Al proceder lascivo,
Freno á la lengua, y arte al movimiento:
Efecto (ó vil honor) es solo tuyo,
Que el don de Amor se llame hurto suyo.
Y suelen ser tus célebres hazañas
Las penas del que oprimes á tus leyes.
Mas tú, señor de la naturaleza,
Y del amor, tú que sujetas Reyes,
¿Qué pretendes oculto entre cabañas,

Dónde caber no puede tu grandeza?
Te ve á turbar el sueño al preeminente,
Dexa sin tí nuestros humildes pechos
En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos, que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.
Amemos, que el sol muere, y luego nace:
A nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del dia,
Y el sueño eterna noche nos envia.

ACTO SEGUNDO.

SATIRO SOLO.

Es pequeña la abeja por estremo,
[con sus breves armas , quando pica,
Iace molesta y grave la herida:
Mas qué cosa tan breve y tan pequeña
:omo el Amor ? que en todo breve espacio
:ntra y se esconde ; ya en la sombra escasa
)e unas pestañas ; ya entre las primeras
utiles hebras de un cabello rubio;
'a en los hoyuelos de una dulce risa;
' en pequeñez tan mínima le vemos
[acer mortales incurables llagas.
'riste de mí , que es to[illegible] llaga y sangre
Ii corazon y entrañas ; y mil dardos
uso el Amor en los ayrados ojos
)e Silvia. Crudo Amor , ingrata Silvia,
Ias cruda y mas ingrata , que las selvas.
) cómo te compete el nombre , y cómo
uien tal nombre te puso , lo entendia!
a selva encubre al oso , tigre , y sierpe
n su arboleda verde : y tú en el pecho
scondes impiedad , sobervia y odio,
ieras mayores , que oso , tigre y sierpe;
ue aquellas suelen aplacarse , y estas
o se aplacan por dádivas , ni ruegos.
ú , quando te presento flores nuevas,

Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro mas hermosas flores:
Pues si te traigo las manzanas frescas,
Tú las desdeñas arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás mas bellas:
Quando te ofrezco los panales dulces,
Altiva los ultrajas, por ventura
Por ser mas dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa, que no haya en tí mas dulce y bella
A mí mesmo te doy: ¿por qué desprecias
Y aborreces el don? que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré, quando callado el viento,
Sus claras ondas serenaba un dia.
Este mi rostro de color sanguino,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho,
Y vedijudos muslos, son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo.
¿Qué piensas tú hacer destos donceles,
Apenas florecido el blando bozo
En sus mexillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mugeres son aquestos en semblante,
Y en obras: dile á alguno, que te siga
Por selva y monte, y que por tí combata
Contra el valiente javalí y el oso.
No soy pues malo yo, ni tú me dexas
Por la forma que tengo; sino solo

Por mi pobreza: en fin, las caserias
Siguen de las ciudades el exemplo.
Sin duda alguna el siglo de oro es este,
Pues solo vence el oro, y reyna el oro.
¡O tú quien fuiste el inventor primero
De vender el amor! maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos frios,
Y no alcancen jamás pastor ó Ninfa,
Que pasando les diga, hayais descanso;
Mas los bañe la lluvia, y mueva el viento,
Y con inmundo pie todo ganado
Los huelle; tú primero envileciste
La nobleza de Amor, y su dulzura
Alegre convertiste en amargura.
Amor vendible, Amor siervo del oro
Es el monstruo mas vil y abominable,
Que el mar y tierra engendran y producen.
¿Mas para qué me quejo al ayre en vano?
Usa las armas cada qual, que expuestas
Le dió naturaleza á su defensa:
Usa los pies el ciervo, el leon las garras,
El javalí el colmillo; asi son armas
De la muger, beldad y gentileza.
¿Pues cómo yo al presente no me valgo
De mi ferocidad para defensa
De mi salud, pues la naturaleza
Apto me hizo á la violencia y robo?
Yo me quiero robar lo que me niega
Esta enemiga, y al Amor ingrata.
Pues como agora me contó un cabrero,

Que sabe sus costumbres , ella suele
Refrescarse á menudo en una fuente,
Y me enseñó el lugar : pienso esconderme
En él entre los céspedes y ramas,
Aguardando á que venga ; y como vea
Buena ocasion , me arrojaré tras ella.
¿Qué puede contrastar una mozuela
Con la debil carrera , ó con los brazos
Contra mí , tan ligero y poderoso?
Llore , suspire , oponga toda fuerza
De piedad ó hermosura ; que si puedo
Revolver esta mano á su cabello,
De alli no irá , sin que primero tiña
Por venganza mis armas de su sangre.

DAFNE Y TIRSI.

Como te dixe , Tirsi , ya yo via,
Que Aminta amaba á Silvia , y sabe el cielo
Como le he hecho siempre buen oficio,
Y agora con mas gusto he de hacerle,
Porque los ruegos tuyos intervienen.
Mas antes me atreviera , te prometo,
A domar un novillo , un tigre , un oso,
Que una rapaza destas simple y boba,
Tan boba , como bella ; que no advierta
Quán ardientes y agudas son las armas
De su belleza , y con el llanto y risa
A muchos mate , y del herir no entienda.

Tirsi.

¿Qué muger hay tan simple, que en saliendo
De las mantillas, ya no aprenda el arte
De contentar, y parecer hermosa,
De matar agradando, y saber quáles
Armas pueden herir, y quáles matan,
Y quáles dan salud y resucitan?

Dafne.

¿Quién es maestro de tan grandes artes?

Tirsi.

Tú finges, y me tientas: el que enseña
El canto y vuelo á las ligeras aves,
El nadar á los peces, el encuentro
A los carneros, á los bravos toros
Usar del cuerno, y al pabon sobervio
Tender la pompa de bizarras plumas.

Dafne.

¿Quál es el nombre suyo?

Tirsi.

El nombre es Dafne.

Dafne.

¡O falsa lengua!

Tirsi.

¿Luego tú no bastas
A dar á mis discípulas escuela?
Aunque á decir verdad, bien poca falta
Les hace otro maestro: su maestra
Es la naturaleza, y á las veces
Tambien la madre y ama alcanzan parte.

Dafne.

Tú eres en suma malicioso, Tirsi;
Pues yo te sé decir, que no resuelvo,
Si es ya tan boba Silvia, y tan sencilla,
Como en sus hechos y palabras muestra.
Ví ayer cierta señal, y esta me puso
En mucha duda: yo la hallé cercana
A la ciudad, donde sus anchos prados
Tienen entre lagunas una isleta
Con un estanque transparente y limpio;
Alli la ví, toda pendiente el cuerpo,
De suerte, que mostraba deleytarse
De mirar á sí mesma, y le pedia
Consejo al agua, cómo dispondria
Por cima de la frente su cabello,
Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
Diversas flores, que tenia en la falda.
De alli sacaba la azucena y rosa,
Y la llegaba á su purpúreo rostro,
Y á su cándido cuello, cotejando
Las colores, y luego muy ufana
De la vitoria, un tanto se reia,
Como diciendo: yo en efeto os venzo,
No os traigo aqui por ornamento mio,
Mas solo os traigo por vergüenza vuestra,
Y por mostrar, que os llevo gran ventaja.
Mas mientras se adornaba y componia,
Volvió los ojos bien acaso, y viendo
Como yo la miraba, de vergüenza
Se alzó del suelo, y derramó las flores.

Quanto mas yo de verla me reía,
Mas ella de mi risa se encendia:
Y porque estaba descompuesto en parte
Su cabello, y en parte recogido;
Dos ó tres veces revolvió los ojos
Acia la fuente consejera á hurto,
Como temiendo ser de mí entendida:
Miróse descompuesta, mas con todo
Se satisfizo, que se vió muy bella,
Sí descompuesta: yo entendílo todo,
Pero callé.

Tirsi.

Tú me refieres, Dafne,
Lo que he pensado siempre: ¿no lo dixe?

Dafne.

Bien lo dixiste; mas á todos oigo,
Que no fueron las Ninfas y Pastoras
Tan entendidas ántes, ni yo tuve
Tal juventud: el mundo se envejece,
Y en la vejez se aumenta su malicia.

Tirsi.

Quizá entónces no usaban tantas veces
Los ciudadanos ver el campo y selvas,
Ni tantas veces nuestras zagalejas
Entrar en la ciudad: ya están mezclados
Linages y costumbres. Mas dexando
Agora estos discursos; ¿no harias
Por conformar á Silvia en que le hablase
Aminta solo, ó tú delante, un dia?

Dafne.

No sé : Silvia es esquiva por estremo.

Tirsi.

Y Aminta por estremo comedido.

Dafne.

Pues no hará nada comedido amante:
Tú le aconseja, que á otra cosa atienda,
Si es de ese humor. El que saber quisiere
De amar, dexe respetos, ose y pida,
Solicite, importune; y si no basta,
Tome lo que pudiere: ¿tú no sabes
De la muger la condicion precisa?
Huye, y huyendo, quiere que la alcancen;
Niega, y negando, quiere que la apremien;
Lucha, y luchando, quiere que la venzan.
Ya sabes, Tirsi, que de tí me fio,
Porque en silencio guardes lo que digo.

Tirsi.

No hay ocasion por qué de mi sospeches,
Que jamás diga cosa, que te ofenda:
Mas ruégote, mi Dafne, por la dulce
Memoria de tus años juveniles,
Me favorezcas, ayudando á Aminta
Misero, que perece.

Dafne.

¡Qué conjuro
Tan gentil ha buscado este inocente!
La juventud me trae á la memoria:
El bien pasado es el presente enojo.
¿Pues qué dices que haga?

Tirsi.

No te falta
Ingenio, ni consejo; basta solo,
Que á querer te dispongas.

Dafne.

Ora sabe,
Que vamos Silvia y yo, dentro de un rato,
A la fuente, que llaman de Diana,
Allá donde aquel plátano da sombra
Al agua dulce, y al lugar convida
Las Ninfas cazadoras; en aqueste
Es cierto ha de labar sus miembros bellos.

Tirsi.

Pues bien.

Dafne.

¿Cómo pues bien? qué mal entiendes;
Si en tí cabe discurso, eso te basta.

Tirsi.

Ya entiendo; mas no sé si ha de atreverse
El á tanto.

Dafne.

Pues si él no ha de atreverse,
Estése así, y aguarde á que lo busquen.

Tirsi.

El es por cierto tal, que lo merece.

Dafne.

¿Pero nosotros no hablarémos algo
De tí mismo? ¿Di, Tirsi, tú no quieres
Enamorarte? pues aun eres mozo,
Que no serán tus años veinte y nueve,

Y ayer te conocímos bien criatura:
¿Has de vivir ocioso y sin contento?
Que solo sabe de placer el que ama.

Tirsi.

No desecha de Venus los placeres
Quien se retira del Amor; mas goza
El dulce del Amor sin el amargo.

Dafne.

Es desabrido dulce al que le falta
Mezcla de algun amargo, y luego cansa.

Tirsi.

Mas vale pues hartarse,
Que estar siempre hambriento.

Dafne.

No ya con el manjar que se posee;
Y quanto mas se gusta, mas agrada.

Tirsi.

¿Quién es tan poseedor de lo que gusta,
Que á todas horas pueda
Hallarlo expuesto á su apetito y hambre?

Dafne.

¿Mas quién halló jamás lo que no busca?

Tirsi.

Es peligro buscar lo que adquirido,
Causa breve contento,
Y no adquirido, mucho mas tormento.
Hasta que llantos y suspiros falten
En el Amor, y su tyrano reyno,
Tirsi no ha de volver á ser amante:
Ya basta lo que tengo padecido,

Otro fiel amador hará su parte.

Dafne.

Mas no tienes gozado lo que basta.

Tirsi.

Ni gozarlo deseo,
ii tan caro se compra.

Dafne.

Amar te será fuerza, si no gusto.

Tirsi.

No me pueden forzar, estando lejos.

Dafne.

¿Quién está lejos del Amor?

Tirsi.

Quien huye.

Dafne.

¿Y qué importa que huyas de sus alas?

Tirsi.

Tiene al nacer Amor las alas cortas,
ıe apenas le sustentan,
asi no las estiende á todo vuelo.

Dafne.

Pues no conoce el hombre quándo nace;
quando lo conoce, es grande y vuela.

Tirsi.

No, si otra vez no ha visto cómo nace.

Dafne.

Ͻra veremos si tus ojos huyen,
no dices: y luego te protesto
a que presumes tanto de ligero)
e quando te veré pedirme ayuda,

No moveré por ayudarte un paso,
Un solo dedo, una pestaña sola.

Tirsi.

Bravo rigor, ¿qué me podrás ver muerto?
Pues, Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiéreme tú, y estamos concertados.

Dafne.

Tú me burlas en fin, y por ventura
No me mereces por amante: ¡ay quántos
Engaña un rostro colorado y liso!

Tirsi.

No burlo á fe; mas antes me parece,
Que con esa protesta me desechas,
Qual hacen todas; ¿pero qué remedio?
Viviré sin amor, si no me quieres.

Dafne.

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive,
Que en ocio tal siempre el amor se engendra.

Tirsi.

O Dafne, en esta ociosidad me ha puesto
El que en las selvas como á Dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno al otro mar, por las campañas
Estendidas, alegres y fecundas,
Y las alpestres cumbres de Apenino:
El dixo así, quando me hizo suyo:
Tirsi, auyenten otros los ladrones,
Y los lobos, guardando mis rebaños:
[illegible]parta otro los premios y las penas
[illegible]nis ministros: otros apacienten

Mis ganados: en fin otro conserve
La lana y leche, y otro la despenda;
Agora canta tú, que estás ocioso.
Asi será razon, que no le burle
Con mundanos amores, sino cante
Los abuelos de aqueste verdadero
(No sé si Apolo ó Júpiter lo llame,
Que á ambos parece en el aspecto y obras)
Abuelos de mayor merecimiento,
Que el gran Saturno y Celo. Agreste Musa
A mérito real; mas no por eso
Que suene clara ó ronca, la desprecia.
De su mismo sugeto nada canto,
Porque no puedo dignamente honrarlo,
Sino con el silencio y reverencia:
Mas no faltan jamás en sus altares
Las flores de mi mano, ni los fuegos
De inciensos olorosos y suaves,
Ni faltará en mi pecho esta devota,
Y pura religion, hasta que vea
Pacer el ayre por el ayre el ciervo,
Y que mudado el curso de los rios,
Beba la Sona el Persa, el Franco el Tigris.

Dafne.

Tú vas muy alto; ora desciende un poco
Al propósito nuestro.

Tirsi.

El punto es este,
Que en estando en la fuente tú con Silvia,
Procures ablandarla, y yo entretanto

Procuraré que Aminta vaya ; y pienso,
Que no es menos dificil que la tuya
Mi diligencia. Ve en buen hora.

Dafne.

Voyme,
Pero nuestro propósito no era ese.

Tirsi.

Si bien diviso desde aqui su rostro,
Alli parece Aminta, él es sin duda.

AMINTA Y TIRSI.

Veré si ha hecho Tirsi alguna cosa;
Porque si nada ha hecho,
Antes de consumirme he de matarme
Ante los ojos mismos de la ingrata;
Que pues le agrada tanto
Deste mi corazon la viva llaga,
Agudo golpe de sus ojos bellos;
Tambien debe agradarle
La llaga de mi pecho,
Golpe furioso de mis propias manos.

Tirsi.

Nuevas te traigo, Aminta, de consuelo;
Bien puedes ya dexar tanto lamento.

Aminta.

Ay Tirsi, ¿qué me dices?
¿Traes la vida ó la muerte?

Tirsi.

Traigo salud y vida, si te atreves

A acometerlas ; pero ve dispuesto
A ser un hombre , Aminta,
A ser un hombre de ánimo resuelto.

Aminta.

¿Cómo , y con quién el ánimo me importa?

Tirsi.

Si estuviese tu Ninfa en una selva,
Que cercada de altísimos peñascos,
Diese alvergue á los tigres y leones,
¿Fueras allá?

Aminta.

Fuera seguro y pronto,
Mas que en la fiesta zagaleja al bayle.

Tirsi.

Y si estuviese entre ladrones y armas,
¿Fueras allá?

Aminta.

Fuera resuelto y presto,
Mas que á la fuente el ciervo caluroso.

Tirsi.

Mayor empresa importa que acometas.

Aminta.

Iré por medio el rápido torrente,
Quando la nieve desatada en agua
Al mar se precipita : iré por medio
Del vivo fuego , y al infierno mismo,
Quando en él estuviese : si ser puede
Infierno donde está cosa tan bella.
Descubre , acaba , lo que pasa.

Tirsi.

Escucha:
Silvia te espera agora en una fuente,
Desnuda y sola: ¿irás allá?

Aminta.

¿Qué dices?
¿Silvia me espera á mí, desnuda y sola?

Tirsi.

Sola con Dafne, que es de nuestra parte.

Aminta.

¿Y desnuda me espera?

Tirsi.

Desnuda digo: mas....

Aminta.

¡Ay triste! acaba:
¿Qué mas, Tirsi? tú callas, tú me matas.

Tirsi.

Mas no sabe, que has de ir allá.

Aminta.

Terrible,
¡Y fiera conclusion, que ya en veneno
La dulzura pasada me convierte.
Cruel, ¿con quál estudio me atormentas?
¿Tan poco desdichado te parezco,
Que aumentar quieres la miseria mia?

Tirsi.

Haz tú mi parecer, serás dichoso.

Aminta.

¿Qué me aconsejas?

Tirsi.

Que pasar no dexes
La dicha que te ofrece la fortuna.

Aminta.

Dios no permita, que jamás yo intente
Cosa que la disguste; ni yo supe
Hacer cosa jamás contra su gusto,
Sino es amarla: y el amarla es fuerza,
Fuerza de su hermosura, y no mi culpa.
Asi no se verá, que en quanto pueda
No procure agradarla.

Tirsi.

Ora responde:
¿Si potestad tuvieras
Para dexar de amarla,
Dexárasla de amar, por agradarla?

Aminta.

Ni tal cosa consiente Amor que diga,
Ni que imagine ver en tiempo alguno
El dexarla de amar, aunque pudiese.

Tirsi.

Desa manera á su pesar la amáras,
Pudiendo no quererla.

Aminta.

No fuera á su pesar, mas la amaria.

Tirsi.

Sin su gusto en efeto.

Aminta.

Si por cierto.

Tirsi.

¿Pues cómo sin su gusto no te atreves
A aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin, que le será agradable.

Aminta.

Ay, Tirsi amigo, Amor por mí responda,
Que á referir no acierto
Lo que me dice el corazon: tú agora
Estás muy diestro, por el uso grande,
En razonar de Amor: á mí me liga
La lengua aquello mismo,
Que el corazon me liga.

Tirsi.

¿No irémos en efeto?

Aminta.

Iré sin duda,
Mas no donde tú piensas.

Tirsi.

¿Pues á dónde?

Aminta.

Iré á morir, si en mi favor no has hecho
Mas de lo que me dices.

Tirsi.

¿Y esto es poco?
¿Crees tú, que Dafne nos aconsejára
Ir á la fuente, quando no entendiera
De Silvia el pecho? por ventura Silvia
Sabe el concierto, y no querrá se entienda,
Que sabiéndolo, calla. Si tú buscas

Hasta el consentimiento suyo expreso,
Buscas derechamente disgustarla:
Y siendo asi, ¿qué es deste tu deseo,
Que tienes de servirla y complacerla?
Y si ella aguarda, que tu dicha alegre
Se adquiera solo por tu industria á hurto,
Sin que ella de su mano te la ofrezca;
Por tu vida me di, ¿qué mas te importa
Este modo, que aquel?

Aminta.

¿Quién me asegura
Ser esa su intencion y su deseo?

Tirsi.

O simple, ves aqui que al fin procuras
La certeza, que á Silvia le desplace;
Y desplacerle justamente debe,
Qual tú debieras no buscarla: ¿y dónde
Tienes quien te asegure lo contrario?
Si ella asi lo pensase, y tú no fueses
(Pues que la duda y riesgo son iguales)
¿Será mejor morir como animoso,
Que como vil? tú callas, tú conoces,
Que estás vencido; agora me concede
Esta pérdida tuya, que yo pienso
Ha de ser causa de mayor victoria.
Vamos, Aminta, vámonos.

Aminta.

Espera.

Tirsi.

¿Cómo espera? ¿no ves que el tiempo huye?

Aminta.

Miremos antes si esto debe hacerse,
Y en qué manera.

Tirsi.

Todo lo qne falta
Podemos ver por el camino mesmo;
Mas nada hará quien muchas cosas mira.

CORO.

Amor, ¿de qué maestro,
En quál oculta escuela
Se aprende esa tu larga
Arte de amar incierta?
¿Quién del entendimiento
Declara las ideas,
Quando con alas tuyas
Al mismo cielo vuela?
No lo explicó el Liceo,
No la famosa Atenas,
Y en Elicona docta
Ni Febo lo demuestra;
Que si de amor discurre,
Parece que le enseñan:
Corto razona y frio
Con perezosa lengua.
No tiene voz de fuego,
Que á tu primor competa,
Ni á sus misterios altos
Sus pensamientos llegan.

Tú, Amor, eres el digno
Maestro de tu ciencia,
Y tú solo á tí mismo
Te explicas é interpretas.
Tú enseñas al mas rudo,
Que en unos ojos lea
Lo que tu mano escribe
Con amorosas letras.
A los amantes fieles
Desatas tú la lengua
En delicado estilo
Con elegancia estrema.
Y á mucho mas se estiende,
Amor, tu sutileza:
Raro saber, y estraña
Manera de eloqüencia!
Que á veces con palabras
Confusas é imperfetas,
Un corazon amante
Sus sentimientos muestra,
Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y aun el silencio mismo
A veces habla y ruega.
Amor, lea quien quisiere
Socráticas sentencias,
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia.
Y humillará sus versos
El mas alto poeta,

Con pluma sabia escritos:
En doctas Academias,
Junto á los que imprimiere
Mi pastoril rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

TIRSI Y CORO.

¡O estremo de crueldad! ¡ó ingrato pecho!
¡O ingrata Ninfa! ¡ó tres y quatro veces
Muger ingrata! Y tú, naturaleza,
Negligente maestra, ¿por qué solo
En el rostro pusiste á las mugeres,
Y en lo aparente, quanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesia,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay joven triste y mísero! sin duda
Se habrá dado la muerte; él no parece:
Bien ha tres horas que le busco, y busco
En donde le dexé, y en los contornos,
Sin hallarle, ni rastro de sus pasos:
¡Ay que se ha dado muerte el miserable!
Alli delante están unos pastores,
Ir quiero á ver si sabe dél alguno.
Decid, amigos, ¿quién ha visto á Aminta
Acaso, ó sabe dél alguna nueva?

Coro.

Tirsi, paréceme que estás turbado;
¿Qué causa te molesta y te fatiga?
¿De qué son estas ansias y sudores?
¿Hay algun mal? por Dios que lo sepamos.

Tirsi.

Temo del mal de Aminta: ¿habeisle visto?

Coro.

No le hemos visto desde que contigo
Ha buen rato partió; ¿pero qué temes?

Tirsi.

No se haya muerto él mismo de su mano.

Coro.

¿El muerto de su mano? ¿por qué causa?
¿Qué ocasion hallas?

Tirsi.

El amor y el odio.

Coro.

¿Dos poderosos enemigos juntos,
Qué no pueden hacer? habla mas claro.

Tirsi.

El amar una Ninfa por estremo,
Y el ser della en estremo aborrecido.

Coro.

Cuenta el caso te ruego, y entretanto
(Este es lugar de paso) por ventura
Vendrá alguno, que dél nos dé noticia,
Y aun puede ser tambien que él mismo llegue.

Tirsi.

Pláceme de decirlo, que no es justo,
Que ingratitud tan grande y tan estraña
Se quede sin la infamia que merece.
Tuvo noticia Aminta (y yo fui triste
Quien noticia le dí, ya me arrepiento)
Que Silvia y Dafne en una fuente habian
De ir á bañarse; y ácia allá en efeto
Se encaminó, movido solamente,

No de su voluntad, mas de mi pura
Persuasion importuna; pues mil veces
Quiso volverse atrás, y á pura fuerza
Yo lo detuve, y lo llevé adelante.
Llegábamos ya cerca de la fuente,
He aqui quando sentimos de improviso
Un femenil lamento, y juntamente
Vimos á Dafne, que batia las palmas;
La qual, como nos viese, alzando el grito,
Ay, dixo, socorred; que á Silvia ultrajan.
Luego que oyó su enamorado Aminta
Estas palabras, aventóse al campo
Furioso como un pardo, y yo seguilo:
Quando vemos ligada con un arbol
La bella Ninfa, qual nació, desnuda;
Y su cabello, su cabello mismo
Servia de cuerda, y á la planta envuelto
Estaba con mil nudos; y su cinto,
Que fue del seno virginal custodia,
De aquella ofensa era ministro, y ambas
Las manos le apretaba al duro tronco:
Hasta la misma planta ligaduras
Contra ella daba; y de un vencido ramo
Dos tiernas varas duramente ataban
Sus delicadas piernas. Alli vimos
En su presencia un Sátiro villano,
Que entonces acababa de ligarla:
Fuese tras él Aminta con un dardo
(Que tuvo acaso en la derecha mano)
Como un fiero Leon; y yo entretanto

Estaba ya de piedras prevenido,
Con que el Sátiro vil huyó en efeto;
Pues como diese espacio su huida
A que Aminta mirase, él codiciosos
Volvió sus ojos á los miembros bellos,
Que qual tremola entre los juncos leche,
Delicados y blancos parecian;
Y todo vi, se demudó en el rostro.
Despues llegóse blandamente á ella,
Y con modestia dixo: o bella Silvia,
Perdona aquestas manos, si llegarse
A tus miembros es mucho atrevimiento,
Pués las obliga necesaria y pura
Fuerza de desatar aquestos nudos;
No (ya que les concede la fortuna
Esta felicidad) te pese della.

Coro.

Palabras de ablandar los pedernales.
¿Y qué le respondió?

Tirsi.

Ninguna cosa;
Mas con vergüenza y con desden, al suelo
Baxando el rostro, el delicado seno,
Quanto podia torciéndose, cubria.
El, echando delante su cabello
Rubio, se puso á desatar, y en tanto
Hablaba asi: ¿quándo tan bellos nudos
Un tan grosero tronco ha merecido?
¿Pues qué ventaja llevan los amantes,
Que sirven al Amor, si ya comunes

Son con las plantas sus preciosos lazos?
¿Planta cruel, pudiste unos cabellos
De oro ofender, que tal honor te hacian?
Esto le dixo al desatar sus manos,
En tal modo, que junto parecia,
Que temiese tocarla, y desease.
Baxó luego á los pies por desasirlos;
Mas como Silvia ya se viese libres
Las manos, dixo esquiva y desdeñosa:
No me toques, pastor, soy de Diana,
Yo me desataré los pies, aparta.

Coro.

¿Que tal orgullo en una Ninfa alvergue?
Por cierto ingrata paga de tal obra.

Tirsi

El apartóse con respeto á un lado,
Aun sin alzar los ojos á mirarla;
Aquel placer negándose á sí mismo,
Por no darle cuidado de negarlo.
Yo que escondido lo miraba todo,
Y lo escuchaba: quando vi tal cosa
Mil voces quise dar, al fin me abstuve.
Mas oye qué estrañeza: ella en efeto,
Despues de gran fatiga, desatóse,
Y sin decir á Dios, apenas libre,
Partió de alli como una cierva huyendo:
Y no habia causa de temer ninguna,
Que ya de Aminta conocia el respeto.

Coro.

¿Pues cómo asi huyó?

Tirsi.

Porque no qûiso
Tener obligacion á la modestia
Y amor del joven, sino á su carrera.

Coro.

¿Qué es hasta eso ingrata? ¿Y el cuitado
Qué hizo entonces, dinos, ó qué dixo?

Tirsi.

Eso no sé, porque de furia ardiendo
Corrí por alcanzarla y detenerla,
Al fin perdíla, y fue el trabajo en vano:
Despues volví á la fuente donde habia
Quedado Aminta, y no le ví; mas siento
El corazon presago de algun daño:
Sé que estaba dispuesto de matarse,
Aun antes que esto sucediese.

Coro.

Es uso,
Y arte del que ama amenazarse á muerte;
Mas raras veces ha llegado á efeto.

Tirsi.

Quieran los altos Dioses, que no sea
Aminta alguno de los raros.

Coro.

Calla,
Que no será.

Tirsi.

Yo quiero irme á la cueva
Del sabio Elpino, donde si él es vivo,
Por dicha le hallaré; porque alli suele

Alentar sus tristezas y tormentos
Al dulce son de la zampoña clara,
Que trae las piedras á escuchar del monte,
Hace correr de pura leche el rio,
Y miel brotar de las cortezas duras.

AMINTA, DAFNE, Y NERINA.

Rigurosa piedad por cierto usaste
Conmigo, Dafne, al detener el dardo,
Porque será mi muerte,
Quanto mas dilatada, mas amarga:
Y dime agora, ¿para qué me engañas
Por diversos caminos, y entretienes
Con tus varias razones tan en vano?
Si temes que me mate, mi bien temes.

Dafne.

¿Por qué te desesperas,
Aminta? que si yo bien la conozco,
No fue crueldad, sino vergüenza sola
La que movió á tu Silvia que huyese.

Aminta.

Ay triste yo, que mi salud seria
Desesperar, despues que la esperanza
Mi destruicion ha sido: y todavia
Tienta reverdecer dentro del pecho,
Solo para que viva:
Y al que es tan desdichado,
¿Qué mas fiero tormento que la vida?

Dafne.

Vive, mezquino, miserable, vive,
Solo para que goces
De la felicidad, quando viniere:
Sea premio á tu esperanza
(Si en vivir esperando te mantienes)
Lo que miraste en la desnuda bella.

Aminta.

No pareció al Amor, y á mi fortuna,
Que era yo enteramente desdichado,
Si no me descubrian
Enteramente aquello, que me niegan.

Nerina.

¿Qué he de ser yo en efeto la siniestra
Corneja de una nueva tan amarga?
¡O para siempre mísero Montano!
¿Qué sentirá tu pecho quando entiendas
El duro caso de tu Silvia cara?
¡O viejo padre y ciego!
¡Padre infeliz! mas ya no serás padre.

Dafne.

Oigo una triste voz.

Aminta.

Yo siento el nombre
De Silvia, que me hiere los oidos,
Y el corazon: ¿mas quién la nombra? escucha.

Dafne.

Esta es Nerina, Ninfa á Cintia cara,
De bellos ojos, y de lindas manos,
Talle gentil, y movimiento ayroso.

Nerina.

Quiero con todo, que lo sepa, y trate
De buscar las reliquias miserables,
Si algunas han quedado. ¡Ay Silvia, ay Silvia,
Ay como fue tu suerte desdichada!

Aminta.

Ay de mí, ¿qué será lo que esta dice?

Nerina.

Dafne.

Dafne.

¿Qué estás hablando entre tí mesma?
¿O cómo á Silvia nombras y suspiras?

Nerina.

Con ocasion bastante
Suspiro el triste caso.

Aminta.

Ay, ¿de qué caso
Podrá decir aquesta? que yo siento,
Yo siento el corazon, que se me yela,
Y enflaquece el espíritu: ¿está viva?

Dafne.

Cuenta qué triste caso es el que dices.

Nerina.

¡O cielos! ¿yo he de ser la mensagera?
¿Y me obligan tambien á que lo cuente?
Vino desnuda Silvia á mi morada
(Y la causa ya debes de saberla)
Despues vestida, me rogó que fuese
Con ella á cierta caza, que ordenada
Estaba al bosque dicho de la encina.

Fuimos, hallamos muchas Ninfas juntas,
Y luego á breve rato desemboca
(No sé de dónde) un carnicero lobo
De terrible grandeza, cuyo labio
Manchaba el suelo de sangrienta espuma:
Silvia al momento acomodó una flecha
A un arco que le dí, dispara, y dale
En la cabeza: él emboscóse, y ella
Al bosque le siguió, vibrando un dardo.

Aminta.

¡O qué principios de dolor! ¡ay triste!
¿Qué fin me anuncian?

Nerina.

Yo con otro dardo
Seguí su rastro, peró lejos mucho,
Porque partí mas tarde: ya que estaban
Dentro del bosque, alli no pude verla;
Mas tanto fui siguiendo sus pisadas,
Que en lo mas solo me hallé y espeso:
En esto vi de Silvia el dardo en tierra,
Y poco mas abaxo un blanco velo,
Que yo misma primero á su cabeza
Le revolví. He aqui quando miraba
A todas partes, siete lobos veo
Lamiendo de la tierra alguna sangre
Vertida en cerco de unos huesos mondos;
Y fue mi suerte, que ellos no me vieron,
(Tan atentos estaban á su pasto)
Asi que de piedad y temor llena
Volvíme atras. Aquesto es quanto puedo

Decir de Silvia, y veis aqui su velo.

Aminta.

¿Has dicho poco, Ninfa? ¡ó velo, ó sangre!
O Silvia, tú eres muerta!

Dafne.

Ay desdichado,
Amortecido está de pena, ó muerto.

Nerina.

Aun todavia respira: esto habrá sido
Algun breve desmayo: ya revive.

Aminta.

¿Por qué asi me atormentas,
Dolor, que ya no acabas de matarme?
Quizá á mis manos el oficio dexas:
Yo soy, yo soy contento
Que ellas tomen el cargo,
Ya que tú lo rehusas, ó no puedes.
Ay triste! si no falta
A la certeza ya ninguna cosa,
Y nada falta al colmo
De la miseria mia,
Qué espero mas? ¿qué busco? ¿ah Dafne, Dafne,
Para este amargo fin me reservaste?
Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mio,
Quando matarme quise:
Tú lo estorvaste, y estorvólo el cielo,
Al qual le parecia,
Que con mi muerte se evitaba el daño,
Que ordenado me estaba; mas agora

Que ha executado su crueldad estrema,
Bien sufrirá que muera,
Y tú sufrirlo debes.

Dafne.

Suspende pues tu muerte,
Hasta que la verdad mejor entiendas.

Aminta.

¿Qué mas quieres que espere?
Ya sobra lo esperado y lo entendido.

Nerina.

¡O quién antes hubiera sido muda!

Aminta.

Ninfa, dame, te ruego,
Ese su velo, esa funesta y sola
Reliquia suya, porque me acompañe
En este breve espacio,
Que me queda de tiempo y de la vida.

Nerina.

¿Debo darlo, ó negarlo?
Pero negarlo debo,
Sabida la ocasion porque le pide.

Aminta.

¿Cruel, asi me niegas
Un tan pequeño don al punto estremo?
Hasta en esto se muestra mi enemigo
El fiero hado; pues dexarle quiero,
Contigo quede, y aun quedaos vosotras,
Que yo me voy donde volver no espero.

Dafne.

Aminta, aguarda, escucha:

Ay de mí, con la furia que se parte.

Nerina.

El camina de suerte,
Que es por demás seguirlo; así yo quiero
Proseguir mi viage, y por ventura
Será mejor que calle,
Y nada cuente al mísero Montano.

CORO.

No es menester la muerte;
Que si es para obligar un pecho noble,
Basta la fe con un amor conforme:
Ni la que se pretende
Es tan dificil fama,
Si persevera firme el que bien ama;
Que es premio amor, que con amar se alcanza;
Y muchas veces, si al amor inquiere,
Gloria inmortal el amador adquiere.

ACTO QUARTO.

DAFNE, SILVIA Y CORO.

El viento lleve con la mala nueva,
Que se esparció de tí, tus males todos,
Los por venir, ó Silvia, y los presentes;
Pues te juzgué ya muerta, y gloria al cielo
Viva y sana te miro: de tal suerte
Ha contado Nerina tu suceso,
Que oxalá fuera muda, y otro sordo.

Silvia.

Cierto fue grande el riesgo, y ella tuvo
Causa bastante de juzgarme muerta.

Dafne.

Mas no bastante causa de decirlo.
Ora cuéntame el riesgo, y de qué modo
Tú lo escusaste.

Silvia.

Yo siguiendo un lobo
Me embosqué en lo profundo de la selva
Tanto, que lo perdí de rastro; y mientras
Volverme procuraba al mismo puesto,
Donde partí primero; el lobo miro,
Al qual reconocí por una flecha,
Que yo le habia clavado de mi mano
Junto á la oreja; vilo entre otros muchos
Al rededor de un animal, que habian
De fresco muerto (cuya forma entonces

No supe distinguir) el lobo herido
Pienso me conoció, porque se vino
Contra mí con la boca ensangrentada:
Yo lo esperaba audaz, y con la diestra
Vibraba un dardo: ya tú sabes, Dafne,
Si con destreza sé tirarle, y sabes
Si jamás yerra de mi mano el golpe.
Ya que lo ví tan cerca de mi puesto
Quanto me pareció distancia justa
Para la herida, le arrojé mi dardo
En vano; porque (ó fue de la fortuna
La culpa, ó mia) por herir al lobo
Clavé una planta: entonces se venia
Con mas furioso encuentro á acometerme.
Yo viéndole tan cerca, que del arco
Era imposible entónces ya valerme,
Y no siendo señora de otras armas;
Dispúseme á huir, y mientras huyo,
El me viene siguiendo: advierte agora.
Un velo, que revuelto yo tenia
A los cabellos, desplegóse en parte,
Y andaba ventilando, tal que á un ramo
Se marañó; yo siento que me tiran,
Y me detienen, sin saber quién fuese;
Mas con el miedo de morir, redoblo
La fuerza á la carrera, y de su parte
El ramo no se vence, ni me dexa:
Al fin del velo me desasgo, y pierdo
Con él algunas hebras del cabello;
Y tantas alas á los pies fugaces

Me puso el gran temor, que libre y sana
De la selva salí: despues volviendo
Acia mi alvergue, te encontré turbada,
Toda turbada, y me espanté de verte,
Porque de sólo verme te espantabas.

Dafne.

Tú estás viva, y alguno ya no vive.

Silvia.

¿Qué me dices? ¿te pesa por ventura
Que viva esté? ¿qué tanto me aborreces?

Dafne.

Pláceme de tu vida, mas me duele
De agena muerte.

Silvia.

¿De qué muerte dices?

Dafne.

De la muerte de Aminta.

Silvia.

Ay, ¿cómo es muerto?

Dafne.

El cómo no lo sé, ni aun el efeto
Puedo afirmar, mas téngolo por cierto.

Silvia.

¿Qué es lo que dices? ¿pues á qué atribuyes
La causa de su muerte, di?

Dafne.

A tu muerte.

Silvia.

Yo no te entiendo.

Dafne.

La terrible nueva
Desa tu muerte, que por cierta tuvo,
Le habrá dado al mezquino el hierro ó lazo,
O alguna cosa tal, que lo haya muerto.

Silvia.

Será vana sospecha la que tienes,
Como la de mi muerte; que qualquiera
Salva la vida suya mientras puede.

Dafne.

Ah Silvia, tú no sabes, ni lo crees
Quánto el fuego de amor puede en un pecho,
En un pecho de carne, y no de piedra,
Qual ese tuyo; que si lo creyeras,
Hubieras ya querido á quien te quiere
Mas que las mismas niñas de sus ojos,
Y el espíritu mismo de su vida;
Lo qual sé yo, y aun helo visto: vilo
Quando huiste, como tigre fiera,
Al tiempo que debieras abrazarlo:
Volver le ví contra su pecho un dardo,
Desesperado, y á morir expuesto,
Y sin arrepentirse, al fiero hecho;
Pues en efeto se pasó el vestido
Hasta la piel, dexándola teñida
De su sangre, y pasára mas adentro
La punta, y fuera el corazon herido,
Que tú con mas violencia ya heriste,
Si entonces yo no le detengo el brazo,
Y su furor impido: quizá aquella

Herida breve fue un ensayo solo
De su furor, de la desesperada
Constancia suya, y le mostró la via
Al hierro audaz, para que ya supiese
Arrojarse por ella libremente.

Silvia.

Ay, ¿qué me cuentas?

Dafne.

Y despues lo he visto
Quando escuchó la desdichada nueva
De que eras muerta: del afan y angustia
Amortecerse; y con furor estraño
Luego partir de alli para matarse;
Y desta vez se habrá de veras muerto.

Sîlvia.

¿Qué lo tienes por cierto?

Dafne.

Por sin duda.

Silvia.

Triste de mí, ¿por qué no le seguiste
Para impedirlo? ven, busquemos, vamos,
Que si la muerte mia
Le quitaba la vida,
Mas facilmente espero,
Que mi vida le salve de la muerte.

Dafne.

Ya le seguí, mas tan veloz corria,
Que se desapareció de mí en un punto,
Y nada me valió buscar sus huellas.
Mas dónde quieres ir sin rastro alguno?

Silvia.

Ay, Dafne, él morirá si no le hallamos.

Dafne.

¿Cruel, sientes acaso que te usurpe
La gloria de tal hecho? ¿tú en efeto
Quisieras haber sido su homicida?
¿No te parece, ingrata, que su muerte
Debe ser obra de otra, que tu mano?
Ora consuelate, que como quiera
Que el desdichado muera, tú le matas.

Silvia.

O Dafne, tú me afliges;
Y el gran dolor que siento de su daño,
Se aumenta mas con la memoria acerva
De mi rigor pasado,
Que honestidad llamaba, y fuelo cierto;
Pero fue muy severa y rigurosa,
Agora lo conozco, y me arrepiento.

Dafne.

¿Qué es lo que escucho? ¿tú piadosa, Silvia?
¿Tú en ese corazon sientes afecto
Alguno de piedad? ¿qué es lo que veo?
¿Tú lloras, tú? ¡notable maravilla!
¿Y es de amor en efeto ese tu llanto?

Silvia.

No lloro yo de amor, de piedad lloro.

Dafne.

No importa: la piedad es mensagera
De amor, como el relámpago del trueno.

Coro.

Y aun muchas veces, quando él mismo quiere
Entrar oculto en los sinceros pechos,
Que lo excluyeron antes con severa
Honestidad; la semejanza toma
De la piedad, que es su ministra y nuncia,
Y con estos disfraces, engañando
Las jovenes sencillas,
Dentro en sus corazones se aposenta.

Dafne.

Llanto de amor es este, mucho abunda,
Tú callas: en fin amas, pero en vano.
¡O poder del amor! justo castigo
Sobre esta Ninfa envia.
Mísero Aminta, tú (como la abeja,
Que hiriendo muere, y en la agena llaga
Dexa la propia vida) con tu muerte
Has herido en efeto un duro pecho,
Que aun no picaste en tanto que viviste.
Si eres agora espíritu desnudo
Ya de los miembros, como yo presumo,
Aqui estarás sin duda:
Mira su llanto, y goza de tu suerte,
En vida amante, y en la muerte amado.
Y si era tu destino, que en la muerte
Amado fueses, y esta fiera quiso
Vender su amor por tan subido precio;
El precio mismo que pidió, le diste,
Y ya su amor con tu morir compraste.

Coro.

Por cierto caro precio al que le ha dado,
Quanto inutil y vil á quien le admite.

Silvia.

¡O si pudiera ser comprar su vida
Yo con mi amor, ó con mi vida mesma,
Si al fin es muerto!

Dafne.

¡O tardo desengaño!
Tarda piedad sobrada,
Quando á ningun efecto es de provecho.

ERGASTO, CORO, SILVIA Y DAFNE.

Traigo tan lleno de piedad el pecho,
Y tan lleno de horror, que no oigo ó veo
Cosa alguna do quiera que me vuelva,
Que todo no me espante y me congoje.

Coro.

¿Con qué puede venir, ay Dios, agora
Este pastor, que muestra
Tal turbacion en el semblante y lengua?

Ergasto.

Traigo la nueva triste
De la muerte de Aminta.

Silvia.

¡Ay lo que dice!

Ergasto.

El mas noble pastor de nuestras selvas,
El mas gallardo, afable, y comedido,

Amado de las Ninfas y las Musas;
Murió en su juventud : ¡ay de qué muerte!

Coro.

Dinos cómo, pastor, porque contigo
Llorar podamos su desgracia y nuestra.

Silvia.

Ay que no oso llegarme
Adonde escuche y sepa
Lo que saber no escuso.
Duro corazon mio,
¿Aspero y fiero corazon, qué temes?
¿De qué te espantas? Vete presto, acaba
Contra el cuchillo agudo de una lengua,
Y aqui demuestra agora tu fiereza.
Pastor, yo vengo por la parte mia
De ese dolor, que á los demás prometes;
Porque me pertenece
Quizá mas que tú piensas,
Y qual debida prenda lo recibo:
Asi que de dolor tan propio mio
No debes serme escaso.

Ergasto.

Ah, Ninfa, yo te creo,
Que mil veces al misero sentia
Llamar tu nombre, al acabar su vida.

Dafne.

Comienza ya la dolorosa historia.

Ergasto.

Yo estaba en lo mas alto del collado,
Donde mis redes hoy tendido habia,

Quando bien cerca vi pasar á Aminta
Muy trocado en el rostro y movimiento
Del que antes era, muy turbado y triste:
Tras él partí corriendo, y en efeto
Lo alcancé, y lo detuve; el qual me dixo:
Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,
Y es que conmigo vengas por testigo
De cierta accion; mas quiero que me obligues
Antes tu fe con juramento estrecho,
De estarte á un lado, y no moverte un paso
A impedir el efeto de mi intento.
Yo (¿quién pensára tan estraño caso,
Ni tan ciego furor?) hice, qual quiso,
Mil conjuros horribles, invocando
A Pan, á Pales, Príapo, y Pomona,
Y á la nocturna Ecátes. Luego anduvo,
Y me llevó por lo fragoso y agro
Del collado, por cuestas y barrancos
Incultos, sin camino ó senda alguna,
Do pende al cabo un precipicio á un valle.
Aqui nos detuvimos; yo mirando
Al fondo, estremecíme de improviso,
Y al punto atras me retiré; y el mozo
Hizo alguna señal como de risa,
Y serenó su rostro, el qual afecto
Fue el motivo mayor de asegurarme:
Despues hablóme asi: mira que cuentes
Lo que verás, á Ninfas y Pastores.
Luego dixo, mirando al hondo valle:
Si yo á mi voluntad hallar pudiera

Prontos asi de los hambrientos lobos
El vientre y los colmillos, como tengo
Este despeñadero; bien quisiera
Morir la muerte, que murió mi vida:
Quisiera que estos miembros miserables
Fuesen despedazados
(¡Ay triste!) como fueron
Aquellos de mi Silvia delicados:
Mas puesto que no puedo,
Y ya que á mi deseo
El cielo niega las voraces fieras,
Quiero seguir camino diferente
Para morir: yo seguiré otra via,
La qual será á lo menos
La mas breve, si no la que debia.
Ea, Silvia, yo te sigo,
Yo voy á acompañarte,
Y muriera contento, si entendiera
Al menos con certeza, que seguirte
No fuese disgustarte, y que tus iras
Se hubiesen acabado con la vida:
Ea, Silvia, ya te sigo.
Esto dicho, de encima del barranco
Precipitóse, vuelta la cabeza
Acia lo hondo, y yo quedéme helado.

Silvia.

¡Ay desdichada!

Dafne.

¡Miserable Aminta!

Coro.

¿Por qué no lo impediste?
¿Hízote acaso estorbo
A detenerlo el juramento hecho?

Ergasto.

No, no, que despreciando el juramento
(Vano quizá en tal caso)
Quando advertí su temeraria y loca
Resolucion, corrí con ambas manos,
Y, como quiso su enemiga suerte,
Lo así deste cendal, que lo ceñia,
El qual no siendo á sostener bastante
El peso con el ímpetu del cuerpo,
Que ya del todo abandonado estaba,
Se me quedó en la mano hecho pedazos.

Coro.

¿Y qué fue de su cuerpo desdichado?

Ergasto.

No lo sabré decir, porque yo estaba
Con tal horror y lástima, que cierto
No tuve corazon para asomarme,
Por no mirarlo dividido en piezas.

Coro.

¡O lastimoso caso!

Silvia.

Bien soy de piedra dura,
Pues una nueva tal aun no me acàba.
Triste de mi, si aquella falsa muerte
De quien le odiaba tanto,
Le ha quitado la vida; justo fuera,

Que la infalible muerte
De quien me quiso tanto
Me quitase la vida.
Y quiero me la quite, si no puede
Con el dolor, al menos con el hierro,
O ya con este ceñidor infausto;
Este, que no sin causa
No siguió las ruinas
De su caro señor; mas quedó solo
Para tomar venganza
De mi crueldad, y de su muerte injusta.
Prenda infeliz, de dueño
Mucho mas infeliz, no te disguste
Quedar en este abominable albergue,
Que solamente quedas
Para instrumento de venganza y pena:
Por cierto yo debia
Haber sido en el mundo compañera
Del infeliz Aminta; y pues no quise,
Seré por obra tuya su consorte
En el profundo abismo.

Coro.

Consuélate, zagala,
Que no es tuya la culpa,
Sino de la fortuna.

Silvia.

¿De qué llorais, pastores?
Si de mi afan llorais, yo no merezco
Piedad ninguna, que no supe usarla:
Y si llorais la desdichada muerte

Del mísero inocente, es muy pequeña
Demostracion de pérdida tan grande.
Y tú, mi Dafne, enjuga
Por Dios esas tus lágrimas, si he sido
Yo la ocasion; y suplicarte quiero,
No por piedad de mí, sino del triste,
Que fue mas digno della)
Me ayudes á buscar sus miserables
Miembros, y sepultarlos:
Este cuidado solamente impide
El darme aqui la muerte:
En este oficio solo
Quiero pagar, pues otro no me queda,
El amor que me tuvo; bien que puede
Contaminar esta homicida mano
La piedad de la obra; mas con todo
Entiendo y sé, que le será agradable,
Al menos por ser obra de mi mano,
Porque me quiere y ama,
Qual lo mostró muriendo.

Dafne.

Soy contenta por cierto de ayudarte
En el piadoso oficio;
Mas tu morir del pensamiento borra.

Silvia.

Hasta agora viví para mí mesma,
Y para mi fiereza; agora quiero
Vivir lo que me queda para Aminta,
O viviré á lo menos
Para su helado y mísero cadaver.

Tanto, y no mas es lícito que viva,
Y luego que se acaben
A un tiempo sus exêquias y mi vida.
Pero dime, pastor, ¿por qué camino
Podemos ir al valle, do el barranco
Tiene su asiento?

Ergasto.

Aqueste ha de llevaros,
Y él estará de aqui poco distante.

Dafne.

Vamos guiaréte yo, que bien me acuerdo
Deste lugar que dice.

Silvia.

A Dios, pastores;
Prados á Dios, á Dios selvas y rios.

Ergasto.

Hablando va de suerte, que denota
Estar dispuesta á la última partida.

CORO.

Lo que la muerte rigurosa atierra,
Amor, tú lo reparas, dulce y blando,
Siempre amigo de paz, y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando:
Y la vez que dos almas en la tierra
Ligas, sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdeñas habitar el suelo.

En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamás turbadas iras;
Asi tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras:
El odio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazon retiras;
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.

ACTO QUINTO.

ELPINO Y CORO.

No hay duda, que la ley con que gobierna
Amor su grande imperio eternamente,
No es injusta, ni dura, y que sus obras
Llenas de providencia y de misterio,
Sin razon se abominan y condenan.
¡O quán artificioso por caminos
No conocidos encamina al hombre
A su felicidad! y entre los bienes
Lo pone al fin de su amorosa gloria,
Quando él se juzga al fondo de sus males.
He aqui precipitado Aminta sube
Al sumo colmo del mayor contento.
¡O tú feliz, ó venturoso Aminta!
Y mas quanto mas fuiste desdichado;
Esperar con tu exemplo agora puedo,
Que vez alguna aquella dulce ingrata,
Que con piadosa risa encubre y zela
El acero mortal de su fiereza,
Con fiel piedad mi corazon repare,
Que con piedad fingida tiene herido.

Coro.

Aqui se nos acerca el sabio Elpino,
Y escuchad sus razones, que de Aminta
Hablando viene, como si él viviera,
Y le llama feliz y venturoso.

¡O condicion de los amantes dura!
Sin duda juzga venturoso amante
Al que muriendo al fin piedad alcanza
En el amado pecho de su Ninfa;
Esto tiene por gloria, y esto espera.
De quán ligero premio el Dios alado
Contenta sus sequaces! Dime Elpino,
¿En estado tan mísero te hallas,
Que venturosa llamas á la muerte
Del infeliz Aminta, y semejante
Fin desdichado para tí deseas?

Elpino.

Amigos, bien podeis estar alegres,
Porque es falsa la fama de su muerte.

Coro.

¡O quánto nos alegra lo que dices!
En fin ha sido falso, segun eso,
Que se precipitó.

Elpino.

Verdad ha sido;
Mas fue feliz el precipicio, tanto,
Que en una imagen mísera de muerte
Le traxo vida y bien; agora queda
Entre los dulces brazos de su Ninfa,
Piadosa ya, lo que antes rigurosa;
La qual en tanto con su boca misma
Las lagrimas le enjuga de los ojos:
Asi voy á llamar al buen Montano,
Della padre, y llevarlo donde agora
Quedaban juntos, porque el gusto suyo

Les falta solàmente, y ya dilata
La voluntad unánime de entrambos.

Coro.

Iguales son de edad y gentileza,
En el deseo conformes: y Montano
De nietos deseoso, y de ampararse
Alegre en la vejez con tal presidio;
Asi que el gusto de ambos será suyo.
Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
Quál Dios, ó quál ventura al buen Aminta
Salvarle pudo de peligro tanto.

Elpino.

Yo lo diré, escuchad, escuchad todos
Lo que vi por mis ojos. Yo me estaba
Junto á mi cueva, que vecina al valle,
Y casi al pie del gran collado yace,
Do forma falda su ladera enhiesta:
Alli con Titsi andaba razonando
De aquella, que en la misma red y lazos
Primero á él, y á mí despues ha envuelto,
Y anteponiendo mi servir continuo
A su retiramiento y libre estado:
Quando una voz nos levantó los ojos;
Y el ver de lo alto despeñarse un hombre,
Y verlo dar sobre una espesa mata,
Fue todo un punto. En el collado habia
Poco alto de nosotros, producido
De mucha yerva, espinos, y otros ramos
Juntos, y estrechamente entretexidos,
Un grande haz: en este, antes que diese

En otra parte, vino á dar el golpe:
Y bien que el peso al fin lo desfrondase,
Y él mas abaxo á nuestros pies cayese,
Aquel estorbo, aquel impedimento
Tanto ímpetu quitó de la caida,
Que ella no fue mortal: pero con todo
Tan grave fue, que un hora larga estuvo
Como aturdido, y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo improviso,
Conociendo el pastor; mas conociendo
Que no era muerto, ni tampoco estaba
Para morir, el duelo mitigamos.
Tirsi entonces me dió larga noticia
De sus secretos, sus amores tristes:
Mas mientras con diversos argumentos
Procuramos hacer que reviviese;
Enviado ya á llamar Alfesibeo,
A quien Febo enseñó la Medicina,
Quando le dió la cítara y el plectro;
Llegaron juntamente Dafne y Silvia,
Que, como luego supe, iban buscando
El triste cuerpo, que tenian por muerto.
Pues quando Silvia lo conoce, y mira
En las mexillas pálidas de Aminta
Una belleza tal, que la violeta
Nunca tan dulcemente se marchita;
Y él con gemido debil, que parece,
Que en los suspiros últimos al ayre
Exhâla el alma á guisa de Bacante;

Con altos gritos y herirse el pecho
Se arroja con el cuerpo, que yacia,
Juntando rostro á rostro, y boca á boca.

Coro.

¿Pues cómo no la abstuvo la vergüenza,
Siendo ella tan severa y tan esquiva?

Elpino.

Abstiene la vergüenza un amor debil,
Mas de un amor constante es debil freno.
Luego como si fueran sendas fuentes
Sus ojos, comenzó con vivo llanto,
Del joven á bañar el rostro frio:
Y fue aquel agua de virtud tan grande,
Que en sí volvió, y abriendo ya los ojos,
Un ay profundo le salió del pecho
Con gran dolor; y el ay que tan amargo
Partió del corazon, se encontró luego
Con el aliento de su Silvia cara,
Que lo acogió en su boca, y en aquesta
Se convirtió al instante dulce y puro.
¿Quién os sabrá decir cómo quedaron
En aquel punto entrambos? ya seguro
Del amor de su Ninfa el fiel Aminta,
Y viéndose en sus brazos apretado.
Quien sabe qué es amor, él solamente
Por sí mismo lo juzgue; mas no entiendo
Puede juzgarse, quanto mas decirse.

Coro.

¿En fin Aminta está de suerte sano,
Que ya no hay riesgo de su vida?

Elpino.

Aminta

Está pues sano, aunque su rostro un poco
Tiene arañado y quebrantado el cuerpo;
Mas es nada en efeto, y él lo estima
Por menos de lo que es: dichoso joven,
Que asi ha dado señal de amor tan grande,
Y agora logra del amor el premio,
A quien las penas todas y peligros
Pasados sirven de mayor contento.
Pero quedaos á Dios, porque yo sigo
Mi camino á buscar al buen Montano.

CORO.

No sé si siendo tanta la amargura,
Que esse pastor amante
Ha padecido en su penoso estado;
Puede al presente alguna gran dulzura
Darle sabor bastante
En recompensa á todo el mal pasado.
Y si es mas estimado,
Y mas alegra el bien tras muchos males;
Amor, Amor de bienes tales
Premia á los otros, que en dominio tienes,
Que yo no pido tus mayores bienes.
Tras breves ruegos, y servicios breves,
Quiero me admita luego
Mi amada Ninfa con amor piadoso:
Y solo mezcle de cuidados leves

Nuestro dulce sosiego,
No tan grave tormento y riguroso,
Mas un desden zeloso,
Una esquiveza blanda enamorada;
Guerra en fin limitada,
A quien la dulce paz y tregua siga,
Que en mas ardór los corazones liga.

CORRECCIONES.

Pag.		dice	debe decir
14.	v. 26.	Oacsionaste.	*Ocasionaste.*
48.	v. 11.	encumbren.	*encubren.*
53.	v. 9.	mnchar.	*muchas.*
58.	v. 8.	Hundióse.	*Hundiéndose.*
82.	v. 12.	mi Ninfa.	*Ninfa.*
120.	v. 14.	empre.	*siempre.*
121.	v. 12.	arrojado.	*aherrojado.*
148.	v. 12.	A lòs divinos.	*A los ojos divinos.*
151.	v. 5.	Atormeutaban.	*Atormentaban.*
168.	v. 18.	encubre.	*encubra.*
168.	v. 30.	armas.	*llamas.*

INDICE.

DE LAS RIMAS HUMANAS

DE JAUREGUI.

INDICE

DE LAS RIMAS SACRAS

DE JAUREGUI.

